

CC

GAYITO

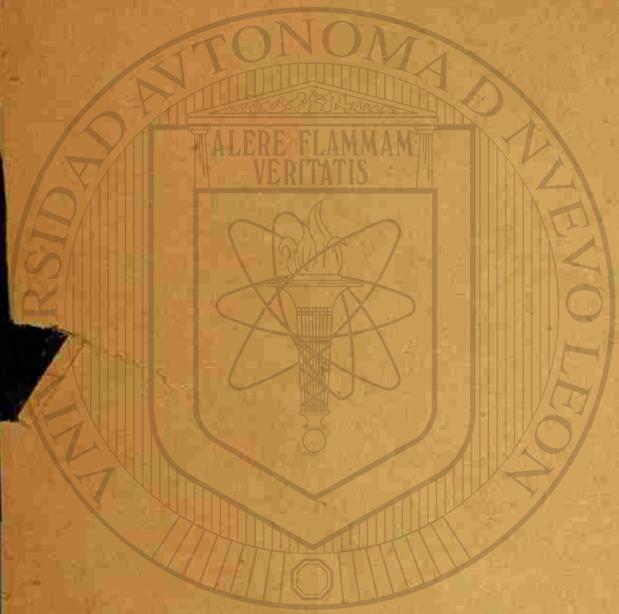
RIMAS

PQ7297
.G5
R5

R. C.



1020028243



UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

®



Francisco Gavito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

RIMAS



DON FRANCISCO GAVITO.

FONDO
RICHARDO COARRUBIAS



MEJICO.

IMPRENTA DE LA HESPERIA.

1843.

099038

32020

No 861
G

PA 7297

65

R. 5



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Señor don Ramon Ruiz de Eguilaz.

Santander.

No: ni aunque de intento hubiera yo buscado un presente mas pobre que dirigir á usted desde la distancia de dos mil leguas, ninguno habria encontrado de tan escaso mérito como el de esta coleccion de rimas que ahora le dedico. No ignoro, sin embargo, y esto me satisface, que la fina amistad con que usted me honra las apreciará en mucho mas de lo que valen. Vayan por lo tanto á usted, y háganle compañía, ínterin vuelve á abrazarle cariñosamente su amigo invariable y afectuoso.

El autor.

Méjico, setiembre 1.º de 1843.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ADVERTENCIA.

*„Exul eram; requiesque mihi non fama petita est;
Mens intenta suis ne foret usque malis.”*

HASE repetido hasta la saciedad que cuando una obra se imprime, pertenece por este solo hecho al dominio público, que „siempre imparcial, siempre justo, y no pocas veces indulgente,” la critica ó la celebra, condenándola al olvido ó haciéndola de moda, y estampando en ella con su voto favorable el sello de „inmortal,” y aun de „sublime.” Este derecho que tienen todos los lectores, ora comprenden el libro, ora le pidan prestado para leerle, ha autorizado sin duda la costumbre de „analizar públicamente” las producciones del talento, en artículos breves ó difusos, que con el doble epígrafe de JUICIO CRÍTICO, ocupan su lugar en los periódicos, y que si algunas veces los dictan la inteligencia y el buen gusto, son comunmente partos de la ignorancia y osadía de los amigos ó enemigos del autor, objeto de sus descompasados elogios, ó blanco del encono y la perfidia. Los primeros le causan, no obstante, mas daño, que perjuicio los segundos; porque hay encomios que ofenden y sonrojan, como hay críticas que realzan el mérito del mismo contra quien torpemente se fulminan.

No he podido comprender aún cuál sea la utilidad que esos JUICIOS reportan á una juventud ansiosa de figurar entre el crecido número de escritores coetáneos, ya que conseguir no puedan oscurecer la gloria de los antiguos, cuyos nombres respetan y ensalzan en silencio, si bien por „clásicos” afectan despreciarles, hablando en público de sus obras maestras con tanta imbecilidad como insolencia. En efecto, si un libro es bueno, todas las críticas del mundo no le harán ser malo; y si malo, tampoco le harán bueno cuantos elojios le prodiguen ni aun los escritores de mas crédito. Agréguese á esta verdad la de que solo la experiencia obligará á arrojar la pluma, tristemente desengañados, á los que nunca lograrán conquistarse el título de sabios escritores, y convendremos en que esos „juicios” son del todo inútiles: cuando adversos, porque únicamente se conseguirá con ellos, sin que los autores criticados se enmienden, que los periódicos se ocupen de polémicas apasionadas y viciosas que hasta vergonzoso es mencionarlas: cuando favorables, . . . ¿quién resiste, quién pone coto á la presuncion, á la osadia de los „confeccionistas” de las obras celebradas? . . . Y ademas los creo inútiles para los inteligentes y para los ignorantes: para los primeros, porque no necesitan de su auxilio para formar juicio de las obras de que ellos traten; y para los segundos, porque, no entendiéndolos, sacarán de su lectura el mismo fruto que el pueblo bajo de un escelente discurso que oyerá pronunciar sin comprenderlo.

Para las almas mezquinas, insensibles, positivistas y avaras, el poeta es un ente despreciable, un perdido, un ser abandonado de Dios y de los hombres, que como planta exótica y nociva debiera, segun el sentir de ellos, proscribirse con ignominia de la sociedad que. . . *generosa le mantiene*. Pero el poeta sufre, rie, paga con noble indiferencia la indiferencia innoble de sus detractores: pero el poeta, que les compadece, porque no puede odiarles, se venga, diciendo con orgullo al legar á sus conciudadanos, y acaso á la posteridad, un libro de composiciones diversas, creadas espontáneamente, henchidas de entusiasmo, de ideas nobles, de sentimientos profundos, de uncion, de

tedio, de dulzura, y si se quiere de ilusiones:—Ahí teneis. Mientras que el calavera, el jugador, el gastrónomo, el pisaverde, el militar, el usurero, . . . se han ocupado á la vez ó alternativamente, en promover pependencias, en perder lo suyo y lo de otros, en gozar y en embriagarse, en rizarse el pelo y echar piropos á las bellas, en estudiar el modo de inmolar con menos riesgo á sus semejantes, y en ocultar bajo de cien llaves un caudal mal adquirido; . . . yo en mis ratos de ocio, he escrito esos versos, sí; esos versos que quizá me darán fama, gloria, . . . un renombre inmortal; en tanto que vosotros, profanos, maldicientes, bajareis al sepulcro oscurecidos, donde quedareis olvidados desde el momento que un amigo, ó una alma piadosa os diga: „blanda os sea,” al echaros encima un puñado de tierra.

Así esclama al publicar sus obras el verdadero poeta, cuyo nombre vivirá despues que él haya muerto; y dirán siempre mas en su pró un laurel, una pluma y una lira cinceladas en su losa, que cuantos trofeos é inscripciones puedan inventar la petulancia y el orgullo de los poderosos.

La causa de esa antipatia, de esa injusta prevencion con que se mira á los poetas ¿cuál es? ¿de dónde dimana? . . . Más que á su proverbial pobreza, más que á la opinion en que se les tiene de „holgazanes” y á que su carrera es la del hospital, débese á esa turba multa que por desgracia la ha justificado; á ese enjambre de rimadores de pacotilla, que sin estudios, sin facultades intelectuales, y á pinte pez ó pinte rana, han plagado el „orbe literario” con esa infinidad de coplas depravadas, que han sido y son todavia en España, como si dijéramos, el patrimonio de los ciegos, que por las calles las venden á dos cuartos. Ponga usted, si no la mejor de las producciones del mejor de nuestros poetas en manos de esos aristarcos, de esos prosistas para quienes la poesía es una cosa miserable; dígales usted que la lean, y contestarán con fria indiferencia:—„Sí; está buena; pero al fin. . . ¿son versos!”—Distinta era la opinion de varios escritores célebres que mas de una vez han dicho que los poetas son los que en todos tiempos han hecho mas bienes á la humanidad; y la del ilustre señor Jovellanos, que aseguraba, palabra

mas ó menos, escribiendo á un amigo suyo, que al constante estudio de los buenos poetas, debia la elegancia y hermosura de su estilo, y ese tacto y fino gusto que tanto resaltan en sus obras. Pero ¿qué vale lo que acerca del particular han dicho esos autores célebres, ni la franca manifestacion del inmortal Jovino? Nada.—„¿Versos? . . . ¡Puf! . . .”—Callad, no blasfemeis, entes profanos.

Así, pues, el que en esta época de exclusivismo y refinada intolerancia se resigna á dar á la prensa una de esas colecciones de poesías, á que metafísicos y prosadores llaman fútiles y perniciosos entretenimientos, tal vez porque nunca han podido vencer la dificultad de componerlas; es porque tiene ó debe tener la conviccion de que siempre correrán impresas mejor suerte, que condenadas á la oscuridad en un rincon de su pupitre. Porque ¿qué puede importar á su autor la desaprobacion de cien inexorables zoilos, si entre ellos hay cincuenta inteligentes que las lean y las encomien? ¿Qué son, qué valen las mas enconadas filípicas cuando para sofocarlas se eleva una voz amiga, imparcial y de consuelo, que, animando al poeta, le dice:—marcha impávido por esa senda de la que no debes ya retroceder; senda escabrosa á la verdad, pero que conduce á la gloria; á esa gloria mas eterna, mas pura y envidiable que la que esos, á quienes sin duda por escarnio llaman héroes, consignan á la historia con su nombre cercado de orfandad, y sangre, y luto, y de incendios, y de crímenes. . . . Marcha impávido, sí; que á esas críticas pasajeras, que no bien nacen se olvidan, han sobrevivido siempre las producciones del genio; y el genio, el buen poeta, libre ya de los envenenados tiros de la envidia ó del encono, se ha elevado entre víctores á ocupar el digno asiento que le estaba destinado; á la manera que el bajel, pasada la tempestad, prosigue majestuoso su derrota, hendiendo las olas, que aplacadas, dóciles ceden á su irresistible empuje.

Mas ¿qué diré de mí, que en vano he aspirado siempre á merecer tan honroso título? Lo que dijo Ovidio, y yo traduzco con la libertad que cumple á mi propósito:—„*Exul eram; requiesque mihi non fama petita est; mens intenta suis ne foret*

usque malis.” Aislado entre los hombres, he escrito, no para adquirir fama que no ambiciono; sí con el objeto de disipar la murria que con frecuencia me acomete.”—

Así es que casi sin pensarlo, á la vuelta de dos lustros, y cuando la adversa fortuna, cansada acaso de mal llevarme desde el uno al otro extremo de la hermosa España, por dilatados extranjeros climas, y por mares, ya borrascosos, ya tranquilos, me dejó descansar algunos meses; advertí que escedia de ciento el número de mis composiciones. Entonces concebí el deseo de darlas á luz; y le satisfago ahora publicando solamente las que he creido que podian aspirar á engalanarse con los honores de la prensa: pues no seria razon que en los tiempos ilustrados en que todo se imprime, quedasen condenadas ellas solas á la oscuridad en que yacian. Y las publico, soy franco, porque siendo cosa tan fácil el hacerlo, no quiero privarme del gusto de verlas en letras de molde. . . .

Si son malas, en el pecado llevarán la penitencia: si regulares, si no indignas de ser leidas, entretendrán agradablemente, como otros muchos libros, á los que en las horas de ocio busquen un inocente esparcimiento: único lauro que me atreveria á exigir si estuviera en mi mano señalarle el premio.

Sé que las leerán los críticos con la intencion únicamente de encontrar lunares en ellas, de que ninguna obra está libre; sé que dirán muchos que no pasan todas juntas de ser una miserable prosa rimada, y no dudo que agradarán á algunas personas, porque no ha de ser mi libro tan infortunado que disguste á todos los lectores. Convencido, pues, de que esta será la suerte que correrán mis pobres rimas, póngome desde ahora en salvo, repitiendo la misma idea con D. Manuel Breton de los Herreros:—

„Alguno habrá que plácido me lea,
y acaso alguno me destine ingrato
para envolver anís y alcarabea.

Y ¿no seré yo un necio, un mentecato,
si por no ser de todos aplaudido
me atúfo, me enfurezco, me arrebató?

Y al lector que prudente, y comedido
de mis versos denuncie los errores,
no es justo que le viva agradecido?"—

Diré, por último, que al escribir los míos he tratado de evitar, y creo haberlo conseguido, las metáforas oscuras, las trasposiciones forzadas y violentas, el estilo campanudo y retumbante, que hoy se llama sublime, por mas que á mí me parezca chabacano, y las que admitidas como licencias poéticas, nunca serán en mi concepto mas que verdaderos despropósitos. Habrá alguno que otro ripio en mis composiciones, alguna que otra redundancia, tal cual epíteto mal aplicado; . . . defectos tan inevitables en el momento de la inspiracion, como incorregibles cuando despues que ésta ha pasado, la mas ríjida censura se empeña en hacerlos desaparecer al crisol de la lima mas escrupulosa y sabia.

Pero ¿deberé vanagloriarme de que no se hallará en mis composiciones un pensamiento, ni una sola frase que ofendan á la moral y á la decencia? Sin duda; y esto, ya que no virtud, es por lo menos una recomendacion no indigna de alabanza, que debe redundar en favor de mis versos, hoy que, gracias á la despreocupacion del siglo, son muy raras las producciones del ingenio que no estén salpicadas de imágenes obscenas, de ideas irreligiosas; y en las que la salacidad y la blasfemia no concluyan por coronar escandalosamente la obra.



PRINCIPIO

DEL BIEN Y DEL MAL.

(A mi amigo don Bartolomé José Crespo.)

I.

De Dios la ponderosa
palabra, como el trueno
jirando, resonó en el caos profundo;
y súbito en su sima tenebrosa,
para adorar á Dios, de gloria lleno,
se levantó la máquina del mundo.
¡Todo fué amor y vida! Precursora
del sol brilló la aurora,
y con luz oportuna
despues del rubio sol la blanca luna.
Vistiéronse los campos de alegría,
de fruto y ambrosía;
suavísimos olores
las que el suelo esmaltaran gayas flores,
purpurinas y hermosas,
de su seno exhalaron,
y de fragancia el ámbito colmaron.

Y al lector que prudente, y comedido
de mis versos denuncie los errores,
no es justo que le viva agradecido?"—

Diré, por último, que al escribir los míos he tratado de evitar, y creo haberlo conseguido, las metáforas oscuras, las trasposiciones forzadas y violentas, el estilo campanudo y retumbante, que hoy se llama sublime, por mas que á mí me parezca chabacano, y las que admitidas como licencias poéticas, nunca serán en mi concepto mas que verdaderos despropósitos. Habrá alguno que otro ripio en mis composiciones, alguna que otra redundancia, tal cual epíteto mal aplicado; . . . defectos tan inevitables en el momento de la inspiracion, como incorregibles cuando despues que ésta ha pasado, la mas ríjida censura se empeña en hacerlos desaparecer al crisol de la lima mas escrupulosa y sabia.

Pero ¿deberé vanagloriarme de que no se hallará en mis composiciones un pensamiento, ni una sola frase que ofendan á la moral y á la decencia? Sin duda; y esto, ya que no virtud, es por lo menos una recomendacion no indigna de alabanza, que debe redundar en favor de mis versos, hoy que, gracias á la despreocupacion del siglo, son muy raras las producciones del ingenio que no estén salpicadas de imágenes obscenas, de ideas irreligiosas; y en las que la salacidad y la blasfemia no concluyan por coronar escandalosamente la obra.



PRINCIPIO

DEL BIEN Y DEL MAL.

(A mi amigo don Bartolomé José Crespo.)

I.

De Dios la ponderosa
palabra, como el trueno
jirando, resonó en el caos profundo;
y súbito en su sima tenebrosa,
para adorar á Dios, de gloria lleno,
se levantó la máquina del mundo.
¡Todo fué amor y vida! Precursora
del sol brilló la aurora,
y con luz oportuna
despues del rubio sol la blanca luna.
Vistiéronse los campos de alegría,
de fruto y ambrosía;
suavísimos olores
las que el suelo esmaltaran gayas flores,
purpurinas y hermosas,
de su seno exhalaron,
y de fragancia el ámbito colmaron.

Surjieron bulliciosas
de agua refrigerante fuentes claras,
que de la luz avaras
del Cielo soberano,
copiaron en sus puras linfas bellas
los reflejos del sol y las estrellas.
Pobláronse sin cuento de animales
el aire, el océano,
los llanos y los montes;
éstos al par de ricos minerales,
y de nubes sin fin los horizontes.
Prodigios misteriosos del arcano
que encubre el denso velo
que nos impide penetrar el Cielo:
á cuyo nombre augusto
el tirano se humilla,
en compunjida faz el ceño adusto
forzándole á trocar su alma medrosa.

De todos el mayor; la maravilla
mas grande y asombrosa
fué el hombre intelijente y descreido;
ser del Gran Ser, que abarca
con su poder cuanto es y cuanto ha sido:
á cuya voz potente,
se calma el mar rujiente,
se oculta el sol fuljente,
rueda á sus piés el orbe,
y la insaciable parca,
invisible como él, todo lo absorbe.

Pero en el punto mismo
que sus obras condena
á hundirse de la nada en el abismo,
mil y mil reproduce
en las que injente luce
ese que á amar convida,
y el universo llena,
jérmen de eterna vida.
Y porque mas amor al pecho infunda,
y porque mas se admire y se confunda

el mortal, y proclame su ignorancia,
se ostenta hasta en las flores;
que si ceden del tiempo á los rigores,
donde una de sus galas se despoja,
nacen mil, que nos muestran con fragancia
la existencia de Dios en cada hoja.—

Benedicid á Jehová, jentes y fieras:
ensalzadle, avecillas:
arbustos y palmeras,
y collados y montes, y océano,
y del Cielo lumbreras eternas,
ensalzad al Señor: escarcha, y viento,
y nieves, y granizo, al Bondadoso
Artífice ensalzad: las maravillas
benedicid de su mano,
altas intelijencias celestiales;
y con divino, inimitable acento
glorificad á Dios, que Poderoso
crió la tierra, el mar y el Firmamento.

II.

„Para que el hombre en ella,
y ella en él sin cesar mi santo nombre
reverencien amantes,
fórmese (dijo) la mujer hermosa
de la carne del hombre,
y el hombre la idolatre como á diosa.
Gocen; su noble raza multipliquen,
y mi amor en sus hijos santifiquen.”—

En mitad del ameno Paraiso
Adan y Eva los ojos
abrieron de improviso;
y al ver tanta luz pura,
y al ver tanto portento
de amor y de hermosura,
postráronse de hinojos;
oraron al Señor en mudo acento,
y la tierra besaron
en éstasis dichoso. De consuno

los ángeles con ellos le aclamaron
 Artífice Supremo, Trino y Uno,
 sin principio, sin fin, y Bondadoso,
 Benigno, y Sabio, y Justo y Poderoso.
 El Señor los bendijo,
 y en majestad velado, así les dijo.—

Criaturas, oidme:
 humildes ensalzadme,
 sin tregua bendecidme,
 y sin interrupcion glorificadme.
 En todo lo creado
 dominio alcanzareis: de todo fruto
 que comais os concedo;
 mas que toqueis os vedo,
 porque vivais exentos de pecado,
 el que produce el árbol de la ciencia
 del bien y el mal, por grato y oloroso
 que os parezca, y el gusto deleitoso.”

Y á la voz del Señor Omnipotente,
 en señal de obediencia,
 toda ánima viviente
 de Adan y Eva en presencia
 se apresuró á doblar la erguida frente.
 Y ambos á dos alegres existian,
 y del Señor la gracia recibian.
 Pero ¡ay! que la mujer, incauta, ciega,
 el precepto olvidando
 de Dios, fácil se entrega
 á la astucia infernal del monstruo infando,
 que la engaña, la vence, y precipita
 y á que seduzca al hombre audaz la incita.—

III.

„¡Adan! ¡Adan! ¿En dónde estás?—Dios mio!—
 atónito responde—óí tu acento,
 y me escondí desnudo,
 sin inocencia ya, sin albedrio,
 de paz, de gozo exento,
 para que á mi rubor sirva de escudo

el árbol, que me oculta, de la ciencia.
 Pequé, mi Dios. Yo imploro tu clemencia.”
 —¡Adan! ¡Adan!—le dijo,—
 ¿pues quién te abrió los ojos?—La serpiente
 engañó á la mujer que tú me diste;
 comió, comí. . . .”—Y airado
 el Señor la maldijo.—

„Y á tí, frágil mujer, inobediente,
 que más que á mí creiste,
 á ese monstruo, instrumento del pecado,
 no te maldigo, no; mas te condeno
 á llorar y á jemer; porque tus penas
 grandes desde hoy serán: de angustias llenas
 las horas contarás y de rigores;
 y los hijos que nutras en tu seno
 legarás á la tierra con dolores.
 Y ya sin voluntad, débil, inquieta,
 estarás al varon siempre sujeta:
 y labraris la tierra, y de su fruto,
 con el sudor regado
 de vuestra frente, en ansiedad y luto
 viviendo, atribulados comereis,
 y todos, pues sois barro, morireis.”—

Lanzóles el Señor del Paraíso,
 y maldijo la tierra:
 y la muerte inflexible,
 el dolo, la ambicion, la infausta guerra,
 nacieron á la par, con lucha horrible,
 el espacio atronando,
 y á destruccion al orbe condenando.
 Que por Luzbel las furias disparadas
 del bátrato profundo,
 de ponzoñosas víboras crinadas,
 infestaron, el vicio entronizando,
 con su álito infernal al triste mundo. . . .

IV.

Y cundieron los males
 que aflijen á los míseros mortales. . . .

El hermano, envidioso
y cruel, inmoló á su propio hermano:
blasfemaron los réprobos: impio
contra el Señor se levantó orgulloso
su pueblo, que inhumano
sacrificó los justos á su encono,
con su sangre preciosa consagrando
el suelo, que á sus piés se estremecía.

Hundióse en la agonía
la triste humanidad: alzó su trono
la soberbia infernal: la tiranía
subyugó el orbe entero;
y la virtud, escarnecida, hollada,
huyó de entre los hombres consternada.

Plagas. . . . Ni el esterminio
de la primera edad raza maldita. . . .
¡ay! nada fué bastante
á conseguir que la deidad, triunfante,
recobrase en la tierra su dominio.
Nada ¡no! que proscrita
desde entonces del suelo,
conténtase en el Cielo
con enviar al justo que la implora
ráfagas de consuelo,
cuando en acerbo duelo
de los hombres los crímenes deplora.

V.

¡Santa virtud! De tu inaccesa lumbré
herida el alma mía
volar quisiera á la celeste cumbre
que eterna oscila el luminar del día.
¡Dime, dime si entonces,
desde el umbral de tu fulmíneo templo
triste al mundo vería,
como hoy, cuna del vicio, le contemplo
rodar precipitado,
de ignominia y de crímenes cargado?
¡Si el trueno de los bronce

pavor me infundiría,
y si el grito de —¡guerra!—
me haría estremecer, cual hoy me aterra?

¡Virtud! ¡Ay! Desdeñado
como siempre de tí, miro las horas
nacer, y una tras otra, fujitivas
jirar, y despeñarse
y en el profundo abismo sepultarse,
á la paz del mortal también esquivas.
Y, del tiempo en las garras destructoras,
el último suspiro
oigo exhalar dolientes
de Jacob á los tristes descendientes.
Cuanto en su curso toca emponzoñando,
crecer, y dilatarse
el humo pestilente que respira
la discordia infernal, ardiendo en ira;
víctimas inmolando,
que en vano libertarse
pretenden ya del precipicio horrendo,
donde ávido las hunde
el vicio corruptor, con rudo estruendo.
Lagos de sangre por do quier: ruinas;
y luto y desventura:
siempre imperando al mal: nunca triunfante
al bien: adusto, insano,
rejir al orbe el bárbaro precito:
le oigo con voz impura
blasfemar; y de Dios al soberano
nombre escelso, inclemente
sacrificar le veo al inocente. . . .

Hondo suspiro exhalo; y delirante,
perdida la razón, se me figura
que, mas infortunado que Sodoma,
el mundo se desploma;
y que envuelto en sus ruinas, el delito
comun manchando mi rugada frente,
en el horrendo caos me precipito. . . .

VI.

¿E imperará en el mundo eternamente
ese Númen del mal, que furibundo,
y concitando á fratricida guerra,
victorioso se ensancha por la tierra?

¡Sí! Ejercerá iracundo
en el orbe su influjo; y enemigo
del alma paz que el corazón desea,
de la discordia atizará la tea;
y hará, por mas que asombre,
verdugo al hombre de su hermano el hombre.
Que este es sin duda el eternal castigo
con que el Señor en su justicia amaga
hoy á los hijos de la raza impía
que de la fe abjuró en la idolatría.
¡Sí! porque ¡ni bastó que en hora aciaga,
para librar al hombre del pecado
humilde en un madero
muriese el hombre Dios crucificado!

VII.

¡Incomprensible Ser! ¡Oh Justiciero
Señor de la victoria!

vuelve á los tuyos la virtud suprema;
y ya que en esta vida transitoria
la paz nos niegue tu bondad extrema,
danos allá tu inmaculada gloria.—

Al Señor ensalcemos,
cuyas obras perfectas admiramos;
su poder bendigamos,
y su nombre sin fin santifiquemos:
pues la vida nos dió para servirle,
para glorificarle y bendecirle.
Que el bien fugaz, que el suelo
gozó un tiempo feliz, ya solamente
disfrutarlo podrá, ganando el Cielo,
quien tema al Hacedor, Justo y Clemente.

—*o*o*o*o*o*—

LOS ISRAELITAS

PRISIONEROS EN BABILONIA.

*Super flumina Babylois, illic sedimus & fleuimus:
cum recordaremur Sion...*

En Babilonia del estenso río
á la orilla sentados, tristemente
de tí, Jerusalén, nos acordamos.
De los sauces colgamos
las arpas, sin consuelo ya y sin brio,
para llorar tu estrago amargamente:
que cantar no es posible en tierra ajena
cuando á llorar el Cielo nos condena.

Los que de tí, Sion, nos despojaron,
y cautivos nos tienen, —, cantad, — dicen, —
cualquiera de los cánticos famosos
que cantábais gozosos,
y tanto en vuestra patria se loaron.”
Mas lo ordenan en vano, y nos maldicen:
que cantar no es posible en tierra ajena
cuando á llorar el Cielo nos condena.

Si alguna vez, oh patria, el pensamiento
triste, de tí apartásemos, y al canto
diésemos suelta aquí con alegría;
que nuestra lengua impía,
con la mano que tañe el instrumento,
se seque, y nos oprima atroz quebranto:
que cantar no es posible en tierra ajena
cuando á llorar el Cielo nos condena.

Y si acaso al mayor de los placeres
el que al pensar en tí tristes gozamos
no prefiriese el alma que te adora,
que todos sin demora
ceguemos, y á la par nuestras mujeres,
para que á verte mas nunca volvamos:
que cantar no es posible en tierra ajena
cuando á llorar el Cielo nos condena.

Ni olvides tú, Señor, Justo y Clemente,
 el furor de los viles idumeos
 cuando en Jerusalem á saco entraron.—
 „Arrasadla,”—gritaron;
 y los escombros ¡ay! súbitamente
 fueron de su impiedad pobres trofeos. . . .
 ¡Y nos mandan cantar en tierra ajena
 cuando á llorar el Cielo nos condena!
 Mas ya de las batallas el Dios Fuerte
 digna pena prepara á tu delito,
 Babilonia infeliz, cuanto inhumana;
 que en hora, ya cercana,
 presa serás de la inflexible muerte,
 y tu nombre de Dios será maldito.
 Entonces al Señor de la victoria
 entonaremos cánticos de gloria.



LOS ISRAELITAS

DE REGRESO EN JERUSALEN.

Lauda Jerusalem Dominum.

Libres ya del cautiverio
 que en Babilonia arrostramos,
 á nuestro Dios bendigamos,
 y ensalcemos su poder.
 Al son del arpa y salterio
 resuenen nuevos loores,
 y sus divinos favores
 publiquemos con placer.

Que su cólera aplacada,
 si á esclavitud nos redujo,
 exentos ya, nos condujo
 á nuestra santa Sion.

Y de nuevo edificada
 la hermosa ciudad, ventura
 gozaremos, paz, y hartura,
 y su inmensa proteccion.

Armas nos dió, y fortaleza
 para vencer animosos
 á los infieles, odiosos
 enemigos de Israel.
 Bienes dará con largueza
 á los que humildes le imploren,
 y á los buenos que le adoren
 exaltará junto á él.

Que así como á las estrellas
 dió luz, y poder al rayo,
 á su pueblo del desmayo
 sacó, y por él velará.—
 Cantad, hermosas doncellas,
 de Sion la restaurada:
 cantad la gloria alcanzada
 por los hijos de Judá.

Y tú, Salem venturosa,
 canta al Rey de las Alturas:
 bendecidle, criaturas,
 aurora, sol, luna, y mar:
 que con mano ponderosa
 nos libró del cautiverio.
 Al son del arpa y salterio
 loémosle sin cesar.



CÁNTICO

DE MARÍA SANTÍSIMA.

Magnificat anima mea Dominum.

Glorifica al Señor Omnipotente,
alma mía dichosa,
y tú, espíritu, salta alegremente,
lleno ya de su gracia prodijiosa.

Que Dios, mi Salvador, háse dignado
ver á su esclava ledo;
y mi nombre de hoy mas será ensalzado,
y entre todas feliz llamarme puedo.

Porque el Dios de Israel, cuyas bondades,
poder y omnipotencia,
los siglos precediendo, á las edades
irán solemnizando su clemencia;

Hizo en su sierva, entre otras maravillas,
una suprema y grata;
y el júbilo del alma, en mis mejillas,
en mi frente y mis ojos se retrata.

Que á los grandes humilla, y engrandece
sobre ellos al pequeño;
á los ricos despoja, y enriquece
al pobre que le sirve con empeño.

Y así, porque su pueblo le bendiga,
su poder manifiesta;
y al orgulloso pérfido castiga,
al paso que al humilde auxilio presta.

Pues que hoy enaltecer quiso á su esclava,
y descendió á mi seno,
el corazón, que triste le adoraba,
ya le ensalza feliz, de gozo pleno.

Y ya porque se cumpla la promesa
que á nuestros padres hizo,
digna de él acomete santa empresa,
mientras que yo su nombre solemnizo.

Quiere mostrar su cólera divina
castigando al protervo;
y con bondad inmensa, de la ruina
salvar quiere á Israel, su amado siervo.



EL NACIMIENTO

DEL NIÑO DIOS.

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe augura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Los Cielos, la tierra, y el mar, y las flores,
los peces, las aves, las fieras, y fuentes,
bendicen con júbilo al Dios de Israel.
Corred á adorarle, felices pastores:
Venid, reyes magos: llegad reverentes,
y ante su hermosura posternáos, ¡es él!

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo

ya os asegura,
y al orbe augura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

De David, oh patria, ciudad escogida
entre mil por cuna del Verbo encarnado,
para bien del mundo, dichosa Belen;
al mundo pregonas la dicha cumplida,
y canta á los hombres que el tiempo ha llegado
de paz, y ventura, de gloria, y del bien.

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe augura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Ese bello Niño, que veis en los brazos
de la Virgen Madre, curará al leproso;
dará vista al ciego, y al hereje fe:
unirá á los justos con eternos lazos;
de virtud la senda mostrando amoroso
á los pecadores hijos de Noé.

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,

y al orbe augura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Peregrino Santo, vadeará los rios,
protejiendo al débil, al fuerte humillando;
y enseñando á todos la divina ley.
Pastor Escelente, dará á los impíos
de piedad ejemplo, de bienes colmando
á cuantos compongan su querida grey.

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe augura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Convertida en néctar su sangre preciosa,
él á sus discípulos la noche postrera,
cenando con ellos, mandará beber.

Y en la misma noche con voz misteriosa
les dirá, y doliente, si grave y severa:
De vosotros uno me habrá de vender."

CORO.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe augura

felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Y sudando sangre, rezará en el huerto,
y en él un apóstol, á jentes impías
venderá ingrato, y alevé y cruel.
Y será azotado y enclavado; y muerto
tornará á la vida glorioso el Mesías,
redimido el mundo quedando por él.

coro.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe angura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Cielos, tierra, y mares, y plantas y flores,
peces y avecillas, y fieras y fuentes,
benedicid con júbilo al Dios de Israel:
corred á adorarle, felices pastores:
venid, reyes magos: llegad diligentes,
y puestos de hinojos, adoradle, ¡es él!

CÁNTICO DE SIMEÓN.

*Nunc dimittis seruum tuum Domine, secun-
dam verbum tuum in pace.*

Tranquilo ya y contento
expiraré, Señor, pues tu promesa
cumpliste, y á tu acento,
hermoso, rubicundo
nació, ahuyentando la tiniebla espesa,
el Salvador del mundo.

Estático, mis ojos
su belleza, Señor, han contemplado:
mi cuita y mis enojos
trocáronse en consuelo
al punto que en mis brazos estrechado
le hube con anhelo.

Tú, mi Dios, tú le envías
para que salve á cuantos pueblos sean:
para que en faustos días
de paz y de victoria
las naciones en él su antorcha vean,
los de Israel su gloria.

LA REDENCION. [®]

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS *¡Eloi, Eloi, lamma Sabachani!*

¡Ay que en el huerto santo,
del alma acongojada
vertiendo está Jesus acerbo llanto
por la estirpe malvada
que irreligiosa, ciega,

felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Y sudando sangre, rezará en el huerto,
y en él un apóstol, á jentes impías
venderále ingrato, y alevé y cruel.
Y será azotado y enclavado; y muerto
tornará á la vida glorioso el Mesías,
redimido el mundo quedando por él.

coro.

Justos del suelo,
de alta victoria,
de escelsa gloria
himnos cantad.
El triunfo el Cielo
ya os asegura,
y al orbe angura
felicidad:
que hoy ha nacido
el Salvador del mundo prometido.

Cielos, tierra, y mares, y plantas y flores,
peces y avecillas, y fieras y fuentes,
benedicid con júbilo al Dios de Israel:
corred á adorarle, felices pastores:
venid, reyes magos: llegad diligentes,
y puestos de hinojos, adoradle, ¡es él!

CÁNTICO DE SIMEÓN.

*Nunc dimittis seruum tuum Domine, secun-
dam verbum tuum in pace.*

Tranquilo ya y contento
expiraré, Señor, pues tu promesa
cumpliste, y á tu acento,
hermoso, rubicundo
nació, ahuyentando la tiniebla espesa,
el Salvador del mundo.

Estático, mis ojos
su belleza, Señor, han contemplado:
mi cuita y mis enojos
trocáronse en consuelo
al punto que en mis brazos estrechado
le hube con anhelo.

Tú, mi Dios, tú le envías
para que salve á cuantos pueblos sean:
para que en faustos dias
de paz y de victoria
las naciones en él su antorcha vean,
los de Israel su gloria.

LA REDENCION. [®]

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS *¡Eloi, Eloi, lamna Sabachani!*

¡Ay que en el huerto santo,
del alma acongojada
vertiendo está Jesus acerbo llanto
por la estirpe malvada
que irreligiosa, ciega,

al vicio infando, y al error se entrega!
 ¡Noche de espanto llena y amargura,
 triste augurio de muerte! ¿por qué el velo
 descorríste, y del sol la lumbre pura
 tornó propicia á iluminar el suelo? . . .

¡Ay que del corazon empedernido
 del pueblo que le insulta,
 escarnece y lastima, ni un gemido
 se exhala compunjado

que calme del Señor la pena oculta!

Júdas. . . ¡Maldita sea

tu raza descreida:
 maldito tú mil veces, en Judea
 el bárbaro deícida:
 tú, cuyo amargo beso
 de tu torpe ambición colmó el esceso!
 Que escrito estaba; y en la cena el Hijo
 del Autor Soberano, Rey de reyes,
 al celebrar la Pascua lo predijo,
 descifrando de Dios las santas leyes.—

Y oró en Getsemaní, do le prendieron
 los mismos que aterrados
 al escuchar su voz retrocedieron,
 y de espaldas cayeron,
 cual de rayo flamíjero tocados.—

„Aquel á quien presente
 este pan por mi mano,
 ese me entregará.”—Dijo doliente
 quien al jénero humano
 redimió; y en seguida
 la prediccion suprema fué cumplida.—

¿Dónde vas en tropel? ¿dónde furioso
 corres mal dirijido, pueblo iluso? . . .
 ¿No miras al traidor aleve, odioso,
 delante de Jesus temblar confuso? . . .

¡Tente, pueblo infeliz, pueblo execrado
 por tu barbarie impía! . . .

Errante vagarás y despreciado,
 é incrédulo y aislado

maldecirás tu nombre en la agonía.

Cual ladrón le conducen
 de Anás á la presencia:
 luego á Pilato inducen
 á que le martirice sin clemencia.—
 „¡Crucifícale!”—gritan,
 y contra el hombre Dios se precipitan. . .
 De júbilo infernal dando señales,
 chusma soez sin compasión le azota,
 y la sangre purísima á raudales
 del Cuerpo Santo inmaculada brota.
 Ni un suspiro, ni un ay del alma herida
 le arranca su tormento. . . .
 Firme va entre la turba descreida,
 que insana, enfurecida,
 su muerte pide en tremebundo acento.

Temiendo de los jueces
 la cólera terrible,
 temblando Pedro le negó tres veces;
 y ¡ay! en el trance horrible,
 triste y desamparado
 se vió el Hijo de Dios glorificado.
 ¡Los suyos le abandonan temerosos! . . .
 Y con la Cruz, que el cuerpo le quebranta,
 por senderos torcidos, y escabrosos
 con fatiga al Calvario se adelanta.

¡Ya en el Gólgota está con los sayones,
 dó por salvar al mundo,
 será crucificado entre ladrones;
 legando á las naciones
 un manantial de fe siempre fecundo!

Ya le enclavan. . . . El duelo
 la luz veda á los ojos,
 y ver no pueden al que el alma al Cielo
 va á entregar sin enojos. . . .

¡Ay! ya espiró, tornando
 ácia su Madre el Rostro venerando!
 El sol veló su faz: los elementos
 rujieron con fragor: tembló la tierra;

y los ecos jirando turbulentos
 por el espacio inmenso en son de guerra,—
 ¡Jerusalen malvada!—repetian.
 Y exánimes, sin llanto
 que derramar los que en Jesus creian,
 el corazon vertian
 en lágrimas disuelto, en su quebranto.—
 Yo invocaré tu nombre,
 Hijo del Padre Eterno,
 sublime en tu piedad, pues hecho hombre
 con amor sempiterno
 al mundo redimiste,
 y luz al ciego en su ignorancia diste.
 Y adoraré tu nombre soberano
 bien me cerque el peligro, bien en calma
 implore tu bondad, débil gusano,
 y hasta tu trono elevaré mi alma.
 Y de la Cruz al pié, con voz ferviente
 clamaré noche y dia:—
 No desampares, no, Dios Prepotente,
 al mortal penitente,
 que invoca tu piedad, y en tí confia.



EL DESCENDIMIENTO.

Stabat Mater Dolorosa.

Junto al madero sacro
 en que Jesus inanimado pende,
 ¡oh triste simulacro!
 sin aliento, llorosa,
 con lúgubre jemir el aire enciende
 la Madre Dolorosa.

Los ojos en el Cielo,
 que nublado á su cuita corresponde,

fijos están con duelo. . . .
 ¡Ay que en el solitario
 lugar tan solo á su clamor responde
 el eco del Calvario!

Jime la Magdalena:
 su llanto abundantísimo pregona
 de su alma la honda pena:
 y limpia y sin mancilla,
 que Dios sus graves culpas la perdona,
 ante la Cruz se humilla.

¡Ay Cielo! y ¡quién no vierte
 lágrimas de espacion, atribulado;
 y al Poderoso, al Fuerte,
 al Redentor no dice:—
 „Bendíceme, Jesus, de mí apiadado,
 como Dios te bendice?“—

Al ver en la radiante
 Faz de la Celestial Madre Doliente
 la pena devorante,
 ¿qué pecho no se oprime?
 ¿En qué alma pecadora, agudamente
 el duelo no se imprime?
 ¿Quién verá sin tristeza
 sobre el Cuerpo Divino reclinada
 la Divina Cabeza?

¡Ay que por cada herida
 lega al mundo con sangre inmaculada
 jérmén de amor y vida!—

Al entregar, humanos,
 el alma al Padre Eterno, con voz triste:—
 „Perdona á los insanos
 que me ofendieron, dijo;
 tú, Dios mío, que el mundo redimiste
 con la muerte del Hijo.“

¡Ay! elevad los ojos;
 los ojos pecadores, y miradle
 coronado de abrojos,
 enclavado, y sangriento
 el Santísimo Cuerpo, y contempladle

si no os mata el tormento.—

¡Ay Madre sin ventura!
¡Virgen entre las buenas escojida!
llora con amargura;
mas compasiva deja
que penetre en mi ánima aterida
la angustia que te aqueja.

Ese duelo, Señora,
que, en punzantes espinas convertido,
tu corazón devora.

Débate por mis preces
que el cáliz del dolor, cual tú, aflijido
apure hasta las heces.

En mi alma infunde ¡oh Madre!
el castísimo amor que al Hijo tienes
con el amor del Padre.
Haz que al Hijo imitando
del Padre goce los supremos bienes,
léjos del mundo infando.—

A tu regazo ¡ay triste!
á descender va el Rey de la Judea,
el Hijo que perdiste.

Ya, para sepultarle,
Nicodemo, y José de Arimatea
llegan á desclavarle.

¡Ya desciende! . . . Amorosa
¡ya le estrecha en los brazos tiernamente
la Madre Dolorosa!
¡Ay Virgen sin ventura!
¡Ay que ni verle el Rostro te consiente
tu profunda amargura!



LA RESURRECCION.

SONETO.

Los que llorais á Cristo sin consuelo,
fieles creyentes, enjugad el llanto,
y, el alma libre del mortal quebranto,
himnos de gloria dirigid al Cielo.

Brilla de nuevo el sol, roto ya el velo
de la lóbrega noche, que de espanto,
al espirar en el madero santo,
cubrió y de luto y afliccion al suelo.

Que á la voz del Señor Omnipotente
resucitára el Redentor del mundo
para reinar Eterno junto al Padre.

Y su espléndido triunfo solamente
de angustia llena al bátrato profundo,
mientras ensalza á Dios la Virgen Madre.



LA ASCENSION.

SONETO.

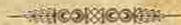
Deten, . . . de gloria llena, luminosa
nube, deten el presuroso vuelo:

desciende rauda á esclarecer el suelo
que envuelto queda en noche tenebrosa.

¡Ay! sin tí, sin tu luz esplendorosa,
¡qué será ¡Buen Jesus, dulce consuelo!
de los tuyos, que viéndote, sin duelo
gozaron santa paz, suerte dichosa?

Acórrenos en tanta desventura,
á compasion te muevan nuestras quejas,
y haz que te amemos con virtud estable.

Que luto, y llanto eterno, y amargura
serán ya nuestras dichas, pues nos dejas
sin amparo, entre el vicio abominable.



CON MOTIVO DEL COLERA, EN 1833.

Piedad, Dios de Israel, piedad implora
 contrito el pecador, à tí humillado,
 arrepentido ya, si fué culpado;
 su ruego acepta, y su dolor minora.

F. X. Ramírez.

Cese, Jehová, tu ira,
 tu justa indignacion, por los que ardieron
 en sacrosanta pira,
 en donde perecieron
 los mártires, que siempre en tí creyeron.

Por aquellas crueles
 heridas que humillado recibiste
 de bárbaros infieles:
 por lo que padeciste:
 por los que del pecado redimiste.

Por las divinas, santas
 lágrimas que vertió tu Madre Pia
 en ocasiones tantas:
 por los que en fausto dia
 sacaste á eterna luz del agonía.

Clemencia ¡oh amoroso
 Padre! ¡Piedad! De un siervo que te adora
 la súplica, piadoso
 oye, Señor, ahora,

por lo que el Cielo Santo en sí atesora.

Del hombre atribulado
 cese el castigo ¡oh Dios! que decretaste:
 perdona su pecado,
 que cuando le formaste
 débil como las flores le creaste.



EL PECADOR ARREPENTIDO.

*Cor meum conturbatum est in me: &
 formido mortis cedit super me.*

¡Hasta cuándo, Buen Dios, de mí olvidado
 consentirás que en la desgracia jima,
 y el escozor de la conciencia oprima
 mi corazón cuitado?

¡Hasta cuándo? Pero ¡ay! que en mi despecho
 yo soy quien, vil esclavo de los vicios,
 olvidó los supremos beneficios
 que liberal me has hecho.

Quien idiota burló tu ley divina,
 y ciego, en pos de infames devaneos,
 concibió y consumó viles deseos,
 que el virtuoso abomina.

Quien torpe blasfemó con labio inmundo,
 y maldijo tu nombre, é insolente
 negó que eras de paz Omnipotente
 Juez y Señor del mundo.—

„No hay Dios, dije, no hay Dios. Las criaturas
 su existencia la deben al acaso:
 No hay Dios, y libre puede el hombre laso
 gozar á sus anchuras.

„Gocemos, pues, sin término, mortales,
 que las penas se curan con placeres;
 y con la muerte acaban de los seres
 los bienes y los males.

„Gocemos sin temor en lazo amigo,
 que es lo del *otro mundo* una quimera;
 y ninguno tendrá despues que muera
 ni premio ni castigo.”—

„Gocemos sin temor, que es corto el plazo
 que natura de vida nos concede.
 Gocemos sin temor, que el hombre puede
 gozar sin embarazo.

„Gocemos sin temor, que el alma espira
 deleznable y fugaz con la materia.”—

Así exclamé, Buen Dios, en la miseria
provocando tu ira.

Clemente tú entre tanto en mí pensabas:
de salvacion al puerto deleitoso,
mientras yo te ofendía, bondadoso
guiarme imaginabas.

Y una noche feliz ¡oh Dios Eterno!
ví entre sueños. . . ¡qué horror! . . . deforme, horrible,
al vicio, á tu perdon inaccesible,
arder en el infierno.

Y del Empíreo en la eternal morada
ví á la virtud. . . ¡qué júbilo! . . . triunfante
resplandecer muy mas que el sol brillante,
de gloria circundada.

Disperté, y ¡oh bondad! en el momento
rayo de escelsa luz brilló propicio
mi ser vivificando, que del vicio
al punto quedó exento.

¡Bendito tú, oh Señor! Tu descarriado
siervo vuelva á tu gracia, pues te implora
misericordia, y sus pecados llora
contrito, atribulado.

Que arrepentido ya, temo la muerte,
á cuyo aspecto se conturba el alma.
Dame del justo la inocente calma;
líbrame de ofenderte.

Ni permitas, Buen Dios, que muera triste
sin que mi grave culpa haya purgado:
sin que el premio alcanzar logre anhelado,
que al bueno prometiste.



OMNIPOTENCIA DE DIOS.

Dado fué al hombre ya de polo á polo
surcar el oceano en frágil leño;
con no vencido empeño
de pueblos y naciones
absoluto señor hacerse solo,
y á su triunfo elevar rejios pendones.

Dado fué al hombre ya del hombre mismo,
que ansioso de su bien, su ruina labra,
dar vida á la palabra,
y hacer que eterna dure,
ora ensalce entusiasta el heroismo,
ora el bien, ora el mal al orbe augure.

Dado es al hombre, sí, dado es al hombre
medir los astros y cruzar la esfera;
domeñar la pantera
con denodado brio;
y sin que el trueno aterrador le asombre
el rayo sujetar á su albedrío.

Dado es al hombre en su ambicion jigante
ídolos erijir en su alabanza:
lograr que á la esperanza
su sed de gloria esceda;
y que leyes, en trono vacilante,
dictar él solo al universo pueda.

Dado le es entre el hórrido estampido,
la muerte fulminar contra su hermano:
cautivar inhumano
al pez, al ave libre,
y en su demencia, de ambicion henchido
diques poner al caudaloso Tíbre.

Pero nunca será que el pensamiento
por mas que lo pretendan los humanos,
penetre los arcanos
del que en los astros brilla;
que tanto pretender es loco intento
en quien á un rey mortal la frente humilla.

Inmensurable ¡oh Dios! es tu clemencia;
y á la luz que fulguras radiante
del sol vivificante
eclípsase la lumbré;
y proclamando están tu Omnipotencia
el suelo, el mar y la celeste cumbre.

La flor mas débil que la tierra dura
rompe al brotar: los ricos minerales;
las auroras boreales;

la luz, que el ciego anhela,
el huracan, la calma, la natura. . . .
todo ¡oh Dios! tu existencia nos revela.

¿Quién te comprenderá? Por tí, sumiso
temblar á nuestra voz al tigre vemos;
y solo á tí tememos,
y á tu amago temblamos,
porque tú solo puedes de improviso
esterminar el orbe que admiramos.

Formado á imájen tuya, al hombre diste
poder y majestad. Y al verle dueño
del globo, y con empeño
burlar del mar profundo
la furia, que á su audacia sometiste,
tu grandeza admirando, me confundo.

Confúndome, Señor, pues no me es dado;
aunque siervo te invoco y te bendigo,
verte, y mirar consigo
la obra de tus amores;
y por do quier que voy te siento al lado,
y te aspiro en la esencia de las flores.

¡DIOS INMORTAL!—retumba en las hojosas
ramas, que el viento mueve.—¡DIOS POTENTE!
del río en la corriente.—

¡DIOS ESCELSO!—en el trueno;
y de tí, y de tus obras portentosas
el universo ¡oh Dios! mírase lleno.

Todo eres Majestad, todo Hermosura,
y eres Justo, Señor, y Sempiterno;
y en tí vivirá eterno

el que en tu amor confia;
y gloria le darás, paz y ventura
si con fervor te implora en la agonía.—

Nace inocente el hombre, y en la tierra
ángel bello es de amor. Despues audacia
le das y perspicacia;
domina el mundo; y fuerte,
por donde quiera osado, en paz ó en guerra,
irascible y feroz lanza la muerte.

Y el hombre que domina el mundo entero;
que se remonta al éter; que ambicioso,
triumfante y orgulloso
alza la sien, orlada
de lauro, entre los hombres altanero,
¿qué es ante tí, Dios mio? Polvo, nada.

Yo, pues oigo tu acento poderoso
del mar en el bramido, en la tormenta;
en el aura, que alienta
al mortal moribundo,
del Vesubio en el seno cavernoso,
y en el áspid mas infimo del mundo;
En tí pienso; y en tí, Dios Prepotente,
confio, porque en tí tan solo creo;
y si nunca te veo,
pues eres invisible,
al nombrarte me inclino reverente,
y venero tu Ser incomprendible.

Y al contemplar magnificencia tanta
como en el Cielo y tierra resplandece,
mi fe, Dios mio, crece;
y humilde, atribulado,
y la voz comprimida en la garganta,
el polvo beso de que me has formado.



PLEGARIA A LA VIRGEN.

Fuente de amor, Madre Pia,
 que de estrellas circundada
 esclareces la morada
 de eterna paz y alegría;
 de esa luz
 que tu frente,
 que tus ojos reverberan,
 hoy, por quien murió en la Cruz,
 de esperanza
 un rayo resplandeciente
 sobre los miseros lanza,
 que de tí consuelo esperan.

A los tristes
 que te imploran,
 y en tí adoran
 con afán,
 y que llenos
 de amargura
 paz, ventura,
 ansiando están;

una rutilante, que ahuyente el quebranto,
 que restañe el llanto, mirada piadosa
 echa bondadosa de vida y amor.

De vida que empiece, cuando ya sin duelo
 deje el alma al suelo, y en gloria velada,
 suba á la morada del Sabio Hacedor.

Madre de Dios, intercede
 con tu Hijo, porque en el trance
 de mi muerte, el premio alcance
 que solo al justo concede.

Si olvidé
 ciego, y loco
 que hay un Juez que remunera
 y que castiga, hoy con fe,
 prosternado

su nombre inefable invoco;
 y ¡perdon! en lastimera
 voz le pido atribulado.

Mi alma, oh Virgen,
 ilumina
 con divina
 escelsa luz;
 tú en la tierra
 sé mi faro,
 y halle amparo
 yo en la Cruz.

Por los bienes sumos que con sabia mano
 te hizo el Soberano Artífice Eterno,
 Padre amante y tierno, fiel Regulador,
 y por los de Cristo profundos pesares,
 no me desampares en la hora postrera,
 oh tú, que la Esfera llenas de esplendor.

Mis preces oye, y benigna
 permite, oh Virgen, que mi alma
 en dichosisima calma
 del Hacedor se haga digna.

Ven á mí,
 Soberana

Reina del mundo, y del Cielo;
 y la virtud que perdí

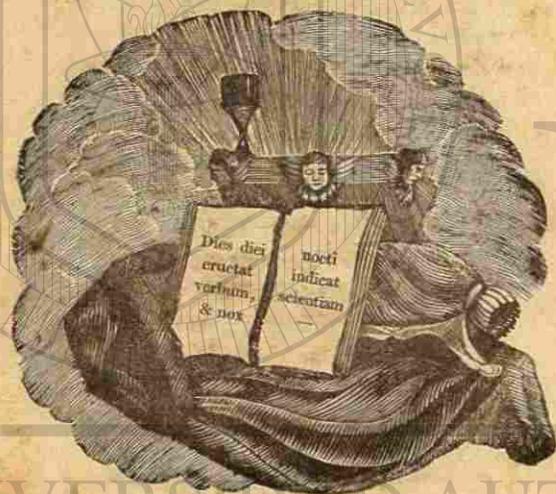
delincente,
 vuelve á mi pecho, do insana
 pasión nutrí sin recelo. . . .

¡Sálvame, oh Virgen Clemente!

Salva á un siervo
 que te implora,
 y en tí adora
 sin cesar.

Presto al llanto
 que ahora vierte
 laso, inerte,
 con pesar,

del mal verse exento que le oprime deba,
 y á darle te mueva la gracia, que ansía
 de tí, en quien confía, y espera en tu amor.
 Y pues cuanto quieres de tu Hijo lo alcanzas,
 de las asechanzas de Luzbel, Señora,
 libra á quien te implora: ¡salva á un pecador!



EL ENCUENTRO.

- ¿Adónde, suspiro, vas?
 —¿De dónde, suspiro, vienes?
 —¿Naciste de amor quizás?
 —¿Te exhalaron los desdenes?
 —¿Eres de algun desdichado
 que frenético delira?
 —¿Eres de algun desterrado
 que por la patria suspira?
 —¿De alguna madre que ausente
 llora al hijo de su alma?
 —¿De algun niño, que inocente
 goza del Cielo la calma?
 —No.
 —Yo tampoco.
 —¿Eres, dime,
 de algun tirano protervo?
 —¿Eres de alguno que jime,
 de hombre convertido en siervo?
 —Soy de Elisa, que á su amante
 me dirige.

—Yo soy de él,
que en su dolor incesante,
á ella me encamina fiel.

—Voy del oriente al ocaso.

—Yo del ocaso al oriente.

—Suspiro, acelera el paso.

—Suspiro, vé dijhente.

—Vé, y á la hermosa doncella
que le adora, da consuelo.

—Vé, y de quien muere por ella
mitiga el acerbo duelo.

—Suspiro, adios.

—¡Ay de mí!
De haberte visto me duele.

—Ausente, hermano, de tí,
ya no habrá quien me consuele.

—¡Ay suspiro, que te ausentas!

—¡Ay que te ausentas, suspiro!

—Mi fuego voraz aumentas.

—Me inflamo si mas te miro.

—¡Y ya no he de verte mas!

—¡Y no he de volver á verte!

—¡Ay que vas do espirarás!

—¡Ay que vuelas á la muerte!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
A ALEDA. LA MAÑANA.

Ojos, que mi corazon
aprisionais cuando os miro;
ojos, por quien yo deliro
con frenética pasion;
¡quién compasivos os viera,
ojos bellos!
que del sol que reverbera
sois destellos.

¡Ah! si pudiérais leer,
ojos, cuya luz me abrasa,
lo que dentro de mí pasa
siempre que os consigo ver,
compasion de mí tuviérais,
bellos ojos,
y por amor no me diérais
¡ay! enojos.

Miradme solo una vez;
por piedad, ojos, miradme,
y luego ¡ay Dios! condenadme
á llorar vuestra esquivez.
Por piedad sed compasivos,
ojos bellos,
que el amor de los esquivos
huye al vellos.

¡Ay! pero no me mireis,
ojos que tanto me odiais,
que si mirarme os dignais
morir de gozo me hareis:
que como sin verme os mire,
bellos ojos,
os daré el alma, aunque espire,
por despojos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
LA MAÑANA. SONETO. (R)

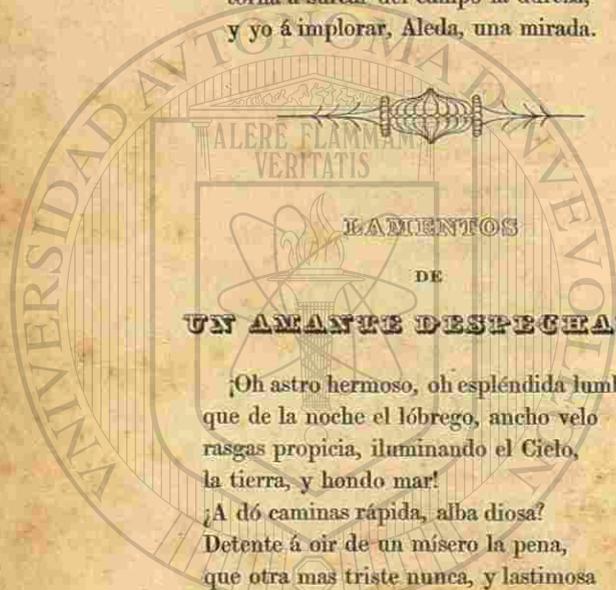
Circundada de nubes se presenta
fugaz lá aurora precediendo al día,
regando por los campos la ambrosía
que al affijido espíritu contenta.

Los rayos de su luz el sol ostenta,
bañando de oro la pradera umbría;
y el agua pura de la fuente fría

cual luciente cristal, su brillo aumenta.

Todo vuelve á su ser y fortaleza:
cantan las avecillas, y animada
la reina flor recobra su belleza.

La campesina jente alborozada
torna á surcar del campo la dureza,
y yo á implorar, Aleda, una mirada.



UN AMANTE DESPECHADO.

¡Oh astro hermoso, oh espléndida lumbrera,
que de la noche el lóbrego, ancho velo
rasgas propicia, iluminando el Cielo,
la tierra, y hondo mar!
¡A dó caminas rápida, alba diosa?
Detente á oír de un mísero la pena,
que otra mas triste nunca, y lastimosa
pudieras escuchar.

Detente, oh diosa cándida, á mi ruego,
y de mi canto fúnebre te apiada,
que no ha logrado de mi dulce amada
ablandar el rigor.
De mi cuita los árboles se duelen;
á mis ayes el céfiro responde:
hasta las duras rocas se conduelen
de mi cruel dolor.

De este arroyuelo límpido á la orilla,
hermosa luna, mírame rendido...
Aquí me encuentra el sol cuando encendido
torna el orbe á alumbrar.
Vuelve la noche lóbrega, se aleja,
y aquí la aurora fúljida me halla;

todos se compadecen de mi queja;
todos de mi pesar.

Solo mi amada muéstrase insensible;
y esquiva sonriéndose á mi llanto,
hace que mas se aumente mi quebranto,
que vé sin compasion.

¡Cuántas veces, ay mísero, en la vega,
á sus plantas postrándome abatido,
con voz mas triste que quien triste ruega
la dije mi pasion!

¡Cuántas veces mi cítara amorosa
con espresivo cántico loára
de aquesa ingrata la hermosura rara,
que no conoce igual!
Pero ¡ay! que en vano ¡oh péfida! la adoro;
en vano, que esquivándome, no atiende
á mis sentidas quejas, ni á mi lloro,
consuelo á tanto mal. . . .

Mas ya tu rayo fúljido, Lucina,
tal vez de mí doliéndote, retiras:
corre, vuela ácia aquel por quien suspiras,
que yo fenezco aquí.
Llega, luna amantísima, á su lado;
vuela á gozar sus plácidos amores:
mas cuando estés con tu Endimion amado,
acuérdate de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIALOGO

ENTRE EL AMOR Y UN AMANTE.

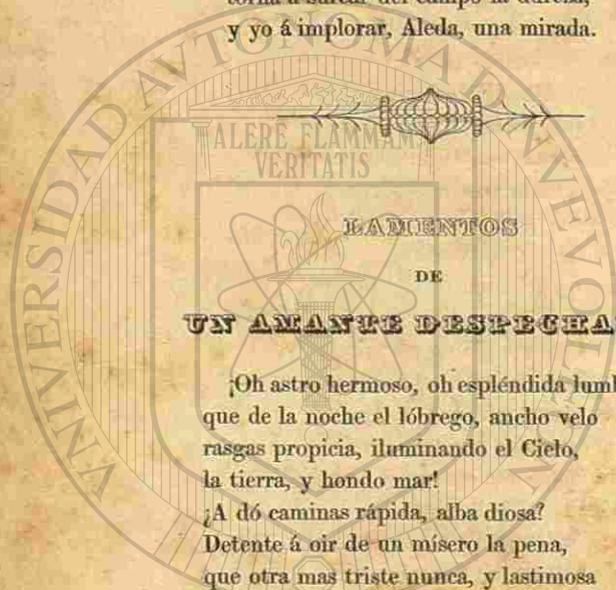
SONETO.

—¿Qué pretendes de mí, falso Cupido?
¿Quieres verme morir desesperado?
—Quiero que jimas á los piés postrado
de la hermosa que nunca te ha querido.

cual luciente cristal, su brillo aumenta.

Todo vuelve á su ser y fortaleza:
cantan las avecillas, y animada
la reina flor recobra su belleza.

La campesina jente alborozada
torna á surcar del campo la dureza,
y yo á implorar, Aleda, una mirada.



UN AMANTE DESPECHADO.

¡Oh astro hermoso, oh espléndida lumbrera,
que de la noche el lóbrego, ancho velo
rasgas propicia, iluminando el Cielo,
la tierra, y hondo mar!
¡A dó caminas rápida, alba diosa?
Detente á oír de un mísero la pena,
que otra mas triste nunca, y lastimosa
pudieras escuchar.

Detente, oh diosa cándida, á mi ruego,
y de mi canto fúnebre te apiada,
que no ha logrado de mi dulce amada
ablandar el rigor.
De mi cuita los árboles se duelen;
á mis ayes el céfiro responde:
hasta las duras rocas se conduelen
de mi cruel dolor.

De este arroyuelo límpido á la orilla,
hermosa luna, mírame rendido...
Aquí me encuentra el sol cuando encendido
torna el orbe á alumbrar.
Vuelve la noche lóbrega, se aleja,
y aquí la aurora fúljida me halla;

todos se compadecen de mi queja;
todos de mi pesar.

Solo mi amada muéstrase insensible;
y esquiva sonriéndose á mi llanto,
hace que mas se aumente mi quebranto,
que vé sin compasion.

¡Cuántas veces, ay mísero, en la vega,
á sus plantas postrándome abatido,
con voz mas triste que quien triste ruega
la dije mi pasion!

¡Cuántas veces mi cítara amorosa
con espresivo cántico loára
de aquesa ingrata la hermosura rara,
que no conoce igual!
Pero ¡ay! que en vano ¡oh péfida! la adoro;
en vano, que esquivándome, no atiende
á mis sentidas quejas, ni á mi lloro,
consuelo á tanto mal. . . .

Mas ya tu rayo fúljido, Lucina,
tal vez de mí doliéndote, retiras:
corre, vuela ácia aquel por quien suspiras,
que yo fenezco aquí.
Llega, luna amantísima, á su lado;
vuela á gozar sus plácidos amores:
mas cuando estés con tu Endimion amado,
acuérdate de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIALOGO

ENTRE EL AMOR Y UN AMANTE.

SONETO.

—¿Qué pretendes de mí, falso Cupido?
¿Quieres verme morir desesperado?
—Quiero que jimas á los piés postrado
de la hermosa que nunca te ha querido.

—¡Y siempre, Amor cruel, aborrecido
de la ingrata seré!—No soy culpado.
—¿Pues quién?—Tú mismo.—¿Yo? ¡Desventurado!
—¿Desventurado? ¡Bah! Nunca lo has sido.
—¿Y puede acaso haber mayor tormento
que amar á una belleza despiadada?
—Siempre la que es hermosa será esquivada.
—Eh! No te acufes mas, ten sufrimiento,
que tu constancia al fin será premiada.
—¿Si pues amarla juro mientras viva.



EL TRIUNFO.

Mi amor, mi delicia, mi sumo consuelo,
tú calmas mi duelo, tú me haces dichoso:
tu labio amoroso ya al fin me dijera:—
„Yo te amo sincera.”—
¡Bien hayas mil veces, Aleda adorada!
Mi pena trocada ya en júbilo miro:
ya libre respiro: ya puedo confiado
llegar á tu lado.

No tímido amante seré en tu presencia;
ni triste en ausencia tendré desconfianza;
ni ya mi esperanza soñaré perdida,
pues me amas rendida.

Enlacen desde ahora mi cuello tus brazos:
aquestos los lazos que nos unan sean.
Por siempre nos vean felices y amados
los Cielos sagrados.

Y cuando la muerte con hórrida saña
su fiera guadaña descargue severa,
á la par nos hiera, y así como estamos
dichosos muramos.

—* * * * *

LOS RECUERDOS.

¿Dónde, noche venturosa,
pues te busco y no te veo,
te has partido?

¿Cómo huiste presurosa,
oh noche, en que mi deseo
ví cumplido!

¡Oh cuán rápidas las horas
de tu plácido reinado
fueron idas!

¿Dó están las halagadoras
delicias que en tí he gozado
tan queridas?

Fenecieron ¡ay! y de ellas
solo queda muy reciente
la memoria:

ahora en pos mil querellas
lanza el pecho, pues no siente
tanta gloria.

¡Dulces recuerdos, que el alma,
si alegraron, entristecen,
ya estinguídos!

¿Dó está la inefable calma?
¿Dó los gustos que adormecen
los sentidos!

¡Cuánto es, ay Dios, pasajera
de este mundo la ventura,
y alegría!

Como el alba placentera
fué mi dicha, que no dura
todo el día.

En tanto que de mi amada
gocé esquisitos favores
á su lado,

fué mi ventura estremada. . . .

¡Oh de fieles amadores
breve estado!

Por dos horas de ufanía,
por dos horas de contento,
ya pasadas,
¡cuánto sufre el alma mía!
¡Cuántas lágrimas sin cuento
derramadas!

Cuando sus labios de rosa
en mis labios estamparon
dulce beso,

¡oh qué suerte tan dichosa!
¡Qué deliquios me asaltaron!
¡Qué embeleso!

Y de todo ya ¡qué queda?
¡Ay desgracia! Solamente
la memoria.

¡Venturoso del que pueda
disfrutar eternamente
tanta gloria!—

Adios, venturas lloradas,
adios, dichas pasajeras,
que lamento.

¡Cuándo seréis perpetuadas,
como fuisteis verdaderas
un momento?

Pronto será, si la hermosa,
á quien adoro constante
no me olvida.

Vuelve, oh noche venturosa,
y en los brazos de mi amante
dame vida.



EL REGRESO.

SONETO.

Después de larga ausencia, Aleda mía,
y después que aflijido palpitaba
mi corazón, y triste lamentaba

mi fortuna, que verte me impedia;

Después que suspirando en la agonía
el deseo en mi mente revolaba
de verte, que anhelante se fijaba
á do se imaginára que te vía;

Torno á mirarte, hechizo idolatrado,
y revive mi gozo moribundo
al contemplar tu faz encantadora.

Pues no hay mayor delicia en este mundo
cual la de ver en tiempo no esperado
al sumo bien que el corazón adora.



MESALINA,

EN LA AUSENCIA DE SU AMANTE.

Orillas de esta fuente cristalina,
visitadas un tiempo con mi amado,
sustentada al cuerpo malhadado
de la desventurada Mesalina.

El jilguerillo dulcemente trina;

el prado triste
de flor se viste:
brota la rosa
bella, olorosa.

Todo el suelo engalana primavera.

¡Partió mi amado! ¡Quién me lo dijera!

Agua corriente y pura, que serena,
leve y grato murmurio vas haciendo,
recoje este mi llanto, que vertiendo
estoy ¡ay sin ventura! con gran pena.

Ya mi dicha cesó: de angustia llena
solo quebrantos,
amargos llantos,
ansias, tormentos,
son mis contentos.

¡Ay Virjen! consentid que cedo muera.

¡Fuese mi dueño? ¡Quién me lo dijera!

Sol hermoso, que rápido declinas,
si ves á mi llorado compañero,
dile. . . ¿qué le dirás? . . . Dile que muero
orilla de estas aguas cristalinas.

Aquí lirios me diera y clavellinas;

y otras mañanas
rosas lozanas,
con varias flores
de mil colores.

¡Ay si verle otra vez yo consiguiera!
¡Dejéme sola? ¡Quién me lo dijera!

Mas. . . ¡ay recuerdo aciago! . . . Pino hojoso,

tú que sombra prestástele propicio
cuando aquí de pastor tuvo el oficio,
¿estás, di, por su ausencia pesaroso?
¡No estrañas ¡ay! su canto melodioso?

Como el del ave
era suave,
y su armonía
daba alegría.

¡Oh si á escucharle aquí feliz volviera!
¡Partióse ingrato? ¡Quién me lo dijera!

LA COQUETA.

Feliz se llama Alcino
porque Amariles le ama,
y el incanto no sabe
que es embustera y falsa.
Constante amor le jura,
y aun le besa y abraza;
mas despues con Aminta
dulces coloquios pasa.
Con todos es amable,
con todos trisca y danza,
con todos. . . y conmigo

jamás se muestra ingrata.
Y en tanto que por ella
el triste Alcino clama;
Alexi y Tirso lloran,
y Cloridon se abrasa;
conmigo canta y rie,
conmigo alegre baila,
y . . . las horas pasamos
en deleitosa calma.



LA CONSTANCIA.

En la primavera hermosa
de mis florecientes años
exenta viví de engaños
en paz santa y delicosa.
No sufría
del ciego amor la agonía,
ni los iracundos celos
me hicieron sentir los duelos
que hoy conturban mi alegría.

Mas ¡ay triste!
que no bien, Amor, me heriste
perdí la paz adorada;
y amante por siempre odiada
desde entonces me aflijiste.
Ví los ojos,
causa de tantos enojos,
del insensible Fileno;
bebí de Amor el veneno,
y el alma le dí en despojos.

Ya no soy
la que antes era, ni voy
dó mis amigas están,
ni ya me place en mi afán
que se alleguen donde estoy.

Lamentando
paso la vida, y llorando
el desdén del amante
á quien adoro constante,
por mas que me esté esquivando.

Por él vivo;

por él este fuego activo,
que me devora, se enciende;
y aunque mi vista le ofende,
por la suya me desvivo.

Desdichada

seré siempre, y nunca amada
de un monstruo en figura de hombre;
pero sin cesar su nombre
bendeciré enajenada.

¡Oh querida

muerte, de otros tan temida!
corta el mal que me atormenta,
y publíquese mi afrenta
pues adoro aborrecida.

Muera luego
devorada por el fuego
de un amor sin recompensa:
acábase ya la ofensa
que sufro en desasosiego.

Moriré,

pero la causa seré
de compasion en el mundo;
será mi amor sin segundo,
pues en la tumba amaré.

Fuí constante

cuanto infortunada amante. . . .
lleso existe mi honor;
víctima soy del amor;
víctima de un inconstante.

Jovencillas,

tiernas, incantadas, sencillas,
tomad ejemplo en mi mal. . . .
Adios. . . . Veneno letal

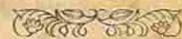
palidece mis mejillas. . . .

Mi recato,

de mi virtud fiel retrato,
al sepulcro me acompaña. . . .

¡Muero! mi vista se empaña. . . .

Adios, mi Fileno. . . . ingrato.



EN UN ALBUM.

Para vuestro *album*, señora,
versos me pedís, y á fé
que lo que escriba no sé,
si no es que el alma os adora;
porque sois tan seductora,
tan digna de ser amada,
que . . . vamos . . . no he dicho nada. . .
Fué, marquesa, una ilusion;
pero valga la intencion,
pues fuera haceros agravio
que desmintiese mi labio
lo que dictó . . . el corazon.



LA MONJA.

¡Oh noche, que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!
S. JUAN DE LA CRUZ.

Si alguna vez inspiracion divina
dictó al poeta religioso canto,
suenen mi triste voz, y en mi quebranto
enlútese la esfera diamantina.
Y allí donde domina
el Supremo Hacedor del universo
resuene mi querella,
resuene al par mi lamentable verso,

publicando el dolor que mi alma sella.

Feliz un tiempo cuando á Dios le plugo,
en mi patria gocé la dulce calma
de la inocencia anjélica. Mi alma
libre aun estaba del pesado yugo,
del alado verdugo,

del invencible amor, cuando imprevisto
una doncella, hermosa
como la hermosa flor del Paraiso,
se aparece en mi patria venturosa.

Venturosa por verla en su almo seno,
por sustentarla en él. ¡Oh cuán lozana,
su talle esbelto en juventud temprana
la ví ostentar de perfecciones lleno!

Entonces ¡ay! ajeno
de paz mi corazón, sintió la llama,
la llama abrasadora
del ciego amor, por quien doliente clama
el triste humano que sin premio adora.

La ví, . . . la idolatré. . . Pero ¡infelice!
la suerte avara la robó á mis ojos;
y sembrando en mi pecho mil enojos;—
„Mortales, no esperéis,—adusta dice,—
que mas tiempo os hechice
esa beldad, ni el ánima os encienda
en iracundos celos.

Desde hoy de vuestras tramas la defienda
el Hijo del Gran Ser, Rey de los Cielos.

Y huyó por siempre. . . ¡Oh virgen del martirio,
jamás te olvidaré! En mi fantasía
presente estás. . . Tu imájen. . . ¡suerte impia! . . .
ver me parece en mi fatal delirio.

Cuando el remoto Sirio
su luz ostenta al mundo tumultuoso,
te miro por do quiera. . .

A tí me acerco, . . . y veo pesaroso
que es ilusión lo que verdad creyera.—

¡Ay! cuando yo la ví, casta, donosa,
halagar mi esperanza, ¡quién pensára

que tan jóven al mundo renunciara,
para vivir en cárcel tenebrosa?
De Cristo fiel esposa,
ya solo piensa en la morada eterna,
do goza inmortal vida
aquel Señor, que todo lo gobierna,
su amado Esposo, de quien es querida.

¡Aun lo recuerdo, mísero! Postrada
ante sus aras, olvidando el mundo:—
„tuya soy,—dijo con amor profundo,—
tuya, Jehová, tu esposa idolatrada.

De hoy mas en la morada
tuya ¡oh mi Dios! habitaré contigo,
muerta para la tierra;
do impera la maldad, do el enemigo
Luzbel enciende interminable guerra.”

„Reclinada en tu seno ¡oh dulce Esposo!
contemplaré tu faz resplandeciente,
y tu beldad angusta; mi inocente
pecho henchido de fuego religioso.
Y mi acento amoroso
afable escucharás; y con agrado
enjugarás ¡oh Pio,
oh Justo, immortal Ser, reverenciado,
las lágrimas que vierta el dolor mio!

“Las abundantes lágrimas que vierta
cuando me acuerde ¡oh Dios! de mi querida
madre, que hora en la tumba yace hundida,
sorda á mi llanto, á mis caricias yerta.
Entonces tú la cierta
via me enseñarás que va á la gloria;
y, dándome consuelo,
mostrarásme la nunca transitoria,
la morada eternal que está en el Cielo.”

“Y allí,—dirásme,—entre el inmenso coro
de ángeles, con espíritu tranquilo,
tu madre goza el perennal asilo,
que con virtud se alcanza, no con oro.
Y cesará mi lloro:

alegre yo te estrecharé en mis brazos;
y, en pasmo reverente,
diré:—*tu esposa soy*... De amor los lazos
nos unirán, Señor, eternamente.”—

Dijo la vírjen. . . ¡Ay! . . . Con fe sencilla
pronuncia el voto que la roba al suelo;
y ofrece al Hacedor de tierra y Cielo
su alma, que el torpe vicio no amancilla.

Mirad como se humilla
ante las aras de su Esposo.— Fuera,
fuera de aquí, profanos;
huid del templo santo, que escogiera
para oculta vivir de los tiranos.—

¡En vano la llamais! Cuando la muerte
allá la encubre á la mansion del Justo,
solo entonces saldrá del templo augusto,
donde mortal en diosa se convierte.
No aquella que pervierte
á la inocencia incanta, voz infame
de la molice inmunda
escuchará. . . ¡Oh virtud! Contra tí esclame
la vil relajacion, que el orbe inunda.

Tuyo es el triunfo, sí. La vírjen santa,
del vicio corruptor desde hoy exenta,
aquí leda y tranquila, se alimenta,
pensando en Dios, con la hostia sacrosanta.

Imperturbable canta
del Gran Jehová la incomprendible alteza,
á las monjas unida.
Mortales, ¡aquí yace su belleza!
¡Aquí enterrada, oh Cielos, vedla en vida!

Ella murió, murió para el bullicio
del suelo corrompido, donde mora
el dolo, y donde reina cual señora
la traicion, adunada al torpe vicio.
Lloradla. . . El sacrificio
de consumarse acaba. . . ¡Ya no existe! . . .
No existe para el mundo;
tampoco para mí. . . tampoco ¡ay triste!

¿Y no fallezco en mi dolor profundo?
¿Dónde está, dónde? . . . ¡La mirais, mortales! . . .
¡Beldad encantadora! ¿dó te escondes?
¿dó estás que á mis querellas no respondes?
Ven á lucir tus gracias celestiales.—

De tocas funerales,
y de mustio cipres la sien ceñida,
anuncios ¡ay! de muerte,
tus amigos te lloran ya perdida. . .
¡Y yo que te idolatro he de perderte!

Estaba decretado. . . ¡Y tu hermosura
entre esos claustros, cuya vista asombra,
habrá de amortiguar la opaca sombra
de la muerte inflexible. . . ¡Oh desventura!
¡Cielos! ¿Quién de amargura
al solo imaginarlo no se llena?—
Llorad. . . Viertan mis ojos
amargo llanto en abundante vena;
y do flores la di nazcan abrojos.—

Ya no descollarás entre las bellas
como otro tiempo ¡oh vírjen! mas dichoso,
cual la luna en el Cielo esplendoroso
deseuella entre las fúlidas estrellas.
Tórnanse ya en querellas
las tonadas de amor, que de consuno
las jóvenes cantaron;

siendo el hado á sus dichas oportuno,
cuando contigo en su niñez jugaron.

Por tí lamentan todas. Yo, deshecho
en lágrimas de amor, sin albedrío,
lúgubres cantos á los aires fio,
la frente ornada de agostado helecho.
De lo interior del pecho
lanzo un ay triste, que mi pena anuncia;
y “adios,” continuamente,
“adios, por siempre adios,” solo pronuncia,
en mi dolor, mi labio balbuciente.



EN UN ROMPIMIENTO.

SONETO.

El Amor cautivó mi pensamiento;
 el Amor de tu amor me dió esperanza;
 el Amor me hizo tuyo sin tardanza,
 y el Amor hoy me da fiero tormento.
 El Amor me consume en fuego lento;
 el Amor de tu fe me dió confianza;
 el Amor á mis males dió templanza,
 y el Amor á mis penas da sustento.
 El Amor hasta aquí fuera mi guía;
 el Amor á ser fino me ha enseñado;
 y el Amor de tu amor ya no confía.
 El Amor nunca quiso ser burlado:
 el Amor te aborrece, Aleda impía,
 pues mi amor de tu amor se ve esquivado.



A LA AMISTAD.

Ya venturoso, ya, de amor exento,
 con libertad respira el pecho mio:
 sin humillarme á la belleza ingrata
 que causó mi tormento.

No mas, no mas amor. Sin premio adoren
 los que sus tramas evadir no sepan;
 y el jesto esquivo, la inconstancia y dolo
 de sus amadas lloren.

Que yo me burlo del rapaz veudado;
 y de la hermosa que adoré, maldigo
 el nombre y talle, y ademan airoso,
 y el rostro celebrado.

Y solo á tí, Amistad, que en lazo eterno
 las almas unes con afecto puro,
 bendigo alegre: á tí desde hoy dedica
 mi lira el canto tierno.

A tí, tranquilo en mi dolor profundo,
 consagraré las horas de mi vida;
 á tí mi fe constante, y á tí siempre
 ensalzaré en el mundo.

LAS EDADES.

Nacemos sin solaz y sin tormento;
pasamos la niñez oscuramente,
sin delicias, sin fe, sin pensamiento,
sin virtud que el espíritu alimente.
Si al influjo fatal de adversa estrella
nos arrulló en la cuna la desgracia,
ni espelerla intentamos con audacia,
ni temblamos de horror al peso de ella.

El torrente de luz esplendorosa
que, inmenso don del Cielo, hoy bendecimos,
entonces de la noche tenebrosa,
exentos de razon, no distinguimos.
Ni el ósculo de amor, ni sus caricias
anhelamos gozar inestinguibles,
que, sin cariño entonces, insensibles
fuimos á sus zozobras y delicias.

Ni en esa edad miramos, que los ojos,
faltos de la comun inteligencia,
confundieron la flor con los abrojos,
y el crimen infernal con la inocencia.
No halagaron dichas ilusiones
al corazon, que puro palpitaba:
ni el odio á su placer le alimentaba,
ni le animaron gratas emociones.

La humana voz sonaba á nuestro oido
cual rumor que entre sueños se advirtiera:
ni nos pasmó del rayo el estallido,
ni su orígen la mente concibiera.
Nuestro ser era entonces caos profundo;
débil árbol que el riego robustece;
plantel feraz, que á la avaricia ofrece
tierra y oro á la vez, asaz fecundo.

Cárcel de las pasiones poco á poco
fuese formando el pecho; y en seguida
fué de rencores y venganzas foco,
y al bastardo egoísmo dió acojida.

La luz de la razon radió improviso,
y á su májico brillo despertamos,
y á vivir en el mundo comenzamos,
dejando á nuestra espalda un Paraíso.

Un delicioso Edem, cuya hermosura
nos estasió al instante de perderla;
un delicioso Edem, cuya ventura
nuestra alma disfrutó sin conocerla.
Que al recordar del inocente sueño
que en lóbregas tinieblas nos tenia,
nos deslumbró la luz del nuevo dia,
nos usurpó nuestro feliz beleño.

Vimos con pasmo la creacion sublime
del Rey de reyes, que en el Cielo impera;
y el corazon, que atormentado jime,
se abrió á la fe de relijion austera.
Y en torno nuestro al despertar miramos
á los hombres vagar y á las mujeres,
desalados correr tras los placeres,
que gozar desde entonces anhelamos.

Y vimos la faz al duelo,
y al gozo vimos la faz,
y oimos cantar al crimen,
y á la virtud suspirar;
y lloramos, y reimos,
y lamentamos asaz,
y volvimos á reir,
y tornamos á llorar,
que en esta vida de afanes
siempre alternando estarán
el llanto y la risa; y siempre
uno de otra en pos irán.

Vimos al vicio execrable
la frente orgulloso alzar,
y á su lado á la mentira
oimos gritar audaz:—
"¡Victoria!"— y burlarse impune
la vimos de la verdad.

Y vimos al potentado
al infelice ultrajar,
y al despotismo opresor
destruir la libertad;
y sublimarse, y su trono
sobre ruinas cimentar,
y con pesadas cadenas
el pueblo á su carro atar.

Y vimos venderse al oro
el honor, la castidad; . . .
y con escándalo oímos
maldecir y blasfemar;
y nos hallamos envueltos
en un torrente infernal
de crímenes y discordias,
cuyo embate pertinaz
nos alzaba y sumerjía,
y nos tornaba á encumbrar,
y nos traía rodando
siempre de acá para allá
con impulso formidable,
como las ondas del mar
al bajel que vaga incierto
del viento á la voluntad.
Y voló la juventud,
y las gracias y el solaz
volaron tambien con ella
para no volver jamas.

Y vino en pos la vejez,
el temor vino á la par;
y en seguida el desengaño
se presentó sin disfraz,
y súbito á nuestros ojos
descorrió el velo fatal; . . .
y apareció la justicia,
y vimos á la verdad,
y temblamos al oirla
nuestras culpas relatar,
escritas en el gran libro

donde impresa estaba ya
nuestra infalible sentencia,
que guarda la eternidad. . . .
Y temblamos otra vez,
y volvimos á temblar.
Perdió el corazon el brio;
huyó la risa falaz,
y vino el remordimiento;
y á jemir y á suspirar
condenados, solo el llanto
mitiga nuestro pesar,
y sola ya la esperanza
consuelo nos da eficaz.

Ya no oímos las frases seductoras
con que nos estasiaba la hermosura,
jurándonos amor á todas horas.
Ya tras sí no nos lleva la impostura,
sus gracias elojiando halagadoras,
con que nuestra alma pura
sedujo, y arrastró con desenfreno,
forzándola á beber letal veneno.

Pero oímos la voz de la indijencia
que entonces ¡ay! sin compasion hollamos:
y lamentarse aún de la insolencia
con que la escarnecimos, la escuchamos.
Y hoy, que el alma nos roe la conciencia,
su infortunio lloramos;
y, execrando los vicios y falacia,
lamentamos con ella su desgracia.

Como nubes que vagan por el viento
y el huracan deshace, así pasaron
nuestro afan, nuestras dichas, y el contento
que el corazon al fin debilitaron.
Y seco, y sin vigor, solo tormento
en cambio le dejaron,
y lágrimas dejaron á los ojos,
de tan sumo solaz tristes despojos.

Porque tuvimos amores,
oro, y orgullo á la vez;
y aspiramos los olores
de mil matizadas flores,
que ajamos con altivez.

Y gozamos, y sedientos
de placeres y riquezas,
nos finjimos opulentos;
y, burlando á las bellezas,
las dimos, por paz, tormentos.

Y fama y gloria mentimos;
nos sirvieron, y servimos:
al poderoso adulamos;
y engañamos y vendimos
á los que amigos llamamos.

El interés nos juró
indisoluble amistad,
y también nos engañó,
esclamando en su impiedad:—
"¡Sucumbid: antes soy yo!"—

Ambicionamos laureles,
y en ridícula comparsa,
ya de amos, ya de donceles,
hicimos varios papeles,
de la corte en la gran farsa.

Y cuando el título oímos
de "padre" nos deleitamos;
y á los hijos que tuvimos
tan pésimo ejemplo dimos,
que á ser malos obligamos. . . .

Entre sombras á lo lejos
vemos ya el mundo; y llorosos
recordamos los consejos,
que nos dieron sabios viejos,
y esquivamos orgullosos.

Sueño nuestra juventud,
sueño nuestra vida fué;
y hoy que espiramos, al pié
postrados del ataud:—

"velad"— nos grita la fe.

Y velamos; y los ojos,
secos de tanto llorar,
no cesan de contemplar
nuestros míseros despojos
que va la tumba á tragar.

Mil fantasmas en reedor
de nosotros vagar vemos
que nos llenan de pavor;
y á su aspecto aterrador
temblamos, desfallecemos. . . .

Y á padecer condenados,
ni hablar nos place ya oír
de nuestros triunfos pasados:
caducos ya y estenuados,
solo nos resta morir.

PELAYO.

SONETO.

Armado de valor, brillante acero
desnudo en la potente airada diestra,
el gran Pelayo intrépido se muestra,
entre pocos valientes, el primero.

Ardiendo en ira santa contra el fiero
Munúza, á cuya vista horror demuestra,
corto número de ínclitos adiestra,
y á batallar convócale altanero.

Rompe, deshace, rinde entre la armada
chusma vil, que oponerse en vano mira
de su invencible espada al golpe fuerte.

Huye la turba infiel amedrentada;
de Pelayo á los piés Munúza espira,
y la Iberia se salva con su muerte.

Porque tuvimos amores,
oro, y orgullo á la vez;
y aspiramos los olores
de mil matizadas flores,
que ajamos con altivez.

Y gozamos, y sedientos
de placeres y riquezas,
nos finjimos opulentos;
y, burlando á las bellezas,
las dimos, por paz, tormentos.

Y fama y gloria mentimos;
nos sirvieron, y servimos:
al poderoso adulamos;
y engañamos y vendimos
á los que amigos llamamos.

El interés nos juró
indisoluble amistad,
y también nos engañó,
esclamando en su impiedad:—
"¡Sucumbid: antes soy yo!"—

Ambicionamos laureles,
y en ridícula comparsa,
ya de amos, ya de donceles,
hicimos varios papeles,
de la corte en la gran farsa.

Y cuando el título oímos
de "padre" nos deleitamos;
y á los hijos que tuvimos
tan pésimo ejemplo dimos,
que á ser malos obligamos. . . .

Entre sombras á lo lejos
vemos ya el mundo; y llorosos
recordamos los consejos,
que nos dieron sabios viejos,
y esquivamos orgullosos.

Sueño nuestra juventud,
sueño nuestra vida fué;
y hoy que espiramos, al pié
postrados del ataud:—

"velad"— nos grita la fe.

Y velamos; y los ojos,
secos de tanto llorar,
no cesan de contemplar
nuestros míseros despojos
que va la tumba á tragar.

Mil fantasmas en reedor
de nosotros vagar vemos
que nos llenan de pavor;
y á su aspecto aterrador
temblamos, desfallecemos. . . .

Y á padecer condenados,
ni hablar nos place ya oír
de nuestros triunfos pasados:
caducos ya y estenuados,
solo nos resta morir.

PELAYO.

SONETO.

Armado de valor, brillante acero
desnudo en la potente airada diestra,
el gran Pelayo intrépido se muestra,
entre pocos valientes, el primero.

Ardiendo en ira santa contra el fiero
Munúza, á cuya vista horror demuestra,
corto número de ínclitos adiestra,
y á batallar convócale altanero.

Rompe, deshace, rinde entre la armada
chusma vil, que oponerse en vano mira
de su invencible espada al golpe fuerte.

Huye la turba infiel amedrentada;
de Pelayo á los piés Munúza espira,
y la Iberia se salva con su muerte.

A LA MEMORIA
DE MI HERMANA LUZ.

SONETO.

Rubio sol, blanca luna, raudo viento;
árboles, prados, fuentes, y hondos rios,
que de los ya pasados gustos míos
testigos fuistes, y hoy de mi tormento;
¿Adónde está mi Luz? ¿dó mi contento,
por quien quise el calor, amé los frios,
la hermosa primavera y los estios,
y hermané con la dicha el sentimiento?
¿Adónde está? decid... ¿Dó está mi gloria?...
Mi hogar abandonó ¡desventurado!
por la morada eterna y escondida....
Dejóme triste en lágrimas bañado;
y al volar de esta vida transitoria,
profunda grabó en mi alma eterna herida?

A LA ESPERANZA.

¡Oh mil veces loada,
y bendecida con ardor mil veces,
dulce esperanza mía,
único alivio en mi desgracia impía!
De imaginados bienes circundada,
tú me has visto apurar firme y tranquilo,
el cáliz del dolor hasta las heces;
cuando sin patria, errante, en vano al Cielo,
sordo como los hombres á mi duelo,
humildemente demandé un asilo.
Entonces invocaba
tu nombre idolatrado; y compasiva,
desde la escelsa altura
donde reinar te veo, la amargura

tú de mi pecho triste
ahuyentaste risueña,
del pensamiento dueña,
¡ay! que por tí inspirado,
felicidad suprema me auguraba.
Gozarla yo creí ¡desventurado!
con ciega fe de un ánima sencilla.
¡Oh y cuánto me engañaba!
que en el suelo no mora
esa felicidad que el hombre implora;
y que tras ella va desalentado,
sin que logre alcanzalla;
pues cuando sueña asilla,
sombras solo, y pavesas y humo halla.

Entonces seductora
te veía brillar siempre de léjos,
como puro diamante hermoso brilla
del rubicundo sol á los reflejos.
Mas luego te miraba
entre nieblas opaca y espirante,
como el sol que se oculta en occidente
para ostentar, mas bello y radiante,
su claridad despues en el oriente.
Y brillabas de nuevo; y luminosa
mostrábaste á mi mente,
que en delirio feliz, en tí tan solo
fija quedaba, y de ventura ansiosa;
como inmoble el iman apunta al polo.

Hoy, esperanza mía, que han volado
seis lustros de mi vida, y que la suerte
me oprime cada vez mas iracunda;
que débil, infeliz, desorientado,
sin placeres, ni amor, temo perderte;
que, de ilusiones libre, ante la muerte
doblando voy el cuello á su coyunda,
y que, de tedio el corazon henchido,
no espero recobrar la dulce calma
que en la edad juvenil perdió mi alma;
más distante de mi triste te veo,

tu brillo aun no estinguido;
y aun desde allá me adulas, medianera
entre la indiferencia y el deseo.

Si entonces me halagaste
como ahora me halagas,
¿por qué tan mal del pecho, que inundaste
de mágica ilusion, los ayes pagas?
¡Ay! ¿los sentidos ayes, exhalados
por tu causa, y de tí siempre esquivados?
Que nunca un solo bien, de cuantos pudo
forjar mi fantasía acalorada,
disfrutar conseguí, ¡ni uno tan solo!
Pues los bienes ansiados
que concibe la mente fascinada,
fantasmas son, que mudo,
cuando enfermo delira,
por la rejion del viento
solo vagar los mira
soñando el pensamiento.

¿Qué importa que las penas
endulces del cautivo
si jime al férreo son de las cadenas,
que á la cerviz le atara
déspota incompasivo
cuando mas fuerte que él le esclavizara?
Si nunca recobrar logra viviendo
la dulce paz que le usurpó el tirano,
y si le martiriza, escarneciendo
la miseria á que el hado le redujo;
¿qué importa que en su cuita le ilumines,
ni que con fuerte, irresistible influjo,
y con vanas promesas le alucines?
Si cual bestia á los piés del inhumano
se envilece, ¿qué importa
que en su pecho derrames
bálsamo delicioso
que al decaido espíritu conforta,
ni que su mente con tu luz inflames?
¿Qué importa que le hicieras

creer que alcanzaria
la libertad con que nació, si al cabo,
presa el alma infeliz de angustias fieras,
sin auxilio en la tierra, muere esclavo?

¡Ay! si los bienes, que alcanzar ansía
de tí el mortal, son bruma
que deshace del aura el soplo leve;
si es la felicidad una quimera;
triste la vida y breve;
si al corazon cuitado el duelo abrumba;
si las dichas que espera,
de ventura ganosa el alma mia,
gozar no me concedes;
y avara, cada dia
mas de mí las alejas;
¿por qué desde la cumbre
desde do radia el sol la escelsa lumbre,
¡ay! sobre mí reflejas
esa felicidad tan suspirada,
si gozarla en el mundo nunca dejas;
y si al ir ácia ella iluso, veo
que de improvviso se convierte en nada?

Eres para el deseo
lo que el agua al rabioso
que á ella se arroja ansioso,
y la alcanza, y la toca;
mas al llevarla el mísero á la boca,
se estremece; y le huye, y no consigue
que la sed devorante le mitigue.
O bien como el espejo
engañosa, do el niño
de encantador aliño,
su imájen ve perplejo;
mas que al ir ¡inocente!
sonriyendo á tocarla con la mano,
observa que su intento ha sido vano;
porque el cristal le veda,
su imájen retratándole fielmente,
que asirla, cual creyó, seguro pueda.

El velo así, que encubre
la eternidad, impide
que á tí se acerque el infeliz humano;
y lucir entre sombras te descubre,
y con los ojos anhelantes mide
el espacio sin límite, que el Cielo
opuso entre los hombres y la ansiada
felicidad, origen de su anhelo.
Y de ilusiones libre, con profundo
respeto: —“Allí está!”— dice. —
“Vedla cuál resplandece, acompañada
de la virtud suprema, en la morada
del Soberano Artífice del mundo.”—
Pero ¡ay! aunque engañosa
te burles de mi afán; aunque infelice
esperando, mi anhelo se eternice,
para mí nunca espíres, ni consentas,
dulce esperanza mía,
que el tiempo asolador jamas te borre
de mi flaca y ya estéril fantasía.
Desciende piadosa
á calmar mi martirio. Acorre, corre
á el alma que te implora en la agonía,
y el néctar celestial, refrigerante,
vierte en ella sin fin, con que sustentas
al desco, y alientas
el ánimo abatido en la amargura.
Sé para mí, esperanza,
el iris de ventura
que hermoso me circunde radiante.
¡Ay! deja que te mire,
que en tu seno respire,
que en delirio feliz, en tu alabanza
himnos entone alegre; y que triunfante
resista á los rigores de la suerte.
Y no me niegues, no, tu bendecida
proteccion, hasta el trance en que mi vida
se consuma en los brazos de la muerte.

(Veracruz, 1843.)

ANIVERSARIO

DEL JENERAL DON DIEGO LEON.

SONETO.

Allí el héroe reposa que á la España
dió lauro, y alta prez, é inmarcesible
victoria, reblandiendo la invencible
lanza, que cada bote fué una hazaña.
No pereció lidiando en la campaña,
ni contra otro adalid en lucha horrible. . . .
Mas indefenso, ¡atrocidad punible!
víctima fué de la ambición y saña.
Sus verdugos. . . ¡cobardes! . . . con odiosa
sed de sangre, y rencor, y calma interna,
inmolan al que temen enemigo. . . .
Él, al volar á Dios su alma virtuosa,
legó al mundo su nombre y fama eterna:
ellos, . . . ¡la execración llevan consigo!

LA NOCHE SERENA.

Mortal, la vista torna
del mundo vil al Cielo esplendoroso,
y mira cuál se adorna
de brillo luminoso,
de luceros en número copioso.
Mira como la estrella
de Venus sobresale en hermosura,
venciendo su centella
tanta lumbrera pura,
que hacen desaparecer la noche oscura.
Las lúcidas cabrillas
¡cómo allá se descubren primorosas!

¡Oh cuántas maravillas
lucen! Allí las osas
de bañarse en el mar siempre medrosas. . . .

¡Oh mortal! Si la vista
absorto de mirar belleza tanta,
que el alma no contrista,
que seduce y encanta,
en torno jiras de la mole santa;
Observarás pasmado
elevarse en mitad del horizonte,
de nubes mil formado,
un alto, aéreo monte,
donde tal vez ni el águila remonte.

De púrpura teñido,
de azul y gualda y amatista bella
en torno circuido,
hasta el Cielo descuella
su frente, virgen de la humana huella.

Más que el nácar brillante,
y nítida muy mas que pura nieve,
sobre el monte, distante
de su cima, se mueve
cándida nubecilla en curso leve.

¡Ah cómo se alborozaba
mi alma, si en derredor la vista avara
tiendo! ¡Cómo se goza
de ver, con majia rara
á la luna brillar hermosa y clara!

¡Ay cómo de su rayo
pálidamente bello, absorto veo,
heridos de soslayo,
ostentar nuevo arreo
á los árboles, dándome recreo!

Do quier que atentamente
los ojos fijos en la sacra esfera,
contemplará tu mente,
de gloria verdadera
mil prodijios que Dios gozar nos diera.

Y despues atristado

por no habitar la cumbre diamantina,
suspiro dilatado
lanzarás, la divina
mansion loando do Jehová domina.

Unico bien del justo;
único galardón que eterno dura;
donde reinan el gusto
é inefable ventura,
do nada se apetece ni procura.

Y esclamarás:—“¡Viviera
allá donde el Artífice piadoso
sobre reyes impera;
y el mundo estrepitoso
abandonára ledo y venturoso!”

“¡Ay! Entonces vería
su angusta faz, de gloria circundada;
oyera la armonía
en el suelo ignorada
que resuena en la bóveda sagrada.”

“Huyera los mortales
víctimas de los vicios; y humillado
á los piés inmortales
del Rey de lo creado,
asi le rogaria atribulado.”

“Perdon, perdon implora,
oh Dios, postrado en tu presencia, un siervo
tuyo, que triste llora
del orbe el mal acerbo,
donde el vicio, Señor, rije protervo.”

“Liberta al mundo triste
de ese mal corruptor que le consterna,
por los que redimiste
de cárcel sempiterna
y sublimaste á tu morada eterna.”

„Y el perdon concedido,
y siendo ya dichoso el orbe entero,
y de virtud henchido
estando, al suelo ibero
feliz contemplaria y placentero.”

„Viérale y esclamara:—
 gloria sin fin al Dios de las alturas,
 que piadoso otorgara
 á España mil venturas,
 que ya de hoy mas disfrutará seguras.”

„Mi labio reverente
 al Justo de Sion ensalzaria
 entre el coro esplendente
 de ángeles, y á porfia
 mi cántico á los suyos uniría.”—

Yo así con religioso
 acento esclamo, que al ambiente suena,
 siempre que el Cielo hermoso
 de una noche serena
 contemplo, que mi espíritu enajena.



EL COLOSO DEL SIGLO.

SONETO

CON CONSONANTES FORZADOS.

Nada me importa tu mayor *hazaña*,
 ni que propicio te amparase el *Cielo*
 cuando entre sangre, destrucción y *hielo*
 tu mayor enemigo fué tu *saña*.

Ya la que el ronco mar continuo *baña*
 isla, ó mas bien sepulcro de tu *celo*,
 de tus proyectos y ambicioso *anhelo*,
 en tí ha vengado á la injuriada *España*.

El eco de tu voz ya no *retumba*,
 ni apenas al nombrarte el buen *soldado*,
 tu fortuna recuerda necia y *loca*.

¡Fortuna justa al fin! pues ni una *tumba*
 te concedió en tu patria, *abandonado*
 dejándote podrir en una *roca*.

—~~www.escritores.com~~—

LA MEDIANIA.

Rasga la noche el manto tenebroso
 con que el mundo encubriera,
 lanzando desde el Cielo esplendoroso
 su fúljida lumbrera.

Las bulliciosas tiernas avecillas
 por reina la proclaman
 del alba luz, y en plácidas cuadrillas
 al viento se derraman.

Torna en sí la natura del desmayo
 en que yaciera triste;
 y de flores, que baña el ígneo rayo,
 el campo en torno viste.

Acullá la azucena nacarada,
 afrenta de la nieve,
 con el soplo del céfiro animada
 su frentecilla mueve.

Allí rompe el clavel su broche blando:
 acá la purpurina
 rosa su faz, el aire embalsamando,
 descubre peregrina.

Sobre menudas conchas de colores
 serpea allí una fuente,
 retratando del sol los resplandores
 su linfa trasparente.

Con gran deleite aquí . . . Pero ¡oh sagrada
 precursora del día!
 ¡Oh cuánto con tu luz idolatrada
 se goza el alma mía!

¡Salve, cándida aurora! Tú del bueno
 eres delicia suma;
 mas al que yace de virtud ajeno
 tu presencia le abruma.

A tu dulce llegada, el pastorcillo,
 el pecho entusiasmado,
 mil himnos á Jehová, de amor sencillo,
 entona alborozado.

Al par se goza de su fiel amante,
y alegremente canta;
é impresa ostenta en su feliz semblante
la virtud sacrosanta.

Nada el alma le aflige; ni apetece
de ricos potentados
el oro, que si bien los engrandece,
los carga de cuidados.

Solo gusta en grosera medianía
vivir de pena exento:
nada turba su calma y alegría,
nada le da tormento.

¡Oh llaneza por siempre deleitosa!
¿quién hay que te aborrezca?
¡Oh vida cortesana, estrepitosa!
¿y habrá quien te apetezca?



INSTABILIDAD

DE LAS COSAS MUNDANAS.

Velado el sol en ráfagas de lumbre
se ostenta soberano;
y baña con su luz la escelsa cumbre,
la tierra y oceano.

Siempre grande y sublime, hermoso y puro,
señor del firmamento,
ilumina á la par el rejio muro
de alcázar opulento,

Que de cabaña humilde el pobre techo:
su rayo luminoso
concede igual al fuerte y satisfecho,
que al hambriento y medroso.

Las de los altos pinos verdes hojas,
enjutas, animadas,
susurrando se ensanchan verdi-rojas,
de su lumbre bañadas.

Dentro tal vez sensible filomena
se escucha, que affijida
publica en ayes mil su inmensa pena,
solo de ella sabida.

La tórtola feliz junto á su esposo
entre un ramal espeso,
tierna le da, y recibe el amoroso
nunca esquivado beso.

El choto jugueton por la ancha vega
ora vese triscando;
ora un momento párase y sosiega,
y mira al sol balando.

El colibrí precioso en curso lento
sobre las flores vaga,
sin ver una entre tantas que el sediento
gusto le satisfaga.

Todo es calma y placer. Por donde quiera
que revuelvo la vista
mil prodijios descubro. Nada altera
mi paz, ni me contrasta.

Mas ¡todo es deleznable en este mundo!
Su carrera esplendente
raudo termina el sol, y moribundo
se oculta en occidente.

Y en pos de tanto gozo y brillo tanto
la muda noche vuelve
que, desplegando el tenebroso manto,
al universo envuelve.



EL CONSEJO.

Del sol el rayo fúljido
en el inmenso mar ya reverbera,
el orbe iluminando
con nueva brillantez.
No en abandono mísero

dejes volar tu hermosa primavera:
no tus cuitas llorando
te asalte la vejez.

Considera que Atlántida
sepulta yace bajo el mar potente;
que solo de Numancia
el nombre existe ya.

Que entre el mundano estrépito
nada verás que dure eternamente:
del tiempo á la inconstancia
todo sujeto está.

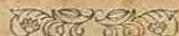
Que cual torrente rápido
vuelca sin fin la rueda presurosa,
devorando en un día
lo que en mil años fué.
Alienta ya, y solícito
procura recobrar la paz dichosa,
ó de tu pena impía
víctima te verá.

Las horas que benéfico
nos tiene decretadas el Destino
no en duelo las pasemos,
cercados de temor.
Si de la vida el término
velozmente se acerca, no en contino
desplacer, alberguemos
en el pecho el dolor.

De tu envidiada cítara
vuelva á sonar el delicioso canto;
y olvida los rigores
de Emilia y su esquivéz.
Su ingratitud sin límite
impávido desprecia: enjuga el llanto:
desde hoy con disfavores
castiga su altivez.

Torna ya en tí, y despréciala:
detesta ya su nombre, que maldigo,
y su infausta memoria
olvida, y su deslíz.

Y placenteros cánticos
de amistad entonando, dulce amigo,
émulo de la gloria,
conmigo sé feliz.



MEDITACION.

No descorras el velo tenebroso,
ni des paso á la luz del nuevo día,
¡oh noche! en que se goza el alma mia,
mientras descansan en feliz reposo
los hombres, treguas dando á su agonía.

Tu lobreguez ¡oh noche! llena el alma
de pavor religioso. Aquí la mente
se dilata, del Ser Omnipotente
las obras admirando en dulce calma:
¡calma dichosa al mísero doliente!

En santa paz yaced, tristes mortales;
gozad durmiendo el celestial consuelo,
que no hallareis á vuestros fieros males
si despertais á ver la luz del Cielo . . .
Venturosos dormid, todos iguales.

Mil y mil grandes que en la tierra han sido
cual dioses por los pueblos acatados,
¡qué son? ¿en dónde están? Se han reducido
á polvo infecto, que hoy desatentados
hollamos con orgullo desmedido.

¿Dónde están las magníficas ciudades
que admiracion de los antiguos fueron?
¿Dónde los Alejandros? ¿Qué se hicieron
las apuestas, las célicas deidades? . . .
¡Todos, ay, en la nada ya se undieron!

Años de pura inocencia,
en que dichoso viví,
y ángel en la tierra fuí,
¡qué os hicisteis? ¡Ay dolor!

pasásteis como la esencia
que exhala al viento la flor.

¿Dónde las tiernas caricias
de mi madre idolatrada?

¿Los besos que estasiada
sellaba en mi tierna faz?

¿Dónde las castas delicias
que á su lado gocé en paz?

Volaron ya de mi infancia
los venturosos momentos:
volaron ya mis contentos:
voló mi felicidad;
y del tiempo la inconstancia
me undió en la fatalidad.

Mientras mis ojos no vieron
con la luz de la razon,
todo fué grata ilusion,
todo inocencia y placer:
pero ¡ay! . . . mis dichas murieron
al punto que supe ver.

En este mundo mísero, afanoso,
preñado de fantasmas y de horrores,
donde á traves de matizadas flores
crece y se nutre el áspid ponzoñoso,
¿qué esperamos?— Miserias y dolores.—

En donde con el bien en pugna eterna,
árbitro es siempre el mal de nuestra vida,
por los vicios horribles carcomida,
y condenada á lucha sempiterna,
¿qué aguardamos?— Desmanes sin medida.—

En donde por caprichos de fortuna,
el pechero se eleva á la opulencia,
á la par que desciende á la indijencia,
el rico, á quien meció dorada cuna,
¿qué nos espera?— Horror, maledicencia.—

Descansad y dormid, flacos mortales,
y soñad en reposo mil venturas,
que sueños son las dichas terrenales:

tan solo realidad son nuestros males,
nuestras graves miserias y amarguras.

¡Quién lograra dormir eternamente!

¡Feliz del que dejó la transitoria
vida; y aun mas feliz del inocente
que se halle al despertar lleno de gloria
en la mansion del Ser Omnipotente!

A CADIZ.

Jamás, ciudad hermosa, del pensamiento mio
se apartará tu imájen; y Dios permita, si,
que despreciado, errante, sin luz, sin albedrio
jimiendo, paz no tenga si te olvidare á tí.

Que al recordar, oh Cádiz, tu cielo trasparente,
tu delicioso clima, tu lujo y esplendor;
las damas que en tu seno del Ser Omnipotente
querubes son, creados para infundir amor.

Al recordar las dichas que en tu regazo amante
gocé, de paz cercado, de aromas y placer;
tus joyas, tus palacios, tu sol vivificante,
tu perfumada atmósfera, tu etéreo rosicler:

Al recordar las gracias de la sin par hermosa
que á sus piés con imperio triunfante me aherrojó;
su voz, sus ojos negros, de purpurina rosa
sus labios, cuya esencia mi espíritu inundó:

Tu plaza sin segunda, tu torre de Tavira,
tu Pópulo y murallas, tu inmensa catedral;
mi corazon transido por tí sola suspira,
y te bendice, oh Cádiz, mi corazon leal. . . .

Mas los que te consagro suspiros ¡ay! de duelo,
sañudo los ahoga silbando el Aquilon,
y los absorbe el Ponto, deshechos como el hielo
que raudo al mar despéñase en compasado son.—

De tu adorado seno lanzárame en mal hora
la adversa suerte mia, que me persigue asaz;

y desde entonces, Cádiz, del alma que te llora
como la bruma huyeron la calma y el solaz.

Corri despues la España. De todas sus ciudades
la prez, las maravillas que guardan, admiré;
pero ¡ay! que entre sus bellas, á tí y á tus beldades
por consolarme en vano mil veces invoqué.

Cuanto es de mas hermoso; quanto en su seno encierra
de grande, de sublime la villa de Madrid;
ni las enhiestas lanzas, que rayos de la guerra
al árabe aterraron, despues y antes del Cid:

Ni de éste la colada (*), su cofre y armadura;
ni el Pardo, la Moncloa, la Granja, el Escorial,
la Estancia de los reyes, sin par en hermosura,
ni la que llora el moro Toledo la imperial:

Su catedral, y alcázar; ni la de Burgos bella;
Granada, ni su Alhambra, sus baños, y Albaycin;
ni el sitio recatado, do con infausta estrella
don Alvaro de Luna tuvo execrable fin:

San Sebastian, Bilbao; la que en justicia llaman
nuevo Paris, de Iberia ciudad de clara prez,
la rica Barcelona, cuyos hijos se inflaman
de patria al nombre augusto con inclita altivez:

La que en Jijon descuella, pésia á su acerbo sino,
entre edificios bellos, joya del noble astur,
cátedra soberana, que el célebre Jovino
alzó cuando la muerte le hirió con su segur:

Los recuerdos gloriosos, que en su fatal desmayo
ofrece hoy entre ruinas Asturias con desden;
la escelsa Covadonga, los restos de Pelayo
que en urna sacrosanta junto al altar se ven:

La que es de España orgullo, que al mar naves sin cuento
legó, y Apostolado, Galicia la fiel,
de la virtud albergue, de honor y de ardimiento,
do al júbilo no turba la rebelion cruel;

¡Ay! nada, hermosa Cadiz, de la memoria mia
ni un punto te apartaron; y al Cielo plegue, sí,
que despreciado, errante, sin luz, en la agonía

(*) Así llamaban á su espada, que era objeto de veneracion.

jimiendo, paz no tenga cuando te olvide á tí.

¿Olvidarte? No temas. Primero me olvidara
del que mis horas cuenta resplandeciente sol,
y del título egregio que la fortuna avara
no puede, no, usurparme de acérrimo español.

Y aun dudo, hermosa Cadiz, del orbe emperadora,
si muerto allá en la tumba tu nombre olvidaré,
y si el amor profundo se estinguirá, que ahora
conservo á tu memoria con invariable fe.

Pero si allí se olvida. . . ¡ay mísero! . . . te juro,
ciudad encantadora, de Silfides mansion,
no olvidarte viviendo, pues que tu nombre, puro
desque te ví, lo alberga mi amante corazon.



A MI AMIGO

DON MARTIN ELIZALDE.

Vuelve á los patrios lares,
abstraído del mundo, el pensamiento
y los goces recuerda de tu infancia.
¡Cuán libre de peligros y de azares
viste pasar las horas de contento
de halagos circundado y de fragancia!

Feliz en la ignorancia
al aspecto del vicio sonreías:
la virtud retratábase en tu frente,
pura como el ambiente
que aspira el alma en apacibles dias.

De la austera razon los ojos ciegos,
en tu niñez gozaste mil delicias,
abrumado de besos y caricias,
y distraído en inocentes juegos.
Juegos ¡ay! que pasaron como el humo
cuando á la luz el corazon abriste,
y la del Cielo beneficio sumo
dulce inocencia, por tu mal perdiste.

y desde entonces, Cádiz, del alma que te llora
como la bruma huyeron la calma y el solaz.

Corri despues la España. De todas sus ciudades
la prez, las maravillas que guardan, admiré;
pero ¡ay! que entre sus bellas, á tí y á tus beldades
por consolarme en vano mil veces invoqué.

Quanto es de mas hermoso; quanto en su seno encierra
de grande, de sublime la villa de Madrid;
ni las enhiestas lanzas, que rayos de la guerra
al árabe aterraron, despues y antes del Cid:

Ni de éste la colada (*), su cofre y armadura;
ni el Pardo, la Moncloa, la Granja, el Escorial,
la Estancia de los reyes, sin par en hermosura,
ni la que llora el moro Toledo la imperial:

Su catedral, y alcázar; ni la de Burgos bella;
Granada, ni su Alhambra, sus baños, y Albaycin;
ni el sitio recatado, do con infausta estrella
don Alvaro de Luna tuvo execrable fin:

San Sebastian, Bilbao; la que en justicia llaman
nuevo Paris, de Iberia ciudad de clara prez,
la rica Barcelona, cuyos hijos se inflaman
de patria al nombre augusto con inclita altivez:

La que en Jijon descuella, pèsia á su acerbo sino,
entre edificios bellos, joya del noble astur,
cátedra soberana, que el célebre Jovino
alzó cuando la muerte le hirió con su segur:

Los recuerdos gloriosos, que en su fatal desmayo
ofrece hoy entre ruinas Asturias con desden;
la escelsa Covadonga, los restos de Pelayo
que en urna sacrosanta junto al altar se ven:

La que es de España orgullo, que al mar naves sin cuento
legó, y Apostolado, Galicia la fiel,
de la virtud albergue, de honor y de ardimiento,
do al júbilo no turba la rebelion cruel;

¡Ay! nada, hermosa Cadiz, de la memoria mia
ni un punto te apartaron; y al Cielo plegue, sí,
que despreciado, errante, sin luz, en la agonía

(*) Así llamaban á su espada, que era objeto de veneracion.

jimiendo, paz no tenga cuando te olvide á tí.

¿Olvidarte? No temas. Primero me olvidara
del que mis horas cuenta resplandeciente sol,
y del título egregio que la fortuna avara
no puede, no, usurparme de acérrimo español.

Y aun dudo, hermosa Cadiz, del orbe emperadora,
si muerto allá en la tumba tu nombre olvidaré,
y si el amor profundo se estinguirá, que ahora
conservo á tu memoria con invariable fe.

Pero si allí se olvida. . . ¡ay mísero! . . . te juro,
ciudad encantadora, de Silfides mansion,
no olvidarte viviendo, pues que tu nombre, puro
desque te ví, lo alberga mi amante corazon.



A MI AMIGO

DON MARTIN ELIZALDE.

Vuelve á los patrios lares,
abstraído del mundo, el pensamiento
y los goces recuerda de tu infancia.
¡Cuán libre de peligros y de azares
viste pasar las horas de contento
de halagos circundado y de fragancia!

Feliz en la ignorancia
al aspecto del vicio sonreías:
la virtud retratábase en tu frente,
pura como el ambiente
que aspira el alma en apacibles dias.
De la austera razon los ojos ciegos,
en tu niñez gozaste mil delicias,
abrumado de besos y caricias,
y distraído en inocentes juegos.
Juegos ¡ay! que pasaron como el humo
cuando á la luz el corazon abriste,
y la del Cielo beneficio sumo
dulce inocencia, por tu mal perdiste.

¿Lo recuerdas? . . . Entonces
 en pos de la pintada mariposa
 tu deseo castísimo volaba:
 y sin temblar al trueno de los bronce,
 ni de guerra al clamor, tu candorosa
 alma la paz del justo disfrutaba.

El canto te estasiaba
 del avecilla libre, que vagando
 por la rejion del viento en rauda jiro,
 anjelical suspiro
 te arrancaba del pecho, á amor loando.

En seguida, del agua en la serena
 superficie brillando un pez hermoso
 fijaba tu atencion, mientras gozoso
 arrojabas sobre él conchas y arena.
 Pero en tus afecciones inconstante,
 despues una esmaltada florecilla
 hacíate olvidar en el instante
 la mariposa, el pez y la avecilla.

¡Edad feliz! Sentados
 en derredor del fuego ¡cuántas veces
 de tus padres la voz sonó á tu oido!
 ¡Oh, y cuántas, por tu bien, atribulados
 al Dios de paz en fervorosas preces
 implorando, á los dos has sorprendido!
 ¡Cuántas de amor henchido

á sus amantes brazos te lanzaste,
 y el ósculo de amor, de amor supremo,
 en tu faz, con extremo
 júbilo, de sus labios conquistaste!

¡Tus padres! . . . Yo les ví. . . Su frente pura
 radiaba de virtud claros destellos;
 y al hablarles de tí, . . . conmigo ellos
 lloraron de placer y de amargura. —

“¡Hijo del corazon, bendito seas!

“El Cielo de tu vuelta acorte el plazo. . . .

“¡Ah! Nuestra bendicion cuando le veas,

“dale, ¡oh amigo fiel! con este abrazo.” —

Dijéronme. . . . Aun no puedo

cuando traigo esa escena á la memoria
 impedir que mis ojos nuble el llanto. —

De los nobles astures el denuedo
 contáronte, y de Iberia la alta gloria,
 del orbe entero admiracion y espanto.

Tú, cuando el nombre santo
 del hijo de Favila, y sus proezas
 al labio paternal loar oiste,
 en entusiasmo ardiste,
 purísimo, inefable, las grandezas
 teniendo en poco ya de esas naciones,
 á las que engrandeció suerte propicia;
 no el valor singular, no la pericia
 de fuertes é indomables infanzones.

Y tu imaginacion, briosa, ardiente,
 de *Covadonga* penetró en la cueva,
 á do mis ayes ¡ay! en son doliente
 la fama desde aquí rápida lleva. —

Lanzárate el destino
 á Cuba hospitalaria, donde lloras
 rigores de la pérdida fortuna. . .
 Con el que veces mil canto divino
 consuelo hubiste en las acerbos horas,
 ensalza á la nacion do fué tu cuna.

De la saña importuna
 con que la suerte infausta nos persigue,
 resignados burlémonos en calma,
 y la afliccion del alma

no dudes que cantando se mitigue;
 que cuando la desgracia nos aqueja,
 el único remedio que encontramos
 es ese, sí. . . ¡la lira! . . . En ella hallamos
 alivio al exhalar queja tras queja. —

De patria al nombre, que mi pecho inflama,
 pulsa, amigo, el laud; suene tu canto,
 y haz eterna tu fama, cual su fama,
 del orbe entero admiracion y espanto.

Canta, cisne canoro:
 de patria el dulce nombre ¡á quién no alienta?

¿Cuándo á loarla se negó la lira?
 Ya se eleva, de honor rico tesoro,
 conjurando indomable la tormenta;
 y el monstruo que contra ella audaz conspira,
 tiembla ciego de ira,
 y al yugo la cerviz dobla impotente;
 que ya, trocado en gozo el duelo amargo,
 salió de su letargo
 el león, é iracundo irguió la frente. . . .
 ¡Patria de héroes! No ha mucho que en tu seno
 gocé, de tedio libre y de rigores,
 delicias, paz, felicidad, y amores,
 de intenso gozo y entusiasmo lleno.—
 De patria al nombre, que mi pecho inflama,
 pulsa, amigo, el laud; suene tu canto,
 y haz eterna tu fama, cual su fama,
 del orbe entero admiracion y espanto.

(Havana, 1843.)

UN GRAN PRIVADO EN SU CAIDA.

SONETO.

Aquí, donde el dolor al pecho mio
 lastima, cada vez mas rigoroso,
 tuve, entre amor, y júbilo, y reposo,
 cuanto pude anhelar en mi albedrío.
 Favor, gloria, riquezas, poderío,
 de todo fuí señor; mas furioso
 estalló el huracan; y presuroso
 al cieno inmundo derrocóme impío.
 Mientras reiné feliz, invulnerable,
 el pueblo me bendijo; hoy con traidora
 saña, infiel me maldice en la miseria. . . .
 Triunfó, y caí. . . Mas ¿quién ¡fortuna instable!
 ¿quién sabe si al lucir la nueva aurora
 muda á mis piés se postrará la Iberia?

UN ADIOS

AL NIÑO F. VIADEMONTE.

"Forget me not."

Queda adios, hermoso niño,
 á quien adoro en el alma.
 Goza la inefable calma
 que para siempre perdí.
 Bendígate, oh niño, el Cielo
 en los brazos de tu madre.
 Sé el ídolo de tu padre,
 y no te olvides de mí.

Quizá cuando en tu mente
 la luz de la razon clara se ostente,
 apreciarás, oh niño,
 estos de mi cariño,
 si no de pompa y majestad ornados,
 sencillos versos, en aciago dia
 por el amor dictados.
 Aciago, sí, porque al dejarlos triste
 en el papel grabados,
 de tí, siguiendo á la fortuna impía,
 se aleja quien te adora,
 é inconsolable llora.

Mas, yo lo juro, mi cariño extremo
 jamas se extinguirá. De cuanto existe
 nada, por grande, encantador, supremo
 que aparezca á mis ojos,
 de la memoria mia
 apartará tu nombre. Ya de enojos
 cercado siempre invocaréte en vano,
 sin paz y sin ventura
 que calmen mi amargura;
 que den tregua al deseo
 devorador, ardiente,
 de estrecharte en mis brazos, venturoso
 como hoy ¡ánjel de amor! feliz te veo.

Y alegre tú, y ufano
de gozar las caricias paternas,
en medio de los crímenes del mundo
tranquilo é inocente,
siendo á tu vista iguales
los bienes y los males,
sordo estarás á mi dolor profundo.

¡Ay! Para tí, ángel mio,
el orbe es un jardín lleno de rosas
purpúras y hermosas.
Ni te afligen las penas
del infeliz, que exento de albedrio,
sin luz, sin esperanza,
en calabozo inmundo sepultado,
al son de sus cadenas
jime desconsolado,
víctima del rencor y la venganza.

Ni la voz del blasfemo te horroriza,
ni de „guerra” los ecos te estremecen:
ni del astro inmortal, rey de la esfera,
el resplandor te hechiza;
ni de los trigos, que á su influjo crecen,
la utilidad tu mente considera;
que todo en tu inocencia, ángel hermoso,
es igual para tí; nada horroroso.
¡Ay! nunca el denso velo
descorra, oh niño, el Cielo,
con que te encubre al crimen ominoso;
que si felice yo llegase á verte,
bendeciré mi suerte.

¡Salud, ventura,
niño adorado!
por tí apenado
suspiraré.
Tú mi amargura
calmar solias:
las cuitas mias
por tí olvidé.

¡Adios! Si acaso llega
á tus oídos de mi fin horrendo
la noticia fatal, débete, niño,
de amistad una lágrima.—“Tremendo,
dirás, fué su destino: su renombre
funesto oscurecido
yace en eterno olvido.
¡Ay sin ventura! En mi niñez me amaba
y tierno me besaba:
su bárbara dolencia
olvidaba al mirarme en su presencia.”—

¡Ay! me parece
que ya en mi tumba
triste retumba
tu amable voz.
Mi angustia acrece
hado severo:
ya solo espero
término atroz.

Que estrella maligna mi mal augurando,
fatídica luz fulguró al nacer yo.
La voz del Eterno, cual trueno zumbando,
“¡maldito tú seas, maldito!”—esclamó.
Las furias entonces del hórrido infierno,—
“¡maldito, esclamaron, maldito el mortal
que nace hoy al mundo, nutriendo en lo interno
del pecho inocente veneno infernal.”—

¡Ángel bello de amor! Librete el Cielo
de tan acerbo duelo:
indisolubles, sempiternos lazos
te unan á los autores de tu vida:
de tu madre querida
las caricias disfruta y los abrazos;
sé de entrambos la dicha y el consuelo;
de su próspera suerte fiel testigo,
y no te olvides de tu tierno amigo.—(Madrid, 1840.)

SUICIDIO. (*)

Yo estoy, hombre, en la espiga de tu trigo,
y en los pliegues del manto que es tu abrigo.

Doña Josefa Massanes.

Puede el hombre en momentos de demencia
su origen olvidar y sus deberes;
puede, falto de amor y de creencia,
llamarse maldecido entre los seres:

Puede, en su frenesí, romper su seno;
complacerse en su pena y su delirio,
sonreír á la vista del veneno,
y prolongar el mismo su martirio.

Puede olvidar su dignidad, su nombre,
y los lazos que al mundo le encadenan;
puede olvidarse, imbécil, de que es hombre
si negros pensamientos le enajenan. . . .

Pero si al levantar la vista al Cielo
pierde, réprobo impío, la esperanza,
y no encuentra ni un plácido consuelo,
ni un suspiro de fe su pecho lanza;

Si al contemplar la luna solitaria
que los yermos sepulcros ilumina,
su voz no eleva en tímida plegaria
para implorar la proteccion divina;

Si olvida que no es suya su existencia;
que Dios para cuidarla se la ha dado,
y renuncia á su Dios y á su creencia,
el hombre no es un loco, ¡es un malvado!

¡Y por qué en lucha atroz consigo mismo
el hombre se consume y se destroza,
y abre bajo sus plantas el abismo
do se hunde el trono que orgulloso goza?

¡Por qué su risa se convierte en llanto,
y el néctar del placer en un veneno;
y del verjel el delicioso encanto

(*) Esta hermosa composicion del ilustrado poeta don Ramon Ruiz de Eguilaz, à la que se contesta en la siguiente, fué dedicada al autor, y leída en el Liceo de Santander el 2 de marzo de 1842.

en desierto de abrojos y de cieno?

¡Ay! porque sus pasiones le arrebatan
por los llanos floridos de la vida,
cual torrentes que raudos se desatan,
sin que su arranque dique alguno impida.

Tambien yo, en otro tiempo de ilusiones,
he frecuentado orgías y mujeres;
he brindado entre báquicas canciones,
y he dormido entre aromas y placeres.

Instantes he gozado de ventura,
de emocion, de entusiasmo, de alegría,
y en brazos del amor y la hermosura
ví fenecer y amanecer el día.

Y el aura blandamente susurraba
en torno de la frente de mi hermosa,
y al fulgor de la luna contemplaba
sus bellos ojos y su tez de rosa.

Y palpar su corazón sentía,
y su cabello en ondulantes rizos
sobre su seno súbito caía,
ofreciendo á mi amor nuevos hechizos.

Y en largas horas de delicias llenas,
de encanto y de suavísima ternura,
coronado de rosas y azucenas
apuraba la copa de ventura.

Y al despuntar de la radiante aurora,
y al vislumbrar de la apacible luna,
de mi felicidad fascinadora
gozaba sin temor ni pena alguna.

Sereno el Cielo, plácida la brisa,
la bonanza y la dicha presajaban;
y seductora, anjélica sonrisa
de mi hermosa los labios me brindaban.

Mas ¡ay! . . . El huracan llegó ruiendo;
siniestra nube confundió á la luna;
y desatóse el viento, revolviendo
el oceano, y el rio y la laguna.

Y envuelto por el raudo remolino,
en vano quiso la impotencia mia

detener el furor del torbellino
que mi gloria, y mi dicha destruía.

Y en vez de aquella hermosa tan garrida,
de esbelto talle y de turjente seno,
cándida flor que embelleció mi vida,
de cuyo aroma está el ambiente lleno;

¿Qué veía? Un fantasma silencioso
envuelto en una túnica flotante,
que en medio de la sombra y el reposo
iba á turbar mi sueño á cada instante.

Una imájen eruel, aterradora,
simulacro de un bien que no existía;
sin una voz de amor consoladora
que calmase el dolor que me oprimía.

Maldije entonces mi funesta suerte;
la desesperacion me enajenaba:
invocaba frenético á la muerte,
y mil negros proyectos meditaba.

“No hay ya en el mundo, para mí, ventura,
esclamaba fatídico, y sombrío;
es la dicha del mundo una locura:
la dicha se halla en el sepulcro frío.”—

Y en lucha horrenda el corazón gastado,
sin llanto que verter, sin esperanza,
por las furias y el tedio destrozado,
con histérica risa de venganza;

Iba á cumplir mi bárbaro deseo,
cuando la voz de la amistad sincera,
“oye, dijo, no hay Dios para el ateo;
pero el hombre cristiano sufre, espera.”—

Sufre, espera también, amigo mío:
sea mi voz de calma y de consuelo,
y el pensamiento tético y sombrío
lanza lejos de tí: confía en el Cielo:



A DON RAMON RUIZ DE EGUILAZ.

Malvado, sí, malvado,
y maldito de Dios es quien oído
niega al triste clamor de la indijencia;
y en el crimen cebado,
irascible, feroz, empedernido,
sin temor en el alma ni clemencia,
inmola impunemente al desvalido.

Malvado quien su nombre
carga de execracion, amancillando,
sin freno, á la virtud encantadora:
y monstruo, mas que hombre,
alcázares al vicio levantando,
canta, rie, y se alegra cuando llora
el misero, á quien pérfido esta hollando.

Malvado, quien blasfemo
de su triunfo infernal haciendo alarde,
la juventud relaja y precipita,
y con furor estrémo,
sin que el justo castigo le acobarde—
“no arrepentirse, no (bárbaro grita),
que si es que hay Dios, para la enmienda es tarde.”

Estos son los malvados,
éstos los viles son, que por el suelo
se arrastran con las bestias confundidos:
mas no los malhadados
que jimen sin consuelo,
que confían, y esperan compunidos
clemencia y paz del sacrosanto Cielo.—

¿Por qué, si los placeres
aborrece el mortal, cuya existencia
insuportable le es, pesada y larga;
si cumple sus deberes,
si tiene fe, y tranquila la conciencia,
se ha de juzgar, si el duelo le aletarga,
que su ansia de morir raya en demencia?

Si apetece la vida

es natural á quien se ve dichoso,
 ¿por qué no lo será que ánsie la muerte,
 que al justo no intimida,
 quien, los vicios huyendo, religioso
 resiste á los rigores de la suerte,
 y su aliento vital no corta ansioso?

¿Qué NOMBRE es ese, dime,
 cuál esa DIGNIDAD, y esos deberes
 que al triste con el mundo le ENCADENAN,
 si el mundo le redime,
 por infeliz y aislado entre los seres,
 de toda obligacion, pues le condenan
 á vivir maldiciendo los placeres?

¿Y crees que no confío
 en la bondad de Dios? ¿Que la esperanza
 de alcanzar su clemencia no me asiste?

¿Juzgas que es desvario
 que invoque yo á la muerte en su tardanza?
 ¿Dó la felicidad? . . . Puesto que existe,
 ¿dónde huyó, dónde está la bienandanza?

¿Y aun quieres que apetezca
 esta vida infernal? . . . ¡Ah! ¡Bienhadados
 una y mil veces, sí, los que ya han muerto! . . .
 Por mas que el mundo ofrezca
 delicias á los seres fortunados,
 siempre el mundo será triste desierto
 para los que nacieron desgraciados.

¿Yo réprobo? . . . ¿Yo? . . . ¡Calla! . . .
 La religion cristiana es mi consuelo,
 y en ella, entre las penas con que lidio,
 mi alma alivio halla. . . .

y no dudes que en medio de mi duelo
 execro al criminal, odio el suicidio,
 si bien, por descansar, morir anhelo.

Madrid, 7 de marzo de 1842.



AÑO NUEVO.

SONETO.

¡Ay que rauda volando hora tras hora,
 de nuestra vida al término cercano
 el tiempo nos empuja; y es en vano
 oponerse á su fuerza vencedora!

¡Ay que, como él la muerte destructora,
 le sigue en pos, con descarnada mano
 á la hermana usurpándole el hermano,
 al amante la bella, á quien adora!

Los tesoros y el fausto de la tierra,
 ¿qué son en brazos de la parca muda?
 Delirios, ilusion, cenizas, nada. . . .

Al execrable vicio hagamos guerra;
 y cuando vuelva el sol, que hoy nos saluda,
 sola nos rija la virtud sagrada.



EN EL NACIMIENTO

DE

LA NIÑA ESTER,

A SU PADRE

DON JOSE M. VIADEMONTE.

Abre, oh mundo, tus puertas, hoy cerradas
 á la austera virtud, y á la clemencia;
 y entre flores, del noto respetadas,
 y pompa, incienso, luz, magnificencia,
 en tu seno recibe alborozado,
 para hacerla dichosa,
 á esa imájen de Dios, cándida, hermosa,
 que Dios para tu júbilo ha formado.

Recíbela en tu seno; y nunca vea
la faz al vicio, descarnado, horrible;
ni el estruendo de bárbara pelea
hiera jamás su corazón sensible.
Entre todas las bellas la más linda,
perfecta y acatada,
alee la sien de resplandor velada,
y el déspota á sus piés tiemble y se rinda.

Los reyes con su poder
á tí se postren, oh niña;
y Dios á tu frente cina
corona de más valer.

Que si eres ángel de amor
hoy descendido del Cielo
para brillar en el suelo
entre glorias y esplendor,

Yo cantaré tu hermosura;
y la virtud sacrosanta
sublimará á quien te canta,
treguas dando á mi dolor.

¡Oye, Jehová, mi súplica, y protege,
puesto que es obra tuya su inocencia:
haz que la adulación de ella se aleje;
que no escuche el clamor de la indigencia;
que cuando vuele á tu morada, deje,
á su fe levantados y clemencia,
monumentos en todo el universo,
que den á España honor, materia al verso.

Más si naciste, ángel mío,
para penar en la tierra,
al sueño los ojos cierra
y duerme en dichosa paz.
¡Ah! no dispiertes si el mundo
entre aromáticas flores
te brinda acerbos dolores
que te atormenten asaz.

Y si dispiertas, tus ojos
seductores, penetrantes,
bellísimos, rutilantes,
ciegos estén para el mal.
Sordos estén tus oídos
del vicio inmundo al lamento,
y escuchen solo el acento
de la virtud celestial.

Y propensa al beneficio
tu alma pura y generosa,
disfrute paz deliciosa,
solaz é inefable amor.
Que, si destello divino
de Dios, te protege el Cielo,
tú brillarás en el suelo
entre glorias y esplendor.

Crece de amor y majestad cercado,
ángel de paz y de virtudes lleno:
crece, y de Dios espíritu adorado,
del mundo impera en el jardín ameno:
crece, que yo sin término inspirado,
te encomiaré, si de ventura ajeno;
y haré, mi Estér, que con amor profundo
tus glorias cante y te venero el mundo.

LA AMNISTIA.

¿Quién, quién del pecho mío
podrá arrancar el entusiasmo ardiente,
la activa, abrasadora
llama de estro feliz, inspiradora?

Vosotros, cuya lira
pulsáis con docto afán, mientras os anime
la clara luz febea,
vuestro Númen de amor España sea.

Que no mas digna hubiera
materia nunca al inspirado vate.
Cantad con alegría:
vuestras voces unid á la voz mia.

La Libertad suprema
ya el corazon presajia: rutilante
cual iris de ventura
brilla de Iberia en la celeste altura.

La bárbara ignorancia
será de su regazo sacudida;
y del saber las puertas
al talento desde hoy serán abiertas.

¡Oh España! . . . El triste llanto
enjuga ya por tus errantes hijos,
que, si proscritos fueron,
volverán á tu seno, do nacieron.

Vosotros ¡oh infelices!
que mendigando en peregrinas tierras
llorásteis sin consuelo,
lanzad del corazon, lanzad el duelo.

Que ya la patria os llama. . . .
Corred, llegad, . . . y en su regazo hermoso,
de sumo gozo henchidos,
olvidad los trabajos padecidos.

Volad. . . . Vuestras esposas,
padres, hermanos, hijos. . . os aguardan. . .
Llegad; y con abrazos
formad eternos venturosos lazos.

(Octubre, 1832.)



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
A LA LIBERTAD.

¡Qué luz, que nueva luz súbito dora
la diamantina esfera?
¡Qué celeste deidad brilla á deshora
robando el cetro á la arjentada aurora? . . .

¡No la veis! . . . ¡No la veis! . . . ¡Cuán rozagante,
rasgando la eternal lóbrega noche
en que sumido el español yaciera,
plácida jira, en ademan triunfante,
sobre el ilustre castellano suelo,
sembrando por do quier paz y consuelo.

Miradla. . . . En su semblante
se retratan la célica hermosura,
el solaz, la ventura. . . .

A todos halagüena
muestra la faz risueña:
á todos acaricia. . . .

—¿Quién eres, di, quién eres? . . .

¡La Madre del Amor y los placeres! —

No, mortal. — ¡La Justicia? —

Su hermana soy: la Libertad sagrada. —

¡Escuchásteis! . . . ¡Oh júbilo! — ¡Y tras luengo
destierro tornas? . . . — Vengo

á hacer feliz á vuestra patria amada,
á esta Iberia inmortal, que fué mi cuna;
donde, entre sangre y horroroso estrago,
me arrulló blandamente la fortuna. —

Iberos, alentad. Cesó el tormento.

Llegó, llegó el momento
de holgura y prez; momento delicioso

para el amante de ISABEL segunda:

de oprobio, de baldon para el faccioso

que la cerviz somete á la coyunda. . . .

¡Brilló la Libertad! . . . Vates, miradla,

y cual yo, prosternados saludadla. —

Dos lustos ¡oh baldon! de oprobio, mengua
y maldicion cargado,

juguete fuí del despotismo odiado.

Ni nos fué concedida

en tan mísero estado

la estéril gracia de mover la lengua

para quejarnos de los fieros males

que atormentaban la cansada vida.

Frescas aún se miran las señales

Que no mas digna hubiera
materia nunca al inspirado vate.
Cantad con alegría:
vuestras voces unid á la voz mia.

La Libertad suprema
ya el corazon presajia: rutilante
cual iris de ventura
brilla de Iberia en la celeste altura.

La bárbara ignorancia
será de su regazo sacudida;
y del saber las puertas
al talento desde hoy serán abiertas.

¡Oh España! . . . El triste llanto
enjuga ya por tus errantes hijos,
que, si proscritos fueron,
volverán á tu seno, do nacieron.

Vosotros ¡oh infelices!
que mendigando en peregrinas tierras
llorásteis sin consuelo,
lanzad del corazon, lanzad el duelo.

Que ya la patria os llama. . . .
Corred, llegad, . . . y en su regazo hermoso,
de sumo gozo henchidos,
olvidad los trabajos padecidos.

Volad. . . . Vuestras esposas,
padres, hermanos, hijos. . . os aguardan. . .
Llegad; y con abrazos
formad eternos venturosos lazos.

(Octubre, 1832.)



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
A LA LIBERTAD.

¡Qué luz, que nueva luz súbito dora
la diamantina esfera?
¡Qué celeste deidad brilla á deshora
robando el cetro á la arjentada aurora? . . .

¡No la veis! . . . ¡No la veis! . . . ¡Cuán rozagante,
rasgando la eternal lóbrega noche
en que sumido el español yaciera,
plácida jira, en ademan triunfante,
sobre el ilustre castellano suelo,
sembrando por do quier paz y consuelo.

Miradla. . . . En su semblante
se retratan la célica hermosura,
el solaz, la ventura. . . .

A todos halagüena
muestra la faz risueña:
á todos acaricia. . . .

—¿Quién eres, di, quién eres? . . .

¡La Madre del Amor y los placeres! —
No, mortal. —¿La Justicia? —

Su hermana soy: la Libertad sagrada. —

¡Escuchásteis! . . . ¡Oh júbilo! — ¡Y tras luengo
destierro tornas! . . . — Vengo
á hacer feliz á vuestra patria amada,
á esta Iberia inmortal, que fué mi cuna;
donde, entre sangre y horroroso estrago,
me arrulló blandamente la fortuna. —

Iberos, alentad. Cesó el tormento.
Llegó, llegó el momento
de holgura y prez; momento delicioso
para el amante de ISABEL segunda:

de oprobio, de baldon para el faccioso
que la cerviz somete á la coyunda. . . .
¡Brilló la Libertad! . . . Vates, miradla,
y cual yo, prosternados saludadla. —

Dos lustrós ¡oh baldon! de oprobio, mengua
y maldicion cargado,
juguete fuí del despotismo odiado.
Ni nos fué concedida

en tan mísero estado
la estéril gracia de mover la lengua
para quejarnos de los fieros males
que atormentaban la cansada vida.
Frescas aún se miran las señales

en los rostros marchitos: aun doliente
 el alma se resiente. . . .
 Aun ver se me figura
 cadalsos por do quiera,
 y á la nacion Ibera
 jemir en la opresion y la amargura:
 á la maldad triunfante;
 y al déspota inhumano
 proclamarse arrogante
 dueño y señor de su infeliz hermano,
 que, siervo suyo, mísero lloraba,
 y al monstruo compasion triste imploraba.
 ¡Oh inquisicion maldita,
 y maldita de Dios turba precita! . . .

El cáliz de amargura ¡cuántas veces
 apuré hasta las heces!
 ¡Cuántas, ay, sin consuelo
 abandonado en las angustias mías
 en vano te invoqué, que no me oías,
 á mis ayes esquivá y á mi duelo!
 ¡Oh memorias tristísimas, dejadme,
 dejadme por piedad! . . . Ellos reian,
 los tiranos, los pérfidos tan solo:
 aherrojados los míseros jemian,
 sin alivio, sin paz, sin esperanza,
 víctimas nobles de la infamia y dolo.

¡Ay tristes! ¡yo les ví! ¡Cuántas vertieron
 lágrimas que á mis lágrimas se unieron!
 Ellas alijeraron nuestras penas,
 y el peso de las bárbaras cadenas.
 Y ví los patrios lares convertidos
 en mansiones de horror: del inocente
 ví derramar la sangre; y los jemitos
 de la virtud hollada
 dardos agudos fueron
 que desgarraron mi alma atribulada.

¡Afrentosa existencia! Mas ¡oh dicha!
 de ¡*Libertad!* el nombre resonando,
 al despotismo infando

y á la crúel, infame hipocresía
 derrocó de su asiento, en fausto dia
 de la opresion á España restaurando. . . .

¡Reina del mundo, Libertad querida,
 sacro don de los Cielos, ya te canto!
 Ya cunde por mis venas
 nuevo ser, nueva vida.
 Al pronunciar tu nombre sacrosanto
 cesan del pecho las horribles penas;
 y en calma deliciosa
 nuevamente mi espíritu reposa.

¡Libertad! ¡santo nombre
 que reverencia el hombre!
 ¡quién por tí no suspira?
 ¡quién no es feliz en tu regazo amante?
 Solo el tirano contra tí conspira;
 mas nunca para sí le fuiste odiosa;
 jamas sañudo te mostró el semblante:
 te invoca, te apetece,
 y tranquilo gozándote enloquece. . . .
 ¡Libertad! . . . Por tí exentos
 de baldon y de oprobio, los tormentos
 lanzamos al olvido:
 por tí respira España: por tí el hombre
 usa de los derechos sacrosantos
 que al nacer le otorgó naturaleza:
 por tí ya no se asusta
 al escuchar el execrable nombre
 del despotismo que causó mil llantos:
 por tí, Deidad augusta,
 por tí es feliz el indomable ibero,
 y ostenta placentero
 de nuevo ya su gloria, su grandeza,
 largo tiempo eclipsadas,
 y en vano largo tiempo lamentadas.
 Y cuando su segur la muerte vibre
 contra mi pecho, blanco de su tiro,
 diré, exhalando el último suspiro,
 como LIBRE nací, fallezco LIBRE.—(Marzo, de 1833.)

A ISABEL II,

EN SUS DIAS: 1840.

Cándida reina, que miras
brillar los rayos del sol,
y desde el trono español
tu jiro constante admiras,
nada temas; que tan puro
como su luz esplendente
es de la española jente
el amor que te juró,

y no
será su labio perjuro.

Ora se estremezca el suelo,
ora con ronco silbido
brame el viento enfurecido
ruinas presajando y duelo,
nada temas; que á la saña
del monstruo de la discordia
sucederá la concordia;
y entre ventura y solaz
y paz,
reinarás libre en España.

Que ya de la guerra no se oye el ruido,
ni muertes anuncia tronando el cañon,
ni el suelo de Iberia se mira teñido
con sangre española de eterno blason.

Potente, acatada de propios y estraños,
tu patria querida verás prosperar:
de infames manejos triunfando y de engaños,
de estrañas naciones te harás respetar.

Que si el nombre egrejo de aquella que un dia
del moro en Granada dobló la cerviz,
es nombre que infunde virtud y osadía,
reinando en España serás tú feliz.

Seráslo; y tus hijos, que son españoles,
que abrigan la sangre del Cid campeador,

sabrán defenderte; y harán que tremoles
por siempre la enseña de paz y de amor.

Sí, todos, pues eres de España la gloria;
de ventura el iris; de los tronos prez;
y júbilo inspiras, y das la victoria,
y llenas las almas de noble altivez.

Porque al pronunciar tu nombre,
que es nombre de bendicion,
amor y entusiasmo inflaman
al belicoso español:
al español, que arrogante
te bendice con fervor,
y al bendecirte las glorias
recuerda de su nacion:
glorias que olvidar no puede
cuando te nombra su voz,
porque son glorias, ¡oh reina!
que á España *Isabel* legó.
Y se enajena, y delira
cuando con admiracion
tu nombre en estraños climas
se pronuncia, y con loor.

Porque es el español tu escudo fuerte;
porque juró en el trono sostenerte;
y lo que jura, puesto que es bizarro,
cumplirlo sabe, sin temer la muerte,
el que nació en la patria de Pizarro.

LAS CENIZAS DE COLON.

Hijos del Cid, recordad
connigo la era dichosa
para España, cuanto honrosa;
y al héroe en coro load,
que la hiciera mas famosa.

Por demente le tuvieron

incrédulos soberanos;
y del nauta se rieron
imbéciles cortesanos
que "el loco" en llamarle dieron.

Acorrióle una mujer
que le supo comprender;
él darla un mundo juró,
y si entonces se dudó,
"vive Dios que pudo ser."

Porque además de marino
era poeta; y su mente
le mostraba de contino,
en mas rico continente
otro reino peregrino.

Con frájiles carabelas
partió al fin del mar señor,
quien lo era ya del honor;
pobres en jente y en velas,
cuanto ricas en valor.

Y se lanzó con fe pura
en los brazos de la suerte,
y entre el gozo y la amargura,
le adulaba la ventura,
y le amagaba la muerte.

Siempre rumbo ácia el ocaso,
ya en bonanza, ya en tormenta,
navegaban al acaso,
en agitacion violenta,
recelando algun fracaso.

Favor pedian al Cielo,
que prolongaba su anhelo,
marineros y piloto;
y, aunque sin temor, con duelo
sulcaban el mar ignoto.

Cada nube que él veía
cuando declinaba el día
alzarse en el horizonte,
á sus ojos parecia
la alta cima de algun monte.

Mas al impulso del viento
diversa forma al momento
la instable nube tomaba,
y de todos se trocaba
el regocijo en tormento.

Propicio asaz el destino,
despues de tanto anhelar,
fué al intrépido marino;
y el ansiado instante vino
en que así pudo esclamar.—

"¡Hele ya allí! . . . Gracias dad,
de hinojos puestos, á Dios:
hasta do alcanza mirad
su gran poder: confiad,
y un mundo hagamos de dos."—

Dijo; y á tierra llegando,
besaron todos la tierra;
y el estandarte fijando
de la fe:—¡Paz!—y no guerra,
se internaron esclamando.

Y los mismos que á Colon
de loco juzgado habian,
un semi-dios le creian;
y ya, con admiracion,
le acataban y temian.

Fué Colon del Señor el instrumento
que á los de Europa un mundo descubrió;
un mundo de esperanzas, do al momento
su imperio incienso el interes fijó.

Y naves mil y mil el océano
surcaron desde entonces; y ambicioso
abandonó á su patria el castellano,
el hijo al padre, á la mujer su esposo.

Y el imperio de España se estendiera;
y su poder sonó de polo á polo;
y en cuanto el sol su lumbre reverbera
su escelso pabellon flameaba solo.

Y Gonzalo de Córdoba en Italia

á las glorias de España creces dió;
y temblaron los hijos de la Galia,
y el adusto aleman tambien tembló.

Temblaron los ingleses; y temblaron
cuantos pueblos el orbe sostenia:
y los moros á España abandonaron. . . .
pero ¡ay! que su poder cayó en un dia! . . . —

América ¡ay dolor! quizá tu eres
la causa de la ruina de Castilla:
con tu oro aumentaste sus placeres,
y la torpe ambicion que hoy la amancilla.

Por tu oro emigraron de su seno
millares de valientes: torpes hijos
que ingratos derramaron el veneno
que á la patria causó males prolijos. . . —

¿Dónde la union está? ¿Dónde el ardiente
patriotismo que ha siglos animaba
á la invencible castellana jente,
que honor y glorias á la patria daba?

¿Dónde los caballeros? ¡los desnudos
del villano interes que hoy nos aqueja;
sordos al vicio, á la hisonja mudos,
de honor henchidos y virtud añeja?

¡Oh América! tú sola eres orijen
de la ambicion bastarda que produjo
los males que hoy á nuestra patria aflijen,
y el desprecio á que el hado la redujo.

Y ¡esa misma ambicion del hombre ilustre
que descubrió de un mundo la existencia
quiso empañar el refulgente lustre,
forzándole á jemir en la indijencia! . . .

Preso el héroe se vió; se vió aherrojado
como vil malhechor, como un impío.
Por los hijos de España fué beñado
quien aumentó de España el poderío.

Si le agradece aún; si acaso llora,
presa infelice de la intriga avara,
que otro mundo Colon la conquistara,
la misma España á la sazón lo ignora.

Pero quizá indiferente,
si abrigo á sus restos dió;
si por su muerte vertió
llanto fugaz, aunque ardiente;

Y si esta inscripcion famosa, —
“A CASTILLA Y A LEON
NUEVO MUNDO DIÓ COLON,” —
hizo grabar en su losa;

Accedió á que de Sevilla,
acaso ingrata y liviana,
trasladasen á la Habana
sus restos, prez de Castilla.

Ver su túmulo los ojos
no consiguen en su afan,
que hoy olvidados están
en un nicho (*) sus despojos.

Porque solo á la opulencia
ya sarcófagos se erijen,
aunque hayan sido su orijen
el crimen y la impudencia.

Y cuando mil potentados,
que el orgullo satisfacen
así de sus dentos, yacen
en túmulos cincelados;

¡Vive el Cielo que es baldon
que, por un capricho necio,
se tengan en tal desprecio
las cenizas de Colon!

(*) A la izquierda del presbiterio de la catedral de la Habana, en el hueco que en la pared cubre una losa, yacen en vergonzoso olvido las cenizas del ilustre almirante, á cuya memoria consagró la ignorancia los siguientes renglones: —

¡Oh restos é imájen del grande Colon!
mil siglos ántes guardados en la urna,
y en la remembranza de nuestra nacion, —

que alguno ha querido sostener que son excelentes versos.



A LA MEMORIA DE MI PADRE.

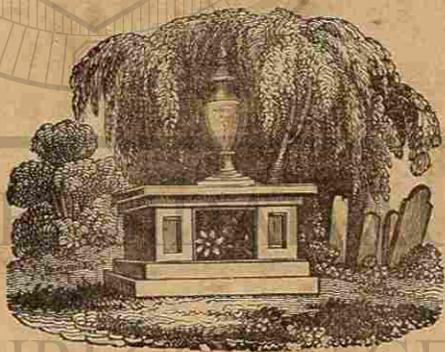
SONETO.

Contra tí la fortuna conjurada
te persiguió tenaz hasta la muerte;
mas supiste arrostrarla osado y fuerte,
y tu virtud jamas se vió empañada.

De ninguno ofensor, siempre ostinada
oíste á la calumnia escarnecerte,
y la dejaste impune blanco hacerte
de la perversidad desenfrenada.

Buen patriota, buen hijo, buen esposo,
de paternal amor fuiste modelo;
ni esclavo ni opresor; de jenio adusto.

¡Descansaste por fin! Tu alma en el Cielo
goce ¡oh mi padre! en eternal reposo
el premio que Jehová concede al justo.



EL PALADIN.

I.

Del rey don Alonso en festejacion,
quel su santo era, la corte ayuntose;
e segunt la usanza el circo aprestose,
a liza emplazando a todo enfazon.
La prez de Castiella, Navarra e Leon,
en omes e fembras, con lauro mostrose:
de jobilo al vellas su altieza finchosa,
pues de festejalle se ven a sazón.

Sonó vosceria; se fiz la señal,
e se abre el palenque a son de atambores;
e ya en dos fileras los mantenedores,
vuela a ser testigo el puelvo leal.
En guisa de carro lusciente e trionfal,
carrosza guarnida de rosas e flores,
d'escorta cercada, de gen e señores,
al circo se alegan con passo marcial.

En ella la regna e damas vistosas,
 siquier en lo apuestas, siquier en lindesza,
 los oíos captiva su maña esbeltesza,
 ansi como pasman sus labios de rosas.
 Legado que ovieron, muy mas que fermosas,
 mostraronse ledas con prebe e noblesza,
 saludos haciendo al par de su altesza,
 que mil bendiciones le dan fervorosas.

Dempues se asentaron por categoria;
 e dempues que todos en orden fincaron,
 los mantenedores su puesto ocuparon,
 de justar ganosos, sin dolo e falsia.
 La faz encovierta por mas fidalguia,
 cuatro justadores en contra legaron,
 e dempues los ocho con brio bregaron;
 mas venció daquellos la grand biszarria.

Dempues otros cuatro vinieron al suelo,
 e siempre endomables los mantenedores,
 cient lanzas quebraron, cobrando loores,
 que cedo la fama levó fasta el Cielo.
 Ansi de la gloria aburando el anelo,
 con maña abastanza de fechos e onores,
 en bravura eguales aun diez lidiadores
 al par cobijaban valor e rescelo.

II.

Vegadas alli sin cuento
 botes dieron e pararon
 con destresza,
 e las lanzas por el viento,
 fechas añicos, volaron
 con prestesza.

E todos los paladines
 en los potros enclavados
 parecian;
 ca todos con nobres fines
 maguer eran magullados
 non caian.

El rey, la regna, e los nobres,
 e la prebe de consuno
 les miraban;
 e viendo que mas que robres
 eran rescíos uno a uno,
 non fallaban.

E mas (del trionfo enorantes
 ca non eran adevinos)
 non fablaron:
 e los mesmos contrincantes
 la esperanza, asaz moimos,
 respudiaron.

III.

Gallardo e brioso doncel campeon
 adunase a liza con gesto plasciente;
 la gen acuciosa le mira riyente
 blandir a los aires pesado lanzon.
 La luscida espuela le afínca al bridon
 que corre delante del buen paladino;
 e pasmase lueñe ginete e vecino,
 amigo e contrario, tamen el peon.

Las damas por ende que tal ome ven,
 loandole, falan en prospero aguero:
 fiduscia les viene que del caballero
 el fado corone la su erguida sien.

Allende entorpida parece la gen:
 non habla, las mientes parando acusciosa
 en tal fazañoso ginete, anelosa
 ca venza gallardo, e premio le den.

Detras de batalla e grand correria!
 el lauro aquistose el diestro doncel;
 e cedo brincando del luscio corcel
 amuestra polido la su gallardia.

Gravedoso trepa por la graderia
 facia una manceba de gracia e mesura,
 que sobrando al ielo su tez en albura,
 a l'alba en lindesza tamen desllucia.

Alegase, e dizla galan:—¡Oh fermosa,

otra tal non vista, oy me conceded
de nomarvos regna la suma merced,
ca ben lo meresce quen puede ser diosa.
Mostrad ledo gesto; mostrad falagosa
que aveis en estima que agora omillante
yaga a vuestas plantas, dempues que emperante
finqué de contrarios en liza mintrosa.”—

A tal practicaba; e cedo la bella
con voz falaguena respusole ansi:—

“Cata, caballero, non otra por mi
sospire atristada cuitosa querella;
que guay non acuscio que una otra doncella
demande azarosa, falando a despecho,
que asaz ha fadiga de ser del tu pecho
por siempre acatada, sin desatendella.”

“Quizas aburando el ceguelo rapaz
el seno dalguna con fuego de amor,
por tí sofre agora martirio e dolor,
exenta por ende de gusto e solaz.

Non desla tristura, non ñubles su faz;
nin su cuita acrezcas con tanto desvio;
e guay non catives en mi tu alvedrio,
ca non ben me plugue que seyas falaz.”—

“Non narreis, fermosa, daquesa manera,
ca juro a mía fe, e al nome español,
que non fay quen ose, ayuso del sol,
aver sin conorte tal cosa en mollera.

Non pareis las mientes en al, ca sincera
la mi ánima nunca dió abrigo a falsia,
nin fizo el mi pecho enjamas pleitesia
a una otra lindesza de mil que yo viera.”—

Seyendo dese arte, cortes campeon,
te otorgo merced, non ya rescelosa,
maguer solo seya de liza mintrosa
la regna acatada del tu corazon;
ca ben lo meresce la tu omillascion
ante una doncella, dempues que animoso,
mal grado de tanto ginete famoso,
laurel te aquistastes, e claro blason.”—

Tal faló la regna, con la su alba mano
entramas las sienes cisñendo a el doncel
con verde corona de sacro laurel
en premio a sus fechos; tornandose ufano.
Mil prácidos sonos por el aire vano
se oyeron prañidos, rumor e algazara;
e el rey de armas dijo con voz firme e clara,
premisio oteniendo del buen soberano:—

“Descid, el ardid, somiso a la ley,
descid el su nome.”—“Bernaldo me claman.”—
Respuso, e—“¡Bernaldo! mil voces aclaman:
“¡Bernaldo! el sobrino de nueso buen rey.”—
“¡Bernaldo! ¡Bernaldo!”—respite la grey;
e las fermosuras que de amor se inflaman:—
“Paz e venturanza le de el cielo”—claman,—
garrido seyendo como agora sey.”—

IV.

E sey el mesmo qu’ España
renomara el sin segundo
campeon;
del buen don Sancho Saldaña
fijo, non visto, e del mundo
admirascion.

E quen tenuto e loado,
del moro, segunt la estoria
terror joy:
e quen del CARPIO nomado,
aun del orbe en la memoria
vive oy.



FOR UN CRIMEN MENOR.

CONFESAR OTRO MAYOR.

INTRODUCCION.

Pensando una noche estaba
en los lances de este mundo,
cuando un grito furibundo
llenó mi alma de pavor.
Asoméme á la ventana,
y con sorpresa, tendido
á un jóven ví, mal herido,
y correr al agresor.

Era de noche: la luna
pálidamente alumbraba. . . .
Recio el aquilon silbaba
presajando el huracan.
Compadécime del triste;
pensé en prestarle socorro;
bajo la escalera; . . . corro,
y á él me acerco con afan.

Al tocar su helada frente:—
“huye (me gritó); no quiero
auxilio; . . . contento muero,
y bendigo á quien me hirió.”—

Retrocedí consternado. . . .
Quise gritar, y no pudo
salir la voz; quedé mudo. . . .
Toda mi sangre se heló.

Volví, no obstante, en mi acuerdo
poco despues; y animado
acerquéme al desdichado,
cuyo quejido iba á mas.
Habléle, y gritó furioso:—
“¡Huye quien quiera que seas!”—

“Tan impio no me creas.”—

“¡Maldígate Barrabas!”—

Dijo, y murió; y en el acto
sentí pasos, y no léjos
de la luna á los reflejos,
á un bulto acercarse ví.
Temblé por mi vida entonces;
y entrando en casa, con tiento
cerré la puerta al momento,
y la escalera subí.

Cerré tambien la ventana
dejando abierto un postigo,
por el cual, á ser testigo,
de otra escena, me asomé.
Acercóse un hombre al muerto. . . .
Era el bulto. Caballero
por su porte, y por su acero
desde el punto le juzgué.

Movió el cadáver dos veces. . . .
Yo le miraba temblando; . . .
y él le estaba contemplando
cuando la ronda llegó.

—“Alto. . . ¿Qué es eso? . . . ¡Un cadáver! . . .

¡Y aquí el asesino! . . . Atadle.”—

—“¿Yo asesino?”— “Desarmadle.”

—“No soy asesino yo.

“El conde Ximen Aznar. . .

—“Bien, poco importa. . . Seais

el que fuéredes, ved si vais

donde á techado estareis.

Cargad al muerto. . . Partamos”. . .

—“¡Preso como un delincuente!”

—“Si estais del caso inocente,

no dudo que os vindiqueis.”—

Partieron. Quise dar voces
y libertarle; mas quedo
me estuve, que tuve miedo,
y en su engaño les dejé.

Entonces era yo jóven,

sin mundo y enamorado,
y solo en mi dueño amado
pensaba con pura fe.

No obstante, la idea horrible
del atroz asesinato
me angustiaba á cada rato
llenándome de terror.

Y me angustiaba el recelo
de que el conde, aunque inocente,
pereciera injustamente
cual si fuera un malhechor.

Estas ansias; los martirios
que de mí se apoderaron,
el sueño de mí ahuyentaron,
y dulce tranquilidad.

En tan angustioso estado
movido estuve mil veces
á presentarme á los jueces,
y descubrir la verdad.

Mas luego me arrepentia
temiendo comprometerme,
y reo yo mismo hacerme,
y esto me causaba horror.
Así pues, abandonado
dejé al conde á su destino,
rogando al Verbo Divino
le diese ayuda y favor.

Y á mi plegaria propicia
le acorrió la Providencia;
y, salvando la inocencia,
castigo dió al criminal.

Veinte años despues, huyendo
de los engaños del mundo,
pobre, triste y vagamundo
vestíme el tosco sayal.

Hoy, ya caduco, purgando
con severa penitencia
mis pecados, mi conciencia
tranquilizándose va.

Y aquí en oracion ferviente
habitaré resignado
hasta que de mí apiadado
me llame ácia sí Jehová.—

Esto en Castilla contaba,
si la tradicion no miente,
un austero penitente
el año mil treinta y dos.
Pero cuando algun curioso
que narrase le exijia
lo demas, solo decia:—

“¡Infeliz! . . . ¡Sálvele Dios!”—

Si importuno hasta el extremo
con súplicas le apremiaba:—

“¡Fué mi pariente!”—esclamaba;—

“¡Ruiz! . . . No me insteis por piedad.”—

Murió; y en su humilde celda
un pergamino se hallara
cuya lectura aclarara
el triste enigma. . . . Escuchad.

II.

INFRACCION DE LAS LEYES.

TRIUNFO DE LA INOCENCIA.

Lóbrega y sucia mazmorra,
condenada por el Cielo
á ser estancia del duelo,
do no hay esperar que acorra
el júbilo á dar consuelo;

A un ilustre campeón
sirve de estrecha prision,
merced á su infausta estrella;
por lo que así se querella
de sus cadenas al son.—

Grande placer es lidiar
contra el moro en la campaña;
dar honor y lustre á España,

y su fama eternizar
con una y con otra hazaña.

Grande júbilo es pardiez
adquirir nombre famoso
entre el gremio numeroso
de adalides, cuya prez
brilla mas que el sol radioso.

Pero el júbilo mas grande
para el noble y caballero
es castigar justiciero
al juez que torcido ande
contra el noble y el pechero.

Al juez que infrinje la ley
por encono, por sistema,
ó por avaricia estrema;
menoscabo haciendo al rey
con pérftida estratajema. . . .

En lides mil vencedor,
aunque gravemente herido,
siempre salí con honor;
y siempre me han precedido
mi honradez y mi valor.

¡Y hoy, mi gloria despreciando,
preso como á vil me tienen!

¿Por qué á juzgarme no vienen
esos jueces, que abusando
están del cargo que obtienen?

Tres meses cumplido se han
y ¡aun no se acuerdan de mí!

¿Por qué de mi justo afan
se burlan ellos así?

¿Preso siempre me tendrán?

Si nada prueba en mi pro
que mi daga y que mi acero,
que nunca el crimen manchó,
limpios estuviesen, yo
morir como infame quiero.

Junto al cadáver me hallaron;
y aunque mis armas estaban

bruñidas; aunque observaron
que cual diamante brillaban,
asesino me juzgaron.

¡Oh! . . . Senténcieseme presto,
pues que morir es mejor
que jemir cual malhechor;
que el cautiverio es funesto
para los hombres de honor.

Si el despotismo es la ley
cúmplase al punto su fallo,
que ya que en el trance me hallo,
si mi muerte ordena el rey
moriré como vasallo.

Y si ajusticiado muero
no seré el primero yo
que injustamente murió:
tambien al conde don Suero
sin causa se degolló.

Ni faltará quien mi afrenta
vengue, no: mi hijo será,
á quien ya el honor alienta;
y si él en vano lo intenta,
mi injuria Dios vengará.

¡Sin oirme sentenciarme!
No puede ser. . . ¡Imposible!
Decoro habrán de guardarme
que ilustre soy é invencible,
y ellos sabrán. . . inmolarme.

Si, que son mis enemigos;
y viles y rencorosos,
y de mi gloria envidiosos,
pues que de ella son testigos,
de mi ruina están ansiosos.

No siento la muerte: siento
que traten al conde Aznar
con tan poco miramiento;
y me falta el sufrimiento
si en ello doy en pensar. . .

Mas oigo la puerta abrir. . .

¡Fortun Gill!...

—¡Aznar!

—Gozaos

en vuestro triunfo.

—Aquietaos

que en breve vais á morir.

La licencia...

—Retiraos,

ó á pesar de estas cadenas
que andar me impiden, pardedz
que os ahogue por soez
entre mis manos.

—Muy buenas
pruebas me dais de altivez.

Espada tengo, y osado
sabré defenderme... ¡Y vos?

—¡Cobarde!... Estoy desarmado
y, como veis, aherrojado...
No obstante, esperad...

—Adios.

—¡Villano! ¡Y cierras! Por Cristo
que á estar yo libre, muy cara
tu avilantez te costara;
pero como vil, ... muy listo
eres para huir... ¡Le ahogara!...

Ya, sin que nadie me abone,
estoy condenado á muerte.

¡Y así de mí se dispone!...
Pues que lo quiere mi suerte
moriré. ¡Dios me perdone!

La víspera de San Pedro
del año de mil y cinco,
con gran prevencion y encono
fué interrogado y oido
en pleno consejo un reo,
y condenado en juicio
á morir, porque los jueces

eran del reo enemigos.

Y cuatro dias despues
del tal fallo, en un borrico
maniatado á un caballero
conducian al suplicio.
A su lado iba el verdugo...
Un numeroso jentío
les seguía, más de gozo
que de pesar dando indicios.
A cada cuarenta pasos
paraban; y á grandes gritos
la sentencia pregonaba
el sayon en este estilo.—

“¡JUSTICIA! Para escarmiento
de malhechores é impios,
al conde Ximen Aznar,
acusado de asesino,
despues de deshonorarle
y á su familia lo mismo,
á morir va condenado
en el último suplicio;
confiscándole sus bienes,
y declarándole indigno
del lustre de sus mayores
pues ha empañado su brillo.”—

Seguian paso tras paso...

Y el conde, aunque iba abatido,
serenidad afectaba,
mirando á todos altivo.

Muy cerca se hallaban ya
del lugar del sacrificio,
cuando entre la muchedumbre
sonó rumor de improvisa,
y en tal guisa se escuchó
una voz ronca, que dijo:—

“¡Deteneos, deteneos!”—

Y llegar despavorido
vióse á un hombre, y sujetar
por el cabestro al pollino.—

“La sentencia el rey revoca,
 que el conde no es asesino.
 Leedlo; estampado aquí
 está de su puño mismo. . .
 El jóven que asesinaron,
 Fernan Ruiz, era. . . ¡mi hijo! . . .
 Conozco á quien le mató;
 mas. . . ¡fugóse el asesino! . . .
 Soy don Albar Pero Ruiz
 en Burgos bien conocido:
 no así en Aragon, do no ha
 catorce meses que habito. . .
 Soltad al conde: está libre,
 que el conde no es asesino.”
 Soltáronle; y á una voz
 clamó el curioso jentío:—
 “¡Viva el noble conde! ¡viva!
 ¡Viva el héroe esclarecido!—
 Poco antes la misma chusma,
 acaso con regocijo
 veía acercarse á Aznar
 á espirar en el patíbulo;
 y ahora le victorea. . .
 Siempre el pueblo será el mismo.

Montó en un corcel el conde
 que Aznar le habia traído,
 y desapareció bien pronto;
 que en su almenado castillo
 su familia le aguardaba
 ignorante del peligro
 en que estuvo de perder
 la vida y renombre invicto.

Pasado un mes, iba el conde
 en compañía de su hijo
 á la ciudad de Toledo,
 de gran séquito seguidos.
 Vióle de pasada Albar;

y, exhalando hondo suspiro,
 embozóse hasta las cejas,
 por no ser de él conocido.

III.

LA ÓRJA.

Con algazara y placer,
 pues mal ninguno sentian,
 más que cenaban, bebían
 cinco hombres y una mujer.

Dos bujias parcamente
 daban luz al aposento
 que estaba, quizá de intento,
 amueblado pobremente.

Que el lujo y la ostentacion
 sobran en tales escenas,
 donde se olvidan las penas
 y se ofusca la razon.

Sabrosas legumbres, aves,
 truchas y vino esquisito
 brindaban al apetito
 de personajes tan graves.

Con diligencia un criado
 para servirles, rondaba
 la mesa, y les escanciaba
 á menudo y con agrado.

Que por no tener testigos
 importunos, solo á él
 ocuparon, que era fiel,
 y amigo de sus amigos.

El licor por fin inflama
 los cerebros: cantan, gritan,
 y en frases, que no meditan,
 enamoran á la dama.

Menos ésta y el galan
 que fiel la obsequia, beodos
 los cuatro caen, y todos

duermen sin susto ni afán.

A una y otro de dormir
les priva incasto deseo,
y á su loco devaneo
no pueden ya resistir.

A su estremada impaciencia
da pábulo el interés,
y enojosa ya les es
del criado la presencia.

Mandáronle irse; y ya
libres de su ceño adusto...
reían, cuando con susto
entró exclamando:—

¡Ahí está!

—¿Quién es?

—¿Quién viene?

—¡No es nada!

Vuestro esposo...

—¡Soy perdida!

Y salió despavorida
por una puerta escusada.

Cerróla el galán; y en pie
á su contrario esperó,
y entre dientes murmuró:—
“su arrojó castigaré.”—

Fuego echando por los ojos
entró Albar Pero en el cuarto,
de ira y de zelos harto,
y de agravios y de enojos.

Y fulminando al querido
de su esposa aterradora
mirada, con voz sonora
preguntó enfurecido:—

¿Dónde mi mujer está?

Responded, ó por San Pablo...

—¿Connmigo habláis?

—Con vos hablo.

—Vuestra mujer... se fué ya.

—¿Cómo!

—No hay cosa mas cierta.

—Me engañais.

—No miento yo.

—¿Cuándo? ¿por dónde salió?...

¡Pronto! ¡Hablad!

—Por esa puerta.

—¿Y quién la condujo aquí?

—Yo mismo.

—¿Con qué derecho?

—Escusad tanto despecho
que me estais hablando á mí.

—¿Quién sois vos?

—Vuestro... rival.

—Sostenedlo con la espada.

—Sea pues.

—¿Temblais?

—De nada...

¡Reñís con furia infernal!

—Y tambien con buen acierto.

—Me habeis herido... ¡Otra vez!...

Triunfais de mi... intrepidez...

¡Ay!... socorro... Me habeis muer...to.—

Dijo, y espiró en el punto.

Albar exclamó:—“¡Van dos!...”

¡Qué horror!... Perdóneme Dios.”—

Fortun Gil era el difunto.

Los que beodos estaban
el estrépito no oyeron
que ambos rivales metieron,
pues todos cuatro roncaban.

El criado habia ido
de la dama en seguimiento
cuando salió, sin aliento
huyendo de su marido.

Y porque no fuera sola
tan tarde ya, y aterrada,
hasta su propia morada

oficioso acompañóla.

Y antes de ausentarse Albar
la vista en el muerto fija,
y en su diestra una sortija
descubre: sin vacilar

Se la arranca: en ella ve
la que regaló á su esposa
cuando tierna y cariñosa
le juraba amor y fe.

La guarda: limpia el acero
en el mantel de la mesa;
y, pues huir le interesa,
canto se cala el sombrero

Hasta las cejas: se emboza;
y á tiempo que se retira
ve entrar á un hombre, y la ira
en el pecho le retoza.

Era el hombre el fiel criado
que á la dama acompañó.
Ciego Albar Ruiz le mató,
y salió desesperado.

Medio minuto despues
bajaba por la escalera
gritando: — ¡Suerte severa!
¡Sino fatal! . . . ¡Y van tres!

En hora aciaga tornara
á la alcoba el buen sirviente,
á quien inmoló inclemente
porque no le delatara.

Y quizá porque dormian,
á los ebrios no mató,
ó bien porque no les vió,
que tras de un biombo yacian.

Cuando la razon cobraron,
y á los cadáveres vieron,
con pavor del cuarto huyeron,
y á nadie el trance contaron.

Que más que el consejo sabio

dictado por la esperiencia,
sofocando la conciencia,
siempre el miedo sella el labio.

IV.

REMORDIMIENTOS.

Roto de la noche el manto,
torna con su luz el sol
á dar á las flores vida,
brillo á las fuentes, vigor
á las plantas, y hermosura
á los Cielos y esplendor.

De la tórtola el arrullo,
la agradable confusion
que con gorjeos distintos
forman las aves, á amor
dulces himnos tributando,
pues de amor hechura son;
la pintada mariposa
que vaga de flor en flor;
de las cristalinas fuentes
el acompasado son;
el triscar de las ovejas;
los cantos del Labrador;
el perfume de las rosas;
de los campos el verdor, . . .
todo respira alegría,
todo májica ilusion,
todo abundancia y hartura,
todo amistad, todo amor.

Solo un hombre, recostádo
de su alcoba en un sillón,
amargamente lamenta
de su fortuna el rigor.
Ya para él no hay placeres;
ya como el humo pasó
la dicha que en otro tiempo
nutria su corazón:

ya para hablar de venturas
poder no tiene su voz;
y solo ve de la muerte
el aspecto aterrador,
que por do quiera que va
persiguele en su aficcion. . . .

Solo crímenes contempla;
y, huyendo la luz del sol,
en la oscuridad reniega
de su deshonor y baldon. . . .
Y ora con acento triste,
ora con delirio atroz,
así su crimen publica,
ensancha así su dolor.—

„¡Oh memoria crúel! ¡Yo su asesino!

¡Yo herir el pecho noble y jeneroso
de quien nació para mejor destino!
Te corté de raíz, árbol frondoso,
cuya flor anunciaba el peregrino
fruto que hubiera sido tan sabroso. . . .

Deshice de una vez toda mi hechura,
¿y sobrevivo á tanta desventura?

¡Oh faz encantadora! ¡oh talle enhiesto!

¡oh voz anjélica! ¡oh jentileza!

¡oh mirar seductor al par que honesto!

¡oh virtud! ¡oh dechado de pureza!

¡oh talento precoz! ¡oh manifiesto
conjunto de valor y de nobleza!

Y tanta perfeccion, tanto heroismo
¿en polvo inmundo convertí yo mismo?

¡Oh mujer! . . . ¡Ah traidora! . . . ¡Oh víperina
lengua, que mal tan grave me has causado!

Si á tanta infamia Lucifer te inclina,
¿por qué en lugar de haberme. . . ¡ay Dios! forzado
á labrar de mi amor la eterna ruina,
no me diste la muerte, que le he dado,
con agudo puñal ó con veneno,

del martirio librándome en que peno?

¿Sabes que me privaste del contento
de que mi alma al mirarle disfrutaba?

¿Sabes que derribaste el gran cimientó
en que toda mi gloria yo cifraba?

¿Ignoras que el atroz remordimiento
á la paz sucedió que ántes gozaba;

y que, sumida ahora en la agonía,
tranquilidad no goza el alma mía?

Todas mis esperanzas como el humo
desvanecido se han; y en torno veo
sangre y mas sangre; y de dolor me abruno
cuando ilusorio sale mi deseo:
pues cuando hallar felicidad presumo
juzgando que le abrazo; cuando creo
que le escucho, desperto, y mi delirio
cede al rigor de mi fatal martirio.

Cada hoja que se mueve; cada acento
que llega á mis oídos, me parece
que emana de su voz, y mi tormento,
si en mi ilusion se calma, mas acrece
mi ansiedad, y el atroz remordimiento
que me embarga el sentido; y se ennegrece
la atmósfera á mi vista; y fascinado
caigo, sin luz, sin fuerza, aletargado.

Fresca la noble sangre todavía
la tierra empapa del lugar en donde
lanzó el postrer suspiro de agonía. . . .
¡Oh atrocidad! ¡Y el agresor se esconde,
y, ocultando su negra felonía,
á la voz de las leyes no responde? . . .
¿Me llaman? . . . ¡Ay de mí! . . . Pues no me eximen
de hablar, público haré mi horrendo crimen.

Que el infeliz allá desde su tumba—
„¡venganza!”—en son terrible está clamando,
y sin cesar en mis oídos zumba—
“¡venganza!”—y por el ámbito vagando—
„¡venganza!”—el eco con pavor retumba,
mi corazón enfermo atormentando. . . .

¡Sí! Venganza tendrás. . . Ya mi destino
cumplido está. . . ¡Yo soy el asesino!

V.

VENGANZA Y CASTIGO.

—¿Qué buscas aquí, mujer?

—Te oí gritar, Albar mío;
vine, y te encontré mas frío
que un cadáver.

—Puede ser.

—Desmayado.

—No es extraño,
ni eso es nuevo en mí ya,
que de dos años acá
he sufrido mucho daño.

Siéntate.

—Estás impaciente. . .

—Tal vez. Puesto que hoy nos vemos,
oye, que ajustar tenemos
una cuenta, que pendiente

Está entre los dos.

—Ahora
no estoy para cuentos yo.

—¿Conque eso es decir que no
quereis oírme, señora?

Pues me oíreis, que yo lo mando,
y en vano no sé mandar.

—No, no te puedo escuchar
porque me están esperando. . .

—No te muevas, doña Juana,
ni me levantes el grito,
porque si al cabo me irrita
te arrojo por la ventana.

Obedéceme, y responde:
esa conducta ominosa
que observas siendo mi esposa,
¿a tu estado corresponde?

¿Dónde andas que en todo el día
logro verte?

—¿Qué te importa?

Pues que la vida es tan corta
quiero darme á la alegría.

Quiero divertirme: quiero
gozar del mundo.

—¿Y tu honor?

—No hay honor donde hay amor,
y. . . mi gusto es lo primero.

—¡Perjura! . . . ¡No me juraste
eterna fidelidad?

—Juréte solo amistad
cuando al ara me arrastraste;

Que si me casé contigo
no fué por cariño: fué
por conveniencia; y juré
quererte como á un. . . amigo.

Pero tus celos: el trato
infernál que hasta hoy me diste
me han hecho, por no estar triste,
atropellar mi recato.

He tenido cien amantes,
y los tengo todavía. . .

—¡Calla, endemoniada arpía. . .

—Si no quieres no me aguantes.

Amarnos ya es desatino.

Un divorcio, y santas pascuas!

—¡Callate que estoy en ascuas!

¡Calla, infiel, ó te asesino!

Me has hecho infeliz.

—Lo sé;

y tú á mí muy desdichada. . .

—Yo por tí, mujer odiada,

¡por tu causa le maté! . . .

Mas dime: ¿dónde dejaste. . .

¿á quién diste esta sortija?

—Razon será que colija
que anoche me la quitaste.

Pero dejemos á un lado
estas cosas, que consuelo
has menester en tu duelo,
pues sin culpa le has matado.

—¿A cuál de ellos? ... ¡Dimeló! ...

—¿A cuál?

—¡Sí, que fueron tres! ...

—¡Tres!

—¿A cuál?

—¿Y cierto es? ...

—Sí. ... ¡Fortun Gil?

—¡El murió!

—Anoche.

—¡Infame! En mi mano
su venganza está; mas quiero
desgarrar ¡monstruo! primero
tu corazón inhumano.

No tiemblo, no; mirame.
Vengado será, lo juro,
que al justicia de seguro
tu crimen revelaré.

Tú, hombre vil, traidoramente
al infortunado heriste:
no en lucha igual le venciste. ...

—Lidiando. ...

—Y murió inocente.

Él de apoyo te servía.

—¡Ah!... ¿quién es?... ¿Su nombre?... ¡Acaba!...

—El que padre te llamaba,
y tanto amor te tenía.

—¡Y le dí madrastra en tí!

No; ... una sierpe venenosa. ...

Morirás, mujer odiosa,
ya que por tí le perdí.

Mas responde: ¿qué traidor
te previno contra él?

¿Qué causa, mujer cruel,
te infundió tanto rigor?

Me juraste que te amaba,

y que quiso seducirte. ...

—Si eso me plugo decirte
mentí, pues me respetaba.

—Pues ¿qué motivo? ...

—Dirélo.

Por librarme de un testigo
que me celaba enemigo
burlándose de mi anhelo.

Por librarme de una vez
de un pertinaz centinela,
que siempre vivía en vela
para humillar mi altivez.

Porque la espada sacó
contra un mi amante una tarde,
y á saltar como cobarde
por el balcon le obligó.

Porque á otro de una estocada
(que era á quien yo mas quería)
le mató en aciago día,
dejándome consternada

Por. ...

—¡No mas, mujer infiel! ...

Muere.

—¡Ay Jesus! ... ¡Ay! ...

—Mi suerte

era ¡qué horror! darte muerte.

Anda á juntarte con él.

Albar cayó desmayado.

De su consorte al lamento
luego acudió al aposento,
donde espiraba, un criado.

—¡Válame el Cielo!— exclamó;

y cerrando antes la puerta,
que halló al entrar medio abierta,
á la calle se lanzó.

Y, por no andarse en rodeos,
á la justicia dió aviso.

Pronto el cuarto de improviso
se llenó de fariseos;

O de esos guarda-ambulantes
que se nombran alguaciles,
corchetes, ó ministriles,
que, por no dar, piden antes.

Sin embargo, á la cabeza
iba el juez, con gran decoro
vestido, y por cada poro
respirando alta nobleza.

Vuelto ya Albar en su acuerdo
al punto fué interrogado
por el juez. Con desenfado
respondió, que no era lerdo.

Y mientras le respondia,
el escribano anotaba.
Impaciente Albar estaba,
y el juez tranquilo le oía.

JUEZ. ¿Quién ha sido el criminal
que á esta mujer muerte dió?

ALBAR. Yo.

JUEZ. ¿Vos?

ALBAR. He dicho que yo.

JUEZ. ¿Con qué?

ALBAR. Con ese puñal.

JUEZ. ¿Cómo?

ALBAR. ¿No lo veis?

JUEZ. ¿Por qué?

ALBAR. Porque me ofendió vilmente.

JUEZ. ¿Sois de la muerta pariente?

ALBAR. Era más.

JUEZ. ¿Cómo?

ALBAR. Sí, á fé.

Era su esposo.

JUEZ. ¿Su esposo!

ALBAR. ¿No basta que yo lo diga?

JUEZ. ¿En qué os ofendió?

ALBAR. Enemiga

turbó mi dicha y reposo. . . .
Fuéme infiel.

JUEZ. ¿Cómo os llamais?

ALBAR. Don Albar Pero Ruiz,
que soy noble, aunque infeliz,
y más de lo que juzgais.

JUEZ. ¿El nombre de vuestra esposa?

ALBAR. Doña Juana de Monzon,
tambien de ilustre estraccion,
aunque liviana y viciosa.

JUEZ. ¿Hijos?

ALBAR. ¿Ninguno!

JUEZ. ¿Parientes?

ALBAR. Tampoco: todos han muerto.

JUEZ. ¿Bienes?

ALBAR. No lo sé de cierto.

Fuí rico. . . Mas imprudentes
Parécenme, seor juez,
esas preguntas.

JUEZ. Creía
que no dudábais que hacia
solo mi deber.

ALBAR. Tal vez.

JUEZ. Amarradle.

ALBAR. No; esperad,
que otro crimen más atroz
os va á revelar mi voz.

JUEZ. ¿Aun más atroz?

ALBAR. Escuchad.—
(Huye ya, sombra querida,
pues venganza te ofrecí.
Huye: ten piedad de mí,
que mirarte me intimida.)

JUEZ. ¿No hablais?

ALBAR. Yo soy quien libró
al conde Ximen Aznar.
¡Ay! Soy un monstruo sin par
que á su hijo asesinó.

¡Mi hijo! . . . Soy un malvado. . . .

Mi mujer la culpa tuvo. . . .
 ¡Y mi amor no me contuvo?
 ¡Y tu padre, hijo adorado,
 Te pudo sobrevivir?
 ¡Hijo del alma! . . . ¡Perdon!
 ¡Ay triste! No hay salvacion. . . .—
 Llevadme al punto á morir.

A la mañana siguiente
 una grande hoguera ardia,
 y en pavesas convertia
 el cuerpo de un delincuente.
 Era Albar, que sentenciado
 de su crimen en castigo
 fué, siendo el pueblo testigo,
 á ser en vida quemado.

Así sus culpas pagó;
 y en el lugar de la hoguera,
 porque de ejemplo sirviera,
 de piedra una cruz se alzó.

Al pié de ella en una losa
 se leía:—“¡ATROZ DESTINO!!!
 QUEMÓSE AQUÍ AL ASESINO
 DE SU HIJO Y DE SU ESPOSA.”

Despues algunos curiosos
 á su modo comentaron
 el suceso; y disputaron
 acerca de los zelosos.

Y, citando autoridades,
 protestaron por los Cielos,
 que la pasion de los zelos,
 sin respetar calidades,

A mil crímenes arrastra.
 Y por tradicion quedó
 que á su hijo Albar mató
 por culpa de la madrastra.

ACLARACION.

Si te horroriza, lector,
 la historieta que he contado,
 nada hacer puedes mejor
 que quemarla, y castigado
 dejarás al narrador.

Mas no pongas en olvido
 que crímenes aun mayores,
 con solaz de los traidores,
 sin causa se han cometido
 por reyes y emperadores.

Ni que si impunes quedaron
 sin ley, justicia y razon;
 los que en mi cuento pecaron
 castigo á su culpa hallaron,
 y Albar castigo y baldon.

Ni que si al hijo, y sirviente
 ciego asesinó inclemente,
 fué quizá porque su sino
 que perecieran previno
 á manos de un delincuente:

Como por razon inversa
 ó caprichos de fortuna,
 para los tristes adversa,
 los ebrios, sin duda alguna,
 corrieron suerte diversa.

Ni que en el mundo se han visto,
 se ven hoy y se verán
 de esos crímenes, que harán
 memorables, vive Cristo,
 los descendientes de Adan.

Ni que, en fin, al escritor
 narrar toca. . . . lo que sabe,
 y crearle ó no al lector;
 y aun decirle en tono grave:
 “otra vez hazlo mejor.”



AUNQUE MAL CORRESPONDIDO,

EL AMOR SIEMPRE ES AMOR.*(A la señorita doña Celestina Jeli.)*

I.

VANAS PROMESAS.

Era una tarde de mayo
fresca por demas y umbria,
y en occidente se undia
del sol el último rayo.

Con sus gorjeos suaves,
que embargaban los oídos,
antes de entrar en los nidos
despedíanle las aves.

De las eras á sus chozas,
tregua dando á sus labores,
volvian los labradores,
viejos, muchachas, y mozas.

Corrió la noche su velo
al reposo convidando,
con ansias mil aumentando
del avariento el desvelo.

Bella al par que majestuosa
su faz descubrió la luna,
al criminal importuna,
si al piloto deliciosa.

Pardas sombras se veían
producidas por las peñas,
que á haberlas visto las dueñas
fantasmas las juzgarian.

Y aun los mozos y rapaces,
y los fanáticos viejos
las juzgarian perplejos,
apariciones veraces.

Porque el miedo y la ignorancia,
que siempre juntos están,

vestiglos ven por do van,
aunque siempre á gran distancia.

Protejido por el sueño
grato silencio reinaba,
y durmiendo se igualaba
el esclavo con su dueño.

El silencio interrumpia
de cuando en cuando, al pasar,
el fatídico graznar
del buho que no dormia.

A una legua de Leon,
antigua corte de España,
existia una cabaña
de la ventura mansion.

Allí la paz, la llaneza,
el pundonor, la hidalguía,
en estrecha compañía
moraban con la belleza.

Un noble viejo, una anciana,
venerables; un zagal,
y de rostro anjelical
tierna doncella, su hermana,

Una familia dichosa
formaban, cuyo contento
de su dicha era ornamento,
como del prado la rosa.

Que donde moran la paz,
el amor y la virtud,
tarde llega la inquietud
á interrumpir el solaz.

Padres la anciana y el viejo
eran del mozo y la bella,
y se miraban en ella
los tres como en un espejo.

Bastaba lo que tenían
para vivir con decencia,
y aun á la triste indijencia
á menudo socorrian.—

La luna con brillo escaso,
pues la noche era avanzada,
de blancas nubes velada,
descendía ácia su ocaso.

El hijo de las tinieblas
con más influjo convida
á la calma apetecida,
oculto entre densas nieblas.

Que huye del día el reposo
como el diablo de la cruz;
y enemigo de la luz
la oscuridad busca ansioso.

La doncella, y el garzon,
y los dos viejos rezaron
el rosario, y se acostaron
alegres á la sazón.

Mas la suerte siempre varía
como instables son los vientos,
zelosa de sus contentos,
muy presto les fué contraria.

Ya el reposo de la noche
en afán se convirtió,
y ya, como siempre escelso,
fulmina su luz el sol.
Los mortales otra vez
tornan á la ajitación; . . .
y unos vienen, y otros van
del interés siempre en pos.
Hablan, disputan, reniegan,
juran, y gritan, rumor
y estruendo infernal formando
en tropel y confusión.

Unos al trabajo vuelven
con más eficaz ardor;
otros que del pueblo viven,
á su vana ostentación,
á las maldades é intrigas,
á que tregua el sueño dió.

Y las damas á engreirse
con las frases que inventó
para vencer su decoro
la pérfida adulación.
Y los apuestos galanes
á protestarlas amor,
para olvidarlas despues
sin motivo, ó con razón.
Y los viejos á narrar,
sin fuerzas ya y sin vigor,
los momentos de venturas
que el tiempo les usurpó
con su juventud, que envuelta
entre la nada quedó.
Y ya caducos, recuerdan,
sus deshices con rubor,
sus hazañas con orgullo,
sus glorias sin ambición,
sus amores con desden,
con jactancia su valor,
y los servicios que hicieron
con gozo y satisfacción.

Y mientras que desalados
se entregan á la sazón
á los placeres los más,
los menos al patrio amor,
cubriéndose éstos de gloria,
si los otros de baldón;
y mientras canta el dichoso,
se rinde el triste al dolor,
se lamentan los ancianos,
se entroniza á la traición,
al malvado se respeta,
las damas finjen candor,
las juran fe los galanes,
héroe se nombra el matón,
los muchachos se divierten,
y anhela la luz del sol
el que en oscura mazmorra

dicha y libertad perdió;
una doncella, distante
del albergue do nació,
sola, al márjen de una fuente
sentada, con dulce voz
cantando está, y con su canto
da pábulo á su ilusion.

Fuente, tú, que serena
hoy te deslizas,
sin curarte de mi pena,
sobre la menuda arena;
si me hechizas,
fuente clara,
¿por qué, avara,
no me inspiras
el amor que tú respiras.

Avecillas, que estais
ledas de amores,
y el néctar de amor gozais,
puesto que envidia me dais,
mis dolores,
mis martirios,
mis delirios
aumentando,
enseñadme á amar cantando.

Y tú, que siempre hermosa
vuelas sin duelo,
¿por qué, conmigo amorosa,
no me inspiras, mariposa,
pues lo anhelo
con ardor,
el amor
que te alienta
y tu júbilo alimenta?

Sol hermoso, brillante,
que siempre amigo
nos alumbras, y aun amante
si al ver tu faz rutilante

te bendigo,
¿por qué, di,
sol, en mí,
pues te ruego,
no viertes de amor el fuego!

Cantaba así la doncella,
y á interrumpirla llegó
en un alazan brioso
un bien apuesto garzon.
Es cuanto ilustre gallardo;
y en lides cien, de valor
pruebas ha dado, y renombre
de intrépido se adquirió.

Detiénese á contemplar
á la doncella, que al sol
envidia da su hermosura,
pues otra igual no alumbro.
Si él con asombro la mira,
ya prisionero de amor,
ella, á quien parece hermoso,
le ve con admiracion.
Sin pestañar la contempla;
ella, cediendo al pudor,
los ojos baja; mas luego,
latiéndole el corazon,
vuelve á fijarlos en él,
que estático se quedó.
Suspira el garzon; la bella
del suspiro de él en pos
exhala ardiente suspiro
que hasta el alma penetró
del paladin, que el silencio
rompe, con tímida voz
diciendo así á la doncella,
que le oye con atencion.
—Si no eres una deidad
que del Cielo descendió
para que rinda á tus piés

alma, vida y corazon,
dime quién eres ¡oh bella!
que si me falta valor
para hablarte, asaz me sobra
para idolatrarte amor.—

La doncella con sonrojo
al paladin respondió.
—No soy deidad cual pensais:
una labradora soy
si, como habeis dicho, hermosa,
pobre y de humilde estraccion.
Criada en el campo, nunca
el fausto y el esplendor
conocí, que en las ciudades
diz que tan comunes son.
Nada he visto, nada sé;
y vos el primero sois
que á hablarme de amores vino,
é ignoro lo que es amor.
—Pues cuanto hermosa, discreta
eres, haré, vive Dios,
si mi promesa no esquivas,
que entre el fausto, el esplendor,
y los placeres, te acaten,
te rindan veneracion.
—Soy plebeya.

—Yo te haré
noble, pues ilustre soy.
—¡Me haréis noble!
—Ya lo he dicho.
—¡Seré rica?
—Como yo.
—¡Y me enseñaréis á amar?
—Amándote con pasion
estremada.
—¡Y si mi padre...
Venid... Irémos los dos...
Venid...
—¡Adónde?

—A mi casa.
—Es escusado... Mejor...
será...
—Está cerca. Venid...
Seguidme. Diréisle vos
que me amais.
—Espera... Atiende...
—¡No venis?
—Oye.
—Allá voy...
¡Qué mandais?
—Aquí, á la grupa
irás mas cómoda.
—No...
—Vamos, ven...
—Yo... Pero... Si...
—Desde esta riba...
—¡Y si doy
en tierra?
—No. Ven... Delante
irás más segura.
—¡Amor,
á tí me entrego!...
—Ven... Salta...
¡Cómo pesas!... Vaya.
—Soy
la mas dichosa...
—¡Estás bien?
—Esperad... Ahora... ¡Ay Dios!...
—¡Qué tienes? Di: ¿por qué tiemblas?
—Sujetadme.
—Ten valor.
—Partamos... No... Por allí...
—¡Cómo te llamas?
—Leonor.
Volved... Por allí... ¡Ay, ay!...
¡Adónde vamos, señor?
¡No respondeis!... ¡Ay! Decidme:
¡á dó vamos?

—A Leon.

—¡Ay! . . . ¡Soltadme!

—No lo esperes.

—¡Soltadme!

—He dicho que no.—

Y al sentir la aguda espuela
partió á galope el bridon.

II.

ALERE FLAMMAM
VERI DESENGAÑO TARDIO.

Pasó el bullicioso dia,
la noche tambien pasó,
á ser de noche tornó,
y Leonor no parecia.

Sus viejos padres en duelo
se deshacian: su hermano
buscado la habia en vano
con amargo desconsuelo.

Que ausente de su ternura
la que ídolo de ellos era,
no es extraño que estuviera
léjos de ellos la ventura.

Mas sus clamores el viento
se llevaba, que no oia
la que la culpa tenia
de su incesante tormento.—

La vida diera,—esclamaba
el viejo,—por verte, ¡ay triste!
¡Por qué de mi lado huiste
sabiendo que te adoraba?

¡Qué con el alma te adoro!
¡Con toda el alma! . . . Leonor,
vuelve á calmar mi dolor. . .
¡Ven, mi perdido tesoro! . . .

Contigo huyó mi contento. . .
¡Leonor! ¡Leonor! . . . ¡Desdichado!
Tú por el ser que te he dado

me das acerbo tormento.

¡Y no he de volver á verte! . . .
¡Hija adorada! . . . ¡Ay de mí! . . .
Quizá del ser que te dí
te privó temprana muerte.—

Sin dar tregua á su agonía,
pasó el florido verano,
y pasó el invierno cano,
y Leonor no parecia.

En el centro de Leon,
entre todas, descollaba
una casa que abrigaba
el lujo y la ostentacion.

Si pobre en arquitectura,
era rica en el ajuar;
rica en oro, y á la par
rica en blason y pintura.

Dueñas, pajes, escuderos,
ora entraban y salian,
ora á servir acudian
á damas y caballeros.

Que en tan espléndida estancia
del boato y la riqueza,
la más ilustré nobleza
daba cebo á su arrogancia.

Y como amigos del dueño
se finjian casi todos,
para agradecerle, mil modos
empleaban con empeño.

Él, que poderoso, urbano,
cuanto liberal, gustaba
de la ostentacion, se daba
ínfulas de soberano.

Y daba continuamente
convites y otras funciones,
que en gozo los corazones
embriagaban dulcemente.

Esto, y más, á la sazón

acontecía, reinando
el segundo don Fernando,
de feliz recordación.

Solo entre tanto solaz
triste una jóven hermosa,
ni descansa, ni reposa,
que huyó de su alma la paz.

¡Ay que cuando cantan llora,
y cuando rien también!
Se inmuta cuando la ven,
y á quien la desprecia adora.

Que ebrio asaz de placeres
quien adorarla juró,
el amor, que la usurpó,
prodiga ya á otras mujeres.

Obséquiála, sin embargo,
como si princesa fuera.
Pero ni en tan alta esfera
se calma su duelo amargo.

¿De qué la inútil riqueza
la sirve, ni el lujo necio
si ya la ve con desprecio
quien la amaba con ternura?

Si á otra hermosura quizá
adora más fortunada,
¿cómo su cuita estremada
lanzar del pecho podrá?

Si los celos fuentes son
que brotan letal veneno,
que se introduce en el seno,
y devora el corazón;

Si atizan la ardiente llama
del amor menos ardiente,
¿cómo amará indiferente
la que fiel con celos ama?

Y como su amor escede
de su adorado al desden,
por eso triste la ven,

que estar alegre no puede.

Por eso la sociedad
y los placeres desdeña. . .
Por eso jime, y no es dueña,
de reprimir su ansiedad.

Pero bendice su amor,
y á quien la ofende bendice,
que noble cuanto infelice,
rechaza su alma el rencor.

Ni vierte ya amargo llanto,
que, poderosa y activa,
de derramarle la priva
la fuerza de su quebranto.

En extremo cavilosa
se ha quedado, reclinada
en un sillón, y apoyada
la frente en su mano hermosa.

—“¿Perjuero!”—con voz confusa
escelama; y al punto suena
otra voz, que el cuarto atruena:—
“¿Quién de perjuero me acusa?”—

Esto pregunta el amado
de la esquivada belleza,
que le mira con ternura,
si él la mira con enfado.

Mas, su enojo reprimiendo,
de ella asentándose en frente,
con risueño continente,
la dice así, amor finjiendo.

—¿Tan triste, hermosa! . . .

¿Qué tienes? Habla. . .

¿Qué mal te aqueja?

Dimelo, amada. . .

—¿Tú lo preguntas?

—Tus penas calma,
que dicha inmensa
desde hoy te aguarda.

Dispon, mi dueño,
dispon tu marcha

porque es preciso
partir mañana
antes que brille
la luz del alba.

—¡Partir! . . . ¡Adónde?

—Cerca. A Simancas.

—¡Tan lejos!

—Oye.

Tengo allí casa,
bella, espaciosa . . .
Dueñas, y damas,
y pajecillos,
con eficacia
servirte en todo
sabrán . . .

—¡Cuitada! . . .

—Tranquila, alegre,
y respetada,
la vida en ella
seráte grata.

Disponte, hermosa . . .

—Si me acompañas
seré felice,
si no . . .

—¡Qué paras! . . .

Jamas; . . . no puedo . . .

Pues lo ignorabas,
sabe . . . Ya es hora
de hablar . . .

—Acaba.

—Ya es tiempo . . .

—Poncio,

¿qué te acobarda?

—Oye . . . Ya es tiempo
que sepas . . .

—¡Habla!

—Pues bien. Escucha . . .

Con otra . . . dama,
rica y hermosa,

de alta prosapia,
casarme debo . . .

—¡Qué oigo!

—Sin falta.

—¡Qué dices, Poncio? . . .

No; tú me engañas,
pues no es posible
que infamia tanta
tu pecho abrigue . . .

—¡De eso te espantas?

—¡Poncio!

—¡Inocente! . . .

Mi honor reclama . . .

—Tu honor exige,
tu honor te manda
que cumplas, Poncio,
la fe jurada.

Tu honor te ordena
que pura, intacta,
conserves siempre
tu antigua fama.

¿Qué se diría
de tu inconstancia
si injustamente
me rechazáras

para enlazarte
con otra dama? . . .

—¡Y quién tan necio! . . .

—¡Qué se pensara
de tí, si falso
me repudiáras,

cuando vilmente
por tí ultrajada
todos me viesan,
después que incauta

mi honor, mi dicha
rendí á tus plantas?

Cuando desenbran
que fuí engañada

por tí, mal hombre,
que me jurabas
amor constante,
¿qué de tu infamia
dirán? . . .

—¡Por Cristo! . . .

—Cuando palabra
de ser mi esposito
me diste . . .

—Basta,
que la paciencia
ya se me acaba.

—¿Y el pago es ese? . . .

—Con eficacia
premiarte juro,
pues fui la causa . . .

—De mi deshonra,
de mi desgracia.

—Te amo; te adoro
con toda el alma;

pero . . . ¿qué quieres! . . .

si no me igualas; . . .

si eres . . . perdona, . . .

si eres villana,

fuerza es que accedas;

fuerza es que cauta

desde hoy renunciés,

no á ser mi dama,

sí á ser mi esposa . . .

—Si soy villana,

más que la tuya

noble es mi alma . . .

¿Qué no te igualo! . . .

¡Ah! Pues te jactas

de hidalgo, y noble,

dí, ¿no te holgáras

de ser plebeyo

con tal que un alma

tuvieras, Poncio,

tan pura y cándida
como la mia
que infiel desgarras?
Puesto que ilustre
tú te proclamas,
¿son propias, dime,
de ilustres almas
tanta bajeza,
perfidia tanta?
¿Por qué abusando
de mi ignorancia
me prometiste
amarme, y . . .

—¡Calla!

—¿Por qué, hombre ingrato,

pues soy villana,

no me dejaste

do alegre estaba,

si pobre, al menos

feliz y honrada.

Tú me engañaste,

¿pérfido! . . .

—Basta.

—No basta, Poncio,

que en hora aciaga

te ví, y tú solo

fuiste la causa

de mi deshonra,

de mi desgracia.

¿Y ahora me olvidas! . . .

Por tí yo, ingrata

dejé á unos padres

que me adoraban;

dejé á un hermano . . .

—Dije que basta.

Trescientas doblas

hoy te señala

de renta al año

mi amor . . .

—Tu audacia.
—Mi amor...
—Tu orgullo.
—Mi amor...
—Tu infamia.
—¡Mi amor!... Con ellas

la hermosa casa
te doy, que tengo
junto á Simancas,
con otros bienes,
si resignada
olvidas...

—¡Poncio!
¡Antes me mata!
—Si no por buenas,
será por malas.
—¡Poncio! ¡Bien mio!
Vesme humillada,
vesme de hinojos
besar tus plantas.
De esta infelice
por Dios te apiada.
—O me obedeces
sin repugnancia,
ó te abandono
á tu desgracia.

—¡Ay! si la luz de los Cielos
es siempre pura y radiante,
¿cómo olvidará inconstante
la que fiel ama con zelos?
Si la indiferencia es hiel
para quien sin premio adora,
¿cómo olvidará traidora
la que ama con zelos fiel?
Si de tí, Poncio, su fama
y su virtud penden ya,
¿cómo olvidarte podrá
la que fiel con zelos te ama?
—Leonor, tu sueñas.

—Poncio, me agravias.
—Que te amo juro.
—Si tú me amaras,
no pretendieras...
—¿Saldrás mañana?
—¿De nuevo insistes?
—¿Saldrás?

—No.

—Basta.

Si no por buenas,
irás por malas.—

Esto el conde de Minerva
dijo, y del cuarto salió,
do maldiciendo quedó
Leonor su fortuna acerba.

III.

NUEVAS ESPERANZAS.

Es la hora de la siesta;
sopla el céfiro halagüeño,
y en breve á dejarnos va
la luz que en el universo
derrama el rey de los astros,
á los antípodas nuestros
el letargo á sacudir
en que los sumerje el sueño.

Hermosísimos paisajes
del horizonte á lo léjos
se miran, cuyos colores
reflejan en los diversos
bultos, de faces distintas,
que vaporosos, aéreos
forman las nubes que vagan,
á los ojos ofreciendo
súbitas transformaciones,
que desaparecen luego.

Muy cerca está de Simancas
una casa, cuyo dueño,
aunque ilustre y poderoso,
es inconstante en extremo.

En la ostentacion criado,
y empedernido su pecho
en las lides, si se rinde
á la hermosura, altanero
la vilipendia despues
que logra su vil deseo.

En esta casa una jóven
lamenta con desconsuelo
su preciosa libertad,
que se trocó en cautiverio.
Hermosísimos sus ojos
son, y rasgados y negros;
hermosísima su faz;
su talle garboso, enhiesto;
rojos sus labios; su boca
pequeña; blanco su pecho;
blancos sus redondos brazos,
que á torno parecen hechos....
Es, en fin, de la hermosura
el trasunto más perfecto.

Damas y pajes la sirven;
y entre dueñas y escuderos
respirar consigue apenas;
que en su implacable tormento
la soledad apetece,

pero no logra su anhelo.
Que si suspira, si tose,
si habla, si se mueve, luego
ácia ella van importunos,
y la cercan, é indiscretos
la aconsejan y fastidian,
y la interrogan, finjiendo
interes, fidelidad,

puro y acendrado afecto:—

“¿Nos llamábais? ... ¿Qué ordenais? ...

¡Siempre triste! ... Dad al viento
vuestras cuitas, que olvidarlas
es el único remedio.”—

Como si aliviar pudieran
tan importunos consejos
los martirios que padece
la que idolatra con zelos.
Y así, prisionera, triste,
no sale, que todo, menos
salir, el que allí la tiene
la permite: y majaderos
la celan, á su albedrio
audaces poniendo freno.

Asomada está al balcon,
fijos en el Firmamento
los bellos ojos, que á alguno
parecerian luceros:
suspira, y de cuando en cuando
se asoma el llanto por ellos.

A la sazón los criados
ausentes del aposento
donde víctima es la hermosa
del amor y de los zelos,
platican en la cocina,
de endriagos y de espectros
necias consejas narrando,
que de memoria aprendieron,
cuando eran aún muchachos,
de los fanáticos viejos.—

“¡Oh amor tirano!”—la bella
esclama—“¿Por qué severo
te muestras con quien por tí
su honor y su dicha á un tiempo
sacrificó, delirante
tus engaños bendiciendo?
¿Sordo é insensible siempre,
oh amor, te veré á mis ruegos?
¡Ay! ten piedad de tu víctima;
y á mi súplica benévolo,

vuélveme la paz del alma,
con mi perdido contento". . . —

Lánguida la vista tiende
por el campo, y cada objeto
cada flor, cada avecilla
que ve volar, mil recuerdos
alégres de su niñez
le vienen al pensamiento.

Se acuerda de aquellos días
venturosos y serenos
en que al lado de sus padres
disfrutó, tranquilo el pecho,
y sin conocer del mundo
los engaños y tormentos,
mil dichas, que ya volaron
con sus infantiles juegos.

Tan importunas memorias
sus cuitas van acreciendo;
mas á distraerla viene,
en un corcel caballero,
un hombre, que á la lijera
está vestido, aunque apuesto.

Dos hermosísimas plumas
adorno dan al sombrero;
y negras sus armas son,
como su vestido es negro.

Ser gran jinete demuestra,
que es en rejir asaz diestro
el caballo, que brioso
viene corvetas haciendo.

En frente está del balcón;
y en él á la hermosa viendo,
como del rayo tocado
se le comprime el aliento,
y casi maquinalmente
al bridon tira del freno.

Mira á la hermosa; se turba:
va á hablarla; y al mismo tiempo
le interrumpe ella exclamando:—

“¡Santo Dios! ¡qué es lo que veo! . . .

“¡Mauricio! . . .

—¿Es verdad? ¡Leonor! . . .

¡Eres Leonor!

—Sí.

—¡Te encuentro
por fin! . . . Mas ¿cómo. . .

—¿Y mis padres? . . .

¡Callas!

—¡Mis padres han muerto!—

Y con ella en tierra da
un paraismo violento!

Corre ácia la puerta al punto,
el doncel; y un escudero
quiere impedirle la entrada;
pero ¿quién será tan necio
que se le páre delante
al ver su iracundo ceño?
Libre el paso ya le deja
el opositor, que es viejo
y endeble para estorbar
de tal garzon el intento.

A los gritos, damas, pajes,
y los otros escuderos
acuden; mas él osado
sigue sin curarse de ellos.

—“¿Adónde vais?”—Le preguntan.—

“Atras. . . Sabed que tenemos
órden de no permitir
la entrada á ninguno.

—Presto

llevadme al cuarto do está
Leonor.”—Dice.

—“No podemos.”—

Responden.

—“¡Cómo! Llevadme
á su alcoba, ó vive el Cielo
que ni uno deje con vida.”—
Grita, la espada esgrimiendo.

Y ellos, que cobardes son,
unos porque ya son viejos,
y otros porque aun son rapaces,
temblando todos de miedo,
sin más replicar, le guian
de Leonor al aposento.

Entran; y ya del desmayo
habia la hermosa vuelto;
y al ver á Mauricio, corre
acia él, los brazos abiertos,
y se abrazan, y abismados
quedan los dos un momento.

—“¡Leonor! ¡Leonor!”—Él esclama.

—“¡Mauricio! ¡por fin te vuelvo
á ver!”—Le dice la bella;
y lloran, y quizá el duelo
mitigar logran llorando,
si no lloran de contento.

—“Retiraos al instante.”—

Grita, con adusto ceño
á los sirvientes mirando.—

“Retiraos, que en secreto,
pues me interesa, á esta dama
ahora mismo hablar deseo.”

—“No es posible.”—Le replican.

“No es posible, caballero,
que nosotros. . .

—“¡Voto al diablo! . . .

¡No os vais!—Grita, y escuderos,
damas y pajes se van,
temblando todos de miedo,
unos porque aun son rapaces,
y otros porque ya son viejos.

La puerta cierra tras sí

Mauricio, y dice á Leonor:

—Mírame ya junto á tí.

—¡Hermano!

—¡Hermana!

—¡Ay de mí!

—¡Cuánto ha sido mi dolor!

A cumplirse un año va
que por muerta te lloré,
y maldije, y blasfemé. . .

Pero contento estoy ya,
hermana, pues te encontré.

Cuando mis padres murieron. . .

—¡Ay!

—¡Cuánto por tí sufrieron!

—¡Sin perdonarme? ¡Buen Dios! . . .

—No, hermana mia. Los dos
al morir te bendijeron.

—¡Infeliz!

—Desesperado

á Navarra me partí;
y en la guerra ejercitado
desde entonces, adquirí
renombre de gran soldado.

Noble soy ya, y caballero,
que el monarca, justiciero
premio ha dado á mis servicios,
y entre muchos beneficios
cúñome él mismo este acero.

¿No te alegras? Tanto honor
adquirí por mi valor.

—¡Honor!

—¡Hermana!

—¡Cuitada!

—¿Estás, Leonor, deshonrada?

—¡Cielos! . . .

—Habla sin temor.

¿Por qué tan ingrata fuiste
que de tus lares huíste?

¿Quién á escaparte te indujo?

—Un hombre que me sedujo,
y despues. . .

—¿Y ese hombre existe?

—Sí; mas me tiene en olvido,
y á otra mujer unido

acaso ya... ¡Suerte acerba!

—¿Quién?

—El conde de Minerva,
don Poncio.

—¿Qué es lo que he oído!

¡Oh!... Ya estoy de más aquí...

Voy. O me mata el villano,
ó te vengare.

—Ay de mí!

Atiende... ¡Mauricio! ¡Hermano!...
¡Cuán desdichada nací!

IV.

VENGANZA Y DESPECHO.

Pensativo el conde está,
que ya le dieron aviso
de la escena que pasó
entre Leonor y Mauricio.
No porque tema que en suma,
aunque inconstante, es invicto,
y jamas contrario alguno
en esfuerzo le ha escedido.

Pero recela que el rey
informado del desvio
con que á Leonor trata ahora,
despues de haberla ofendido,
amancillando su honor,
vengarla en el punto mismo
pretenda; y esto le tiene
sobremanera indeciso,
pues sospecha que del rey
justicia implore Mauricio.

Mientras que así piensa el conde,
retirado del bullicio
que en el salon de su casa
metiendo están sus amigos,
unos jugando á los dados,
otros bebiendo sin tino;...

entra en el cuarto do está
de pronto un paje; y sumiso
le dice:—

—Afuera un soldado
espera le deis permiso
de entrar, que hablaros pretende.
—¿Un soldado!... No adivino...
Entre.—Ordena: sale el paje,
y al instante entra Mauricio.

—Conde.—Dice.

—¿Qué teneis
que hablarme?—Pregunta altivo.
—¿Qué me quereis? Por Santiago
despachad, que estais remiso.—
Y mirándole el soldado
con vista torva, de hito
en hito, así le responde,
cuanto intrépido, conciso.

—Poco que deciros tengo.
Burlado á mi hermana habeis,
y, ó vuestra esposa la haceis,
ó me matais, ó me vengo.

—Lo segundo es lo mejor,
que estais por demas soez.

—Razon me sobra pardiez,
pues mancillásteis mi honor.

Conde, ú os casais con mi hermana,
ó me matais ó aquí os mato.

—Vuestra demanda es ya vana,
pues de casarme no trato.

—¿Qué decís?

—Que bien notorio
mi casamiento ya es.

—¿Casado estais?

—Habrá un mes,
con doña Isabel de Osorio.

—Conde, reñid.

—Aquí no,
ni afuera, que sois villano.

—¡Mentís!

—¡Insolente!

—Yo

soy caballero.

—Es en vano. . .

—Mauricio Ordoñez de Lara
me llamo.

—¡Vos?

—Sí.

—Os oí
celebrar. ¡Quién lo pensara!
¿Su hermano sois?

—Conde, sí.

Reñid.

—¡Y si me engañais?

—¡Yo? ¡Cobarde!

—¡Ah!

—Y malvado. . .

¿Reñiréis?

—Que me sigais

os digo, que estais pesado.—

Afuera ya de Leon
el conde y Mauricio están,
y uno tras otro caminan
paso á paso y sin hablar.
Llegan á un sitio estraviado,
do se detienen.

—Allá.—

Dice el conde.—En aquel bosque
reñir podremos.

—Bien.

—Mas

preciso es que dude. . .

—Conde,

¿de mi palabra dudais?

—Si fuérais plebeyo.

—Soy

noble como vos. Mirad,
mirad este pergamino,

por el que su alteza real
el monarca de Navarra
noble me ha hecho á la par
que vos lo sois y otros muchos.

—Partamos, no dudo ya.—

A gran andar por el bosque
se internan.

—“Aquí: parad.”—

Grita el conde.—No perdamos
el tiempo. Desenvainad.—

Y las espadas se cruzan;
se acosan con ansiedad;
tiran, se cubren, se hieren,
ambos con destreza igual:
ni retroceden, ni avanzan,
ni de duda indicios dan;
ni desmayan, que el deseo
de la venganza fatal
aumenta su intrepidez:
valientes son á cual más,
que ambos españoles son. . .
Y por algun tiempo está
incierto el triunfo. . . Por fin
vence el de Lara; y al dar
el conde el postrer suspiro:—
“¡Vengado mi honor he ya!”—

Mauricio esclama, y se ausenta
sin volver la cara atras.

Triste en su aposento y sola
Leonor suspirando está,
ya en el de Ordoñez pensando,
ya en su amante desleal,
cuando entra Lara y esclama
asi, con alegre faz:—

—¡Ya estás vengada, Leonor!
Con otra estaba casado
tu pérfido seductor.

Mas, Leonor, ¡ya te he vengado! . . .

—¡Ay Cielo! . . . ¿Acaso. . .

—El infame

despues de lidiar ardido
cayó á mis piés. Leonor, dame
un abrazo.

—¿Le has herido?

—Le he muerto.

—Déjame... Aparta...

Huye... Yo muero... ¡Cruel!

¿No era mi desdicha harta?

—Leonor, fué contigo infiel.

—Las fuerzas me faltan ya.

¡Cielos!

—¡Leonor!

—¡Inhumano!

¡Huye, que teñida está
con sangre suya tu mano!

Aparta... Por compasion

vete... No... Escucha... Al instante

traspásame el corazon,
que unirme quiero á mi amante.

—¡Leonor!

—¿Qué tardas? La vida

ya sin él me es enojosa...

Mátame, y á Poncio unida

nos cubra una misma losa.

—¡Leonor! ¡Hermana!

—¿Yo hermana

de su asesino?... ¡Ay!

—No fué

asesinado ¡inhumana!

que con honor le maté.

—Odio me inspiras... ¡Ay Dios!...

—¡Odiarme cuando la afrenta
he lavado de los dos!

—Yo muero...

—¡Infeliz!... ¡No alienta!

Casi exánime en el lecho
está Leonor, y á su lado

Mauricio su muerte llora,
que la consume por grados.
Ya la luz falta á sus ojos,
y el movimiento á sus labios,
que ya para siempre van
á cerrarse inanimados.
Haciendo el último esfuerzo,
señal de su fin infausto,
esclama con débil voz:—
¡Mauricio! ¡Querido hermano!
perdóname... ¡Adios!—Y espira,
en las suyas estrechando,
ya como la nieve frias
de Mauricio entrambas manos.

Y pocos meses despues
de haber sepultura dado
al cadáver de Leonor,
contra los moros lidiando
murió en Navarra, cubierto
de gloria y famosos lauros,
Mauricio Ordoñez de Lara,
El INVENCIBLE nombrado.

EL HOMBRE PONE

Y DIOS DISPONE.

(A la señora doña Petra Jeli de Andueza.)

Si por dicha, lector, no eres de aquellos
grandes afortunados babazorros,
que de instruccion, si no de pesos, horros,
y del saber creyéndose en la cumbre,
al talento escarnecen
con rústico y soez charlatanismo:
si del jenio te placen los destellos:
si á los que escriben versos, por costumbre

—El infame

despues de lidiar ardido
cayó á mis piés. Leonor, dame
un abrazo.

—¿Le has herido?

—Le he muerto.

—Déjame... Aparta...

Huye... Yo muero... ¡Cruel!

¿No era mi desdicha harta?

—Leonor, fué contigo infiel.

—Las fuerzas me faltan ya.

¡Cielos!

—¡Leonor!

—¡Inhumano!

¡Huye, que teñida está
con sangre suya tu mano!

Aparta... Por compasion

vete... No... Escucha... Al instante

traspásame el corazon,
que unirme quiero á mi amante.

—¡Leonor!

—¿Qué tardas? La vida
ya sin él me es enojosa...

Mátame, y á Poncio unida

nos cubra una misma losa.

—¡Leonor! ¡Hermana!

—¿Yo hermana

de su asesino?... ¡Ay!

—No fué

asesinado ¡inhumana!

que con honor le maté.

—Odio me inspiras... ¡Ay Dios!...

—¡Odiarme cuando la afrenta
he lavado de los dos!

—Yo muero...

—¡Infeliz!... ¡No alienta!

Casi exánime en el lecho
está Leonor, y á su lado

Mauricio su muerte llora,
que la consume por grados.
Ya la luz falta á sus ojos,
y el movimiento á sus labios,
que ya para siempre van
á cerrarse inanimados.
Haciendo el último esfuerzo,
señal de su fin infausto,
esclama con débil voz:—
¡Mauricio! ¡Querido hermano!
perdóname... ¡Adios!—Y espira,
en las suyas estrechando,
ya como la nieve frias
de Mauricio entrambas manos.

Y pocos meses despues
de haber sepultura dado
al cadáver de Leonor,
contra los moros lidiando
murió en Navarra, cubierto
de gloria y famosos lauros,
Mauricio Ordoñez de Lara,
El INVENCIBLE nombrado.

EL HOMBRE PONE

Y DIOS DISPONE.

(A la señora doña Petra Jeli de Andueza.)

Si por dicha, lector, no eres de aquellos
grandes afortunados babazorros,
que de instruccion, si no de pesos, horros,
y del saber creyéndose en la cumbre,
al talento escarnecen
con rústico y soez charlatanismo:
si del jenio te placen los destellos:
si á los que escriben versos, por costumbre

no desprecias, con bárbaro egoismo
insultando á los pobres que merecen
ser más dichosos y estimados que ellos;
presta atención á lo que aquí te cuenta,
y bendígate Dios por complaciente.

I.

Están en triste aposento
un hombre y una mujer,
y, renuevos de su ser,
tres niños que ángeles son.
Envidiable es el contento
que gozan los inocentes,
mientras sus padres dolientes
se rinden á la aflicción.

Virtuosos son, y disfrutan
de salud; se aman sin celos. . .
¿Pues qué motiva sus duelos?
¿Por qué jimen á la par?
¿Por qué si se aman disputan?
¿Por qué lloran? ¡Desdichados!
¿Viven en el mundo aislados?
¿Nacieron para penar?

—*Son pobres.*—¿Y la pobreza
es baldón?—*Ya sin dinero
nadie es noble y caballero,
ni dichoso.*—Tendrá honor.
Esta es la mayor riqueza
á que toda criatura
debe aspirar.—*No hay ventura
sin dinero.*—Grave horror.—

Con el sudor de tu frente,
dijo Dios al primer hombre,
comerás, pues que tu nombre,
con la culpa se manchó.
Y desde entonces la jente
que le sucedió, al trabajo,
cortando por el atajo,
para comer, apeló.

Y del celeste decreto
dimanaron los oficios,
que dan sustento á los vicios
del miserable mortal.
Desde entonces indiscreto
el ambicioso se lanza
audaz tras de la esperanza
de hacerse más que su igual.

Y siempre en continua guerra,
de afares y susto lleno,
envidia lo que es ajeno
y lo usurpa sin temor.
Y del centro de la tierra
estrae la plata y oro,
con el que se aja el decoro,
y se deslustra el honor.

Y el oro. . . ¡maldito sea,
una y mil veces maldito!
hace que un santo en precito
se cambie en un santi-amen.
Digalo la vil ralea
de antipatriotas profanos
que á los buenos castellanos
ultrajan en su desden.

Son como Júdas, que harían
por un miserable empleo
á su mismo padre reo,
y un bendito á Satanás.
No á sus padres; venderían
por una triste venera
al inglés la España entera,
y aun su alma á Luzbel, que es más.

Dejemos ya digresiones,
lector benévolo, á un lado,
y á guisa de diputado
entremos en la cuestión. . .
¡Calla! ¿Qué es ello? ¿Te pones
mohino? ¡Ya, ya comprendo! . . .
¿Dices que en *materia*? Entiendo,

y te sobra á fe razon.

No has de interpelerme en vano
como á ministros de Iberia.

Pues voy á entrar en materia,

“dejo la paja y el grano.”

Así dijo un senador. . .

¿De nuevo arrugas el jesto

porque insípido y molesto

discurro á fuer de orador? . . .

Digo, pues. . . Pues como digo. . .

Es decir. . . Por lo que dije. . .

claramente se colije

que mis doctrinas. . . Prosigo. . .

Cosiendo estaba la mujer honrada,
y componiendo un drama su marido:

ella triste á la par que resignada;

él de entusiasmo y esperanza henchido.

Porque el hombre es dichoso cuando sueña
un porvenir colmado de ventura;

y cuando ciego en alcanzar se empeña
las fantásticas dichas que se augura.

Por eso la esperanza nos da aliento,

y el esclavo infeliz no se suicida:

el marido por eso está contento,

resignada su esposa, aunque aflijida.—

Filósofos, decid si hay en el mundo
bien que se iguale al bien de la esperanza:

si hay manantial, decidme, tan fecundo
de gloria, y luz, de dicha y bienandanza. . .

Pero no lo direis, porque sin ella

ni fe ni relijion tuviera el hombre;

porque al mortal halaga siempre bella,

y en ella de su Dios adora el nombre.

Porque siendo de orijen sobrehumano,

bálsamo es celestial que refrijera:

precepto que se funda en un arcano;

en estas dos palabras: CREE Y ESPERA.

Porque del Cielo elixir prodijioso
nos da aliento, y alivio á nuestros males:
porque es el bien mayor que bondadoso
el Hacedor concede á los mortales.

Un porvenir risueño, afortunado,
augura la Esperanza al buen consorte.—
“Tu destino, escritor, me ha revelado
que tu felicidad está en la corte.

En la corte de España, do al poeta
lauro, riquezas, proteccion y fama
se prodigan sin fin. Anda y completa
tu gloria allá.”—Le dice, y él esclama:

¡Yo te lo juro, sí, Númen propicio,
tú que consolador calmas mis penas!
¡Tú que me salvas hoy del precipicio,
é inflamando mi pecho me enajenas!

Ya te obedezco, sí; que nunca en vano
al mísero mortal iluminaste.
Sé mi norte, mi luz, tú que el arcano
de mi destino penetrar lograste.

Siervo tuyo desde ahora mi albedrío,
como me ampires tú nada me aterra:
que si en el Cielo hay Dios, ídolo mio
al par que á Dios te adoraré en la tierra.—

Un jenio parecia

el inspirado vate,

cuyos vivaces ojos

brillaban como el sol.

Absorta le veia

su esposa, que combate

del hado los enojos

con ánimo español.

—Resuelto estoy.—La dijo.—

Partamos. Si no quieres

seguirme, no lo dudes

yo solo iré á Madrid.

—¡Tú solo! No transije,

ni que consienta esperes
mi padre.

—No te escudes,
mujer, con ese ardid.
—¡Ardid! ¡Ah! Concluyamos.
Si en balde fué mi ruego,
si el tuyo es mi destino,
seguirte mi deber;
vencida estoy, partamos,
partamos todos luego
á do quizá tu sino
nos lleva á perecer.—

Estas últimas palabras,
que su esposo no entendió,
porque en un suspiro envueltas
á duras penas la voz
las pronunció balbuciendo,
dos lágrimas de dolor
arrancaron á la hermosa
de lo hondo del corazón;
lágrimas que su consorte
besándola restañó;
y contento á disponer
el viaje se apresuró,
como aquel que á ciegas corre
de su desventura en pos.

Ya embarcados están. La fiel esposa:—
“Padre, hermanas, ¡adios!”— Dice, y suspira.
Ya del puerto la nao presurosa
al impulso del viento se retira.
—“Adios, clama el poeta, atrás volviendo
los ojos, Cuba hermosa, hospitalaria.
Yo por tu bien, tu nombre bendiciendo,
elevaré á los Cielos mi plegaria.”—

II.

Con alas y con rastreras

navegando rumbo al Este,
un bergantín español
el mar espumoso hiende.
Nueve cañones por banda,
de gran calibre, sostiene,
porque, castillo ambulante,
los corsarios le respeten.
Cien atléticos mancebos,
áviles cuanto valientes,
forman la tripulacion,
adicta solo á sus jefes.

Acaso un pez de improviso
al *currican* arremete,
y tragándose el anzuelo
en pescado se convierte.—

“¡Hola! . . . Espera.—Forte, forte. . .
Que no se escape.—Hala.”—Y viene
á bordo un atun colgado
del *currican* que no cede.—

En la popa el capitán
mira con semblante alegre
del sol el último disco
que entre las nubes se pierde.
Con sus estrellas la noche
se apresura diligente,
y el horizonte se oculta,
y el rumor del agua crece.

Sin pensar en lo que fué
ni en lo que será, y alegres,
los marineros platican,
y cantan, fuman y beben.
Así la vida consumen
entre afanes y placeres,
que si en alta mar trabajan,
en tierra asaz se divierten.

Contra el costado una ola
ora estrellarse se siente,
salpicando la cubierta
y al timonel que no duerme:

ora de algun ballenato
el bufido que estremece;
ó bien el trueno remoto,
que al relámpago sucede.

En la serviola asentado
y de atalaya un grumete
canta feliz, sin que el duelo
de su alma la paz altere.—

“Corredera... Listo...—Listo.—
Cambia.—Cám... Top.—¿Cuántas?—Nueve.”—
Y sopla el viento del norte,
se altera el mar, truena y llueve.—

“Arria alas de gavia...
Aferra sobres... Juanetes...
Carga mayor... ¡Carga, carga!...
¡Bras por babor el trinquete!...
Amarra.”—Y sañudo el viento
ruje; la mar se enfurece,
y el bajel entre las olas
lucha, y con horror se mece.

Las diez han dado. El piloto,
que está de guardia, no pierde
de vista un gran nubarron
que se forma ácia poniente.
Sopla con mas furia el viento:
cuyo silbido ensordece;
truena; á torrentes el agua
de las nubes se desprende.

Con la gavia á todos rizos
el bergatin arremete,
salvando montes de espuma,
entre los cuales, valiente,
si bien en lucha terrible,
ora se oculta, ora vuelve
á aparecer, en continuo
vaiven, é invencible siempre.

Brilló la aurora; y por el mar sereno
deslizándose va á un *descuartelar*

el mismo bergantin, de joyas lleno,
y lleno de esperanzas á la par.

Ricos y pobres en su seno encierra,
divididos con bárbaro desden;
que en alta mar, lo mismo que en la tierra,
jerarquias y escándalos se ven.

A bordo de su barco se proclama
absoluto monarca el capitan;
príncipe su piloto; y á su fama
los marineros, siervos, brillo dan.

Aliados, y huéspedes y amigos
de ambos á dos los pasajeros son:
y de su acierto y faltas son testigos,
y á ellos sujetos van sin remision.

Con ellos van los niños, el poeta
y su siempre adorada esposa fiel:
los párvulos alegres; ella inquieta;
ebrio de ricas ilusiones él.

Y van en compañía de una hermosa
á quien cела un tutor sin descansar:
y por llegar á puerto está ella ansiosa,
si él la tierra de España ánsia pisar.

De Galicia salió cuando mancebo:
diez lustros en América cumplió;
y vendiendo manteca, aceite y sebo,
sendos miles de pesos apiñó.

Y es ya *señor indiano*, porque es rico,
quien cual plebeyo despreciado fué;
pero aunque poderoso, es un borrico
que anda porque á los otros andar vé...

En popa va el bajel, que desafia
al noto furibundo y á las olas,
y que veloz navega noche y día
por saludar las costas españolas.

Súbito, al despuntar una mañana,
májico olor de purpurinas flores
llenó el ambiente, y la cohorte ufana
con gran contento prorumpió en loores.

Con júbilo despues articulada
la voz de ¡tierra! resonar oyeron;
y todos al mirar la patria amada,—
¡salve, España! mil veces repitieron.
¡Salve, heroica nacion, que grande y fuerte
contrastas el rigor de la fortuna!
¡Salve! y plegue á los Cielos concederte
que tu poder se estienda hasta la luna.—

Así esclamaron; y al impulso leve
del viento, y por las olas combatido,
de la Coruña al puerto en curso breve
llegó el bajel de paz y gozo henchido.

III.

El Cielo, amigo caro, amiga tierna,
é idolatrados niños, de ventura
os colme y de su gracia sempiterna,
y de amor y de anjélica ternura. . . —

Heles, pues, en Madrid. La esquivia fama
seductora brilló para el poeta,
quien al sentir su ponderosa llama
en su pro sus misterios interpreta.

¡Vana ilusion! Esa deidad que el hombre
alimenta en su loca fantasía,
si se digna legarle ilustre nombre
es cuando yace en la mansion umbria.

Pero ¡ay! que el vate, si de fama ansioso,
más que fama ambiciona, más que gloria:
ambiciona riquezas, que dichoso
le hagan en esta vida transitoria.

Y sulca de la corte el océano,
su nombre resonando en toda Iberia:
mas al paso que adquiere un nombre vano,
horrible le amenaza la miseria.

Ora sirve al capricho; ora traduce:
vende al más insensato su talento;
mas tanto afan apenas le produce
ni lo que ha menester para el sustento.—

“¿Dónde estais, esperanzas halagüeñas?

¡Qué os hicisteis?”—Pregúntase á sí mismo.
En la nada se hundieron, donde sueñas
otras, que se hundirán en el abismo.

Pero nunca estarás sin esperanza,
que el Cielo de este bien á los mortales
no privará jamas, dando templanza,
si no completo alivio, á nuestros males.

¿Dónde están los ensueños del poeta?
Sus gratas ilusiones ¿qué se hicieron?
Desencantada ya su mente inquieta,
en triste realidad se convirtieron.

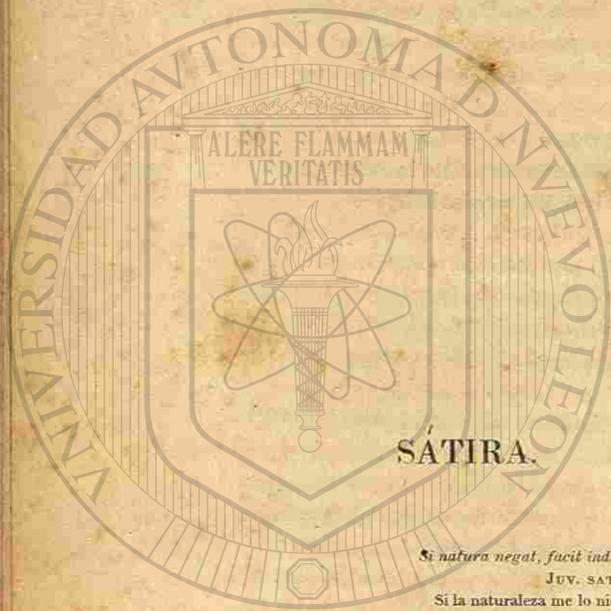
En realidad cruel. . . Ambos esposos
tristes vieron pasar año tras año
de la felicidad siempre ganosos,
tocando cada dia un desengaño.

Mas la felicidad está en el Cielo.
Ganadla con virtud, amigos míos,
y allá la gozareis, cuando del suelo
subais do no se admite á los impíos.—

Nadie espere, por mucho que le halague
la esperanza, que al fin su ansia corone;
ni que propicia sus desvelos pague;
pues cuando *el hombre pone, Dios dispone.*

(Madrid, 1841.)





Si natura negat, facit indignatio verum.
JUV. SAT. I. V. 79.
Si la naturaleza me lo niega,
la misma indignación me hará hacer verso.
JORJE PITILLAS.

Caro Menancio, la sonante lira
pulso otra vez, de cólera ajitado,
para cantar el estro que me inspira.

Mas no será de Amor el dulce agrado,
no de la Cipria Diosa los placeres,
no de Liéo el néctar celebrado.

Oír tampoco de mi voz esperes
de algun guerrero bárbaras proezas,
que en su historia sabrás, si la leyeres.

Ni aguardes que las nítidas bellezas
encomios oigan de mi rudo acento,
hoy negado á dulcísimas ternezas.

Ni menos que en bucólico instrumento
cante el arroyo, el prado, y bellas flores,
ni el sol *en la mitad del Firmamento.*—

Otro diga del Ciego los ardores;
otro de Venus la delicia suma;
otro del fiero Marte los rigores. . .

Que aunque algún malicioso se presuma
que á censurarle voy, sátira amarga
fulminará, y no más, mi airada pluma.

Ni el rico escapará la recia carga
si es vicioso, que entonces no me paro
en si sayal le cubre, ó fina sarga.—

Mas déjame gritar contra el avaro
que cobra al infelice *cien por ciento*,
y á su ruina le arrastra sin reparo.

¡Oh si del pobre Sísifo el tormento
sufrieran cuantos hay! Yo les veria
padecer y rabiar, sin sentimiento.

¡Pluguiera á Dios! y entonces estaria
libre el mundo de tales sanguijuelas. . .
Mas ¡qué digo? . . . Aun así les hallaria.

Hallárales, no hay duda, y á gabelas;
que este mal tan atroz no se corrije
mientras haya en el mundo francachelas.—

El cambio mercantil así lo exige:
no hay venta, no hay contrato sin usura. . .
Cada cual tras el oro se dirige.—

Tambien ¡qué horror! se vende la hermosura,
y al interes se ve sacrificada,
y manchada por él la fe mas pura.—

¡Oh maldito dinero! ¡Infortunada
hora en que fuiste al hombre conocido,
y por tí la avaricia cimentada!

Desde entonces el bueno es perseguido:
desde entonces nos cerca la desgracia:
desde entonces el mundo está perdido.

Desde entonces hay robos, hay falacia,
fraudes, engaños, riñas, y traiciones,
y asesinatos hay, y aristocracia.

También letrados que por cien doblones
venden ¡qué infamia! venden la justicia,
y trastornan un pleito á dos tirones.

Desde entonces se anida la malicia
en el humano pecho, y triunfadora
desde entonces se ostenta la injusticia. . . —

Esclavo del dinero que atesora
el avariento, su existencia pasa
y mil amargos sustos en un hora.

Y cuando más tranquilo lo repasa,
llega la muerte, y . . . se llevó el demonio
su caudal, sus proyectos, y aun su casa. —

Buen ejemplo nos da don Apolonio,
que dejó diez millones en dinero,
de su gran latrocinio testimonio.

Que apenas de su muerte un mes entero
fué pasado, volaba repartido
su caudal tantos años prisionero.

El sucesor gastaba sin sentido,
como aquel que sudores no le cuesta,
como aquel que ganarlo no ha sabido.

Tan súbito cual tiro de ballesta
la *oculta* caja se quedó vacía
del caudal, de que nunca fué repuesta.

Magníficos *birloches* ya no había,
ni caballos despues, ni aquel mudarse
de asiáticos adornos cada día.

Se acabaron los bailes, y el estarse
jugando en un burdel la noche entera;
y cuando no ganaba impacientarse. . .

Sus *amigos* despues ¡quién lo creyera!
del necio huían más que del furioso,
hambriento lobo, tímida cordera.

Abandonado ya, triste, andrajoso,
perdió, con el honor, el poco juicio
que le quedó en su estado vergonzoso.

Émulo del trabajo, sin oficio,
aumentó de los vagos la cuadrilla,
del artesano pueblo gran perjuicio.

De ciudad en ciudad, de villa en villa,
cual otro Caco pérfido, corriendo,
de la virtud escelsa fué mancilla.

Hasta que en suma, amigo, un caso horrendo
al traste dió con ese miserable,
sin honra, en un cadalso pereciendo. —

¡Oh sed del avariento abominable!
¡De qué sirve apiñar tan gran tesoro?
¡Para comprar un fin tan execrable! . . .

¡Cuántas desdichas nos produce el oro!
¡Oh, y cuántas veces precipita al hombre!
¡Cuántos por él perdieron el decoro! . . .

Pero ¡ay Menancio amigo! . . . no te asombre
que triste me lamente, contemplando
que ya de la virtud no se oye el nombre.

¡Dónde buscarla? . . . Dime. . . ¡Oh siglo infando,
en que al colmo llegó nuestra desgracia;
siglo en que la molicie está triunfando! . . . —

Ayer ví á mi vecina doña Engracia,
que no ha dos meses enterró al marido,
caricias admitir con suma gracia.

Falsas caricias de un casado, herido
más de las onzas que la viuda tiene,
que de los fieros dardos de Cupido.

Así medra el bribon, y se mantiene;
y despues, léjos de ella, ardiente jura
eterno y fino amor á doña Irene.

A doña Irene, escualida figura,
que causa más horror y más espanto,
que el torpe vicio á la virtud más pura.

A esa enemiga de himeneo santo,
que empobreció más hombres en su vida,
que los que perecieron en Lepanto.

A esa mala mujer, que, enfurecida,
hizo gran guerra al sexto mandamiento,
siendo su casa de maldad guarida.

A esa protesta amor, siempre sediento
del oro infame, que chupara astuta
á los que lloran ya con escarmiento. —

¡Oh edad, edad viciosa y disoluta!
 ¿Dónde, Augusta virtud, tu asilo tienes?
 ¿Dó se alberga el mortal que te disfruta?

Huyeron ya los sacrosantos bienes,
 huyó la dulce paz encantadora
 del mundo, que te mira con desdenes.—

Vino en pos la maldad, la corruptora
 relajacion con ella; y ya tan solo
 domina el interes que el hombre adora.—

¿Dónde podré vivir que no haya dolo?
 ¿Dónde, que al hombre honrado no se ofenda?

¿Qué pueblo sin maldad alumbra Apolo?
 ¿Adónde iré que la verdad se entienda?

¿Dónde, que libre esté de tanto insulto?
 ¿Dónde, que la nobleza no se venda? . . .

¡Dichoso aquel, que para siempre oculto,
 la vida pasa de zozobra exento,
 sin rendir al poder forzado culto!

No sonará en su oído el torpe acento
 de un déspota execrable, que ambicioso
 quisiera esclavizar el rauda viento.—

„Yo soy, clama en su ira, el *Gran Coloso*,
 ante quien todos deben humillarse,
 y velar por mi dicha y mi reposo.”—

Oyele blasfemar, desesperarse,
 cuando el pobre sirviente, á quien oprime,
 no le inclina la frente al acercarse.

Hasta su misma esposa tiembla, jime,
 condenada á perpetua servidumbre,
 y en su faz el dolor la huella imprime.

¡Monstruo infernal! Del Dios de mansedumbre
 teme el justo castigo. . . . El hondo abismo
 mira abierto á tus piés. . . . No te deslumbre

El oro. . . . No te ciegue el despotismo. . . .
 Habla á tus semejantes con blandura,
 pues hijos son de Dios, como tú mismo.—

¿Quiéres ser conde? Pues juntar procura
 gran caudal, que, aunque no bien adquirido,
 te hará *señor, y noble, y*—¿Qué locura!—

No la tiene por tal el engreido,
 grave marques, que fuera no hace un año
 con la raza del pueblo confundido.

Vimosle ¡qué baldon! vimosle antaño
 siervo soez de infame palaciega,
 y *título* le vemos en ogaño.

El que le despreció, sumiso llega
 á su presencia ahora, y al hablarle,
 con timidez los labios ya despega.

Un sátrapa, que vive de adularle,
 á cuantos van á ver al *señoría*,
 díceles:—“esperad: voy á avisarle.”—

Al que es pobre, con grande altanería
 previene en la ancha puerta de la sala,
 que debe dar á su *señor usía*.

Otras veces un banco le señala;
 y—“está ocupado, dice; tome asiento;”—
 y cuatro horas le tiene en la antesala.

Entra al fin; y el marques con brusco acento:—
 “¿Qué hay; qué se ofrece?—Grita; y ni siquiera
 una silla le da por cumplimiento.

Si demanda merced, como una fiera
 el bárbaro responde:—“¿Piensa acaso
 que puedo yo servir á un cualesquiera?

¡Oh atrevimiento! . . . ¡Abur! . . . ¡Miren que caso! . . .
 ¡Vamos! ¡Lárguese presto!”—Y confundido
 sale el pobre de allí más que de paso.—

¿Quién no maldice, quién, haber nacido
 en siglo tan atroz, tan depravado,
 el corazon de cólera encendido?

¡Oh siglo, oh corrupcion! Menancio amado,
 si cual yo no te afliges, pon la mente
 y contempla cuán triste es nuestro estado.

¿Y quieres que no lllore y me lamente,
 y que á satirizar no me disponga,
 siendo á tanta perfidia indiferente?

Pues no, no lo he de ser, así se oponga
 la caterva de vándalos impía,
 y nunca su ira contra mí deponga.

Y si acaso la grave Musa mia
medrosa aquesta vez me abandonára,
no por eso, Menancio, callaria.

Pues mientras llore la virtud preclara,
la misma indignacion me hará hacer versos,
y antes me diera muerte, que callára.

Diversos son los hombres, y diversos
los pensamientos son, y diferentes
los modos de aterrar á los perversos.

Y aquel que no abomine á tales entes,
quien los aplauda, viva deshonrado,
é indigno de habitar entre las jentes.

Mas no el que ya de cólera inflamado,
y ardiendo por la patria en noble celo,
les dispare mil tiros denodado.—

Si por desgracia mi ferviente anhelo
no consigue el intento, quedaráme
de haberlo procurado el gran consuelo.

Ni callaré, Menancio, mientra inflame
mi pecho un rayo de la luz febea,
y sangre por mis venas se derrame.

Pues si atacando al vicio se recrea
mi lengua, *roedora, y viperina,*
¿cómo pretendes, di, que hoy muda sea?

¿Quieres que calle cuando ya camina
el inesperto vulgo, incautamente,
al término fatal de su ruina?

¿Quieres que calle cuando ya doliente
jime la humanidad con triste acento,
anegada la faz en lloro ardiente?

¿Cuando se alza orgulloso el opulento
sobre el *débil* mortal, su semejante,
si por riquezas no, por nacimiento?

¿Y esto pretendes tú? . . . Quien tolerante
no fulmine mil sátiras ardido,
mil rayos le confundan del *Tonante*. . .

¿Mas quién tolerará que, siempre henchido
de orgullo el poderoso, al pobre ultraje,
porque igual la fortuna no le ha sido?

Más valiera, Menancio, ser salvaje,
y vivir en las selvas sin morada,
que sucumbir á tanto vasallaje.

Allí á lo menos mirase ignorada
esta ambicion de mando y de riquezas,
que son cual humo al fin de la jornada.

No allá con aprendidas sutilezas
se roba, ni se engaña; ni discreto
un infame amancilla las bellezas.

No allá veráse un vil don Aniseto,
grave, ceñudo, tonto, á cuyo lado
es mas fuerte y rollizo un esqueleto.

Que en la maldad el pérfido cebado,
se complace en mirar al infelice
padecer á sus plantas humillado.

Al cual en su interior, riyendo, dice:—
“sucumbe al gran poder que me da el oro;”—
mientras que el desdichado le maldice.

¿Y cómo adquirió el vil tan gran tesoro?
Robando á su placer impunemente,
á costa de su crédito y decoro.

Del polvo hasta el pináculo eminente
subió de la grandeza cortesana,
do inviolable se juzga y prepotente.

Mientras su virtuosa y tierna hermana,
y aun su madre infeliz, de hambre fallecen,
víctimas tristes de la suerte insana.

Y en tanto que las miseras carecen
de un pedazo de pan, veinte queridas,
que regala aquel bárbaro, enriquecen.

¿Y á tal monstruo mil furias encendidas,
del suelo, que profana, no arrebatan,
y le arrojan al oro enfurecidas?

¿Y á esos viles, que al mísero maltratan
rodean sin cesar los palaciegos,
y, cual si fueran dioses, les acatan?

¿Hasta cuándo será que cual borregos
se dejarán hollar los ciudadanos,
sin sacudir el yugo, de ira ciegos? . . .

¡Oh siglo atroz!... ¡Y hermanos contra hermanos
batallan, irritados cual leones, ...
dejando en paz dormir á los tiranos!...

Detencos, incautos campeones,
y á los déspotas solo haced la guerra,
destrozando sus timbres y blasones. . .

¡Perezcan! . . . No dejéis sobre la tierra
ni vislumbre de que ellos existieron;
que la patria al abismo les destierra. . .

Uníos, compatriotas, cual se unieron,
con lazadas de amor, nuestros mayores
cuando de libertad el grito dieron.

Imitadles. ¡Sucumban los traidores!
Respire ya la devastada España,
víctima de flaquezas y rencores. . .

¡Qué! ¡dudáis? . . . ¡Quién contiene vuestra saña?
¿Ya el honor de los héroes no os alienta?
¿A quién teméis en tan gloriosa hazaña?

¡No escucháis de la patria macilenta
el clamor, los jemidos? . . . ¡Ah cobardes! . . .
¿Y sufriréis inmóviles tanta afrenta? . . .—

Llora, España infeliz, llora y no aguardes
que tus hijos te salven de la ruina.
En vano por su gloria en celo ardes.

Ya olvidados de tí, no les domina
mas que el vil interes, viles deseos. . .
Ya la virtud al bien no les inclina. . .—

*Gocemos hoy. En muelles devaneos
vivamos, y en los vicios; y aunque el diablo
nos lleve al fin, llamándonos ateos.*

¿Yo esponer mi pellejo? ¡Guarda Pablo!
¿Perderme por la patria? No en mis días. . .—
¡Calla, impostor soez!—*La verdad hablo.*—
¿Le has oído, Menancio? ¡Y lo creerías! . . .

Pues como ése discurren casi todos,
encerrados en lúbricas orgías.

¿Y dirán que descende de los godos?
¿Y del Cid inmortal hijos se llaman? . . .
Callad; no blasfemeis, hombres beodos.

¿Y estos son los patriotas que difaman
á los jenios ilustres? ¡Y el gobierno
les premia porque así contra ellos claman?

¿Qué más pudiera hacer un padre tierno
en pro del hijo suyo idolatrado,
que fiel le sirve con amor eterno? . . .—

*Triunfe el que pueda. ¡Muera el hombre honrado!
¡Viva el desórden! Y, aunque un santo sea,
¡maldito el buen patriota, y execrado!*

¡Maldito quien se empeña que de Astrea
veneremos las leyes! . . .—¡Eh? No hay medio.
¿Qué se puede esperar de esa ralea;

De ese enjambre de pillos? . . . ¡Y sin tedio
quieres que viva yo, Menancio mio,
cuando al mal de la patria no hay remedio?

¡Ah! No es posible, no. Si el hado impio
contra España su cólera descarga:
si llora, esclavizado su albedrio:

Si cada vez su cuita es mas amarga:
si pesa sobre sí bárbaramente
de vicios y de horrores luenga carga:

Si jime el pueblo sano é inocente:
si contra los traidores se querella; . . .
¿podré tranquilo estar? No. Eternamente

Lamentaré su mal, junto con ella;
y lloraré sin fin, que no es desdoro
llorar, al ver marchita su faz bella. . .

Y ¡oh si las mustias lágrimas que lloro
en flamijeros rayos se trocaran,
ya que castigo en vano al Cielo imploro!

Entónces, justicieros abrasáran
á la caterva inmunda de malvados,
y en paz apetecida nos dejarán.

Entónces renacieran los preciados
siglos, en que pacíficos vivian
los hombres, sin rencores, hermanados.

Siglos en que los nombres no se oían
de aristocracia, de interes odioso; . . .
y en que los vicios al nacer morían.

Pero si ya aquel tiempo venturoso
huyera á no volver, por siempre amemos,
Menancio, á la virtud; y al ominoso
vicio infernal sin tregua detestemos.

(Madrid, 1841.)

MI CRIADO Y SU GATO.

I.

¡Maldita tu casta sea,
gatazo de Lucifer!

Como te llegue á cojer
te he arrancar la zalea.

¡Maldito mil veces! . . . ¡Digo!

¡Comerse mis dos pichones,
y á las ratas y ratones
no persigue el enemigo!

¡No, pues como yo le atrape! . . .

Pero ¡qué ruido es aquel! . . .

¡Oh! ¡Voto á mi estampa! . . . ¡Es él! . . .

Y algo está comiendo. . . . ¡Zape! . . .

¡Por vida de! . . . Es un conejo. . .

¡Y qué gordo! . . . Entero está.

Déjamele, Mustafá,
y sin castigo te dejo.

¡Déjale! . . . ¡No? . . . Pues por mal
será, si no bien á bien. . .

¡Prun! . . . Toma. . . Sí, vuelve. . . ven. . .

¡Cómo pesa! . . . — ¡Miau! — ¡Qué tal! . . .

Ahora si que te perdono. . .

— ¡Miau, miau! — Callaté,
que un pedazo te daré

con tal que mudes de tono. . .

¡Voto al diablo! ¡Es una rata!

¡Puf. . . Miche, miche. . . ¡Ah traidor

¡Huyes! . . . Miche. . . ¡Por mi honor. . .

Miche, miche. . . ¡Patarata!

¡De mí te escapas esquivo?

Si te habia perdonado,

ya, por el chasco pesado,

juro desollarte vivo.

Acércate. . . Miche. . . ¡Toma!

¡Ya te pillé! — ¡Miau! — ¡Qué hay?

¡Y ahora? . . . Muere. . . ¡Ay, ay, ay! . . .

Esto ya pasa de broma.

¡Descomunal arañazo!

¡Cáspita, y qué fuerza tiene!

Mejor es que le envenene,

ó le mate de un trancazo.

Si. Cuando durmiendo esté. . .

¡Que me lleva tres sardinas! . . .

¡Ataja! . . . ¡A él! . . . ¡Malas espinas

te ahoguen! . . . ¡Voto á. . . ¡Se fué! . . .

¡Habrá gato mas ladron? . . .

Atrácate de alacranes,

gran demonio, y no te afanes

por comerte mi racion.

Despues que horro está uno

de catar buenos guisados,

¡te engulles de dos bocados

mi cena y mi desayuno! . . .

Pues cuando dormido estés,

garrotazo, y tente perro. . .

¡y si acaso el golpe yerro,

y me embiste? . . . Mejor es. . .

¡Sí! envenenarle es mejor;

y pues que no hay quien le dome,

y pues todo se lo come,

¡muera rabiando el traidor!

II.

No hay escape. . . Ha de morir

aunque pese al farmacéutico,

que no me quiso vender

ni media dracma de arsénico,
 porque esponderlo no puede
 sin receta de algun médico.
 No, pues el gato maldito
 espirará, aunque un ejército
 de gatazos le defienda,
 y aunque me embistan coléricos...
 ¡Embestirme!... ¡Guarda Pablo!...
 No por mi fe, que aun auténtico
 está en mi mano el rasguño
 que, al ahogarle, me hizo el pérfido:
 un rasguño que parece
 un garabato geométrico.
 Mejor es, cuando á mi lado
 esté comiendo, impertérrito
 darle á traicion un trancazo,
 aunque no es de hombres intrépidos
 matar á traicion á otro...
 ¡Y eso qué?... ¡Muera el misérrimo!...
 Que si pudo mas que yo
 mano á mano el gran famélico,
 no por eso me aventaja,
 puesto que soy celeberrimo.
 ¡Y por qué si me ha ofendido,
 le he de perdonar benévolo,
 si es la misma piel del diablo,
 incorregible, y maléfico?...
 ¡Yo perdonarle?... ¡Locura!...
 ¡Cómo ha hecho tan buenos méritos!...
 Acia aquí viene miagando...
 Llegó de su vida el término...
 Miche, miche... Ya se acerca...
 ¡Ay de ti si logro el éxito!

Gatito Mustafá,
 ven acá.
 Miche, michito... Así...
 ven aquí.
 Toma, come, ladrón,

sans façon.
 Que ya te perdoné
 bien se ve...
 ¡Quieres de postre atun?...
 ¡Sí!... Pues... ¡prun!!!

¡Miau, miau!...—¡Mejor tino!...
 Le dividí el espinazo...
 Por fin, de tu vida el plazo
 llegó ya, gato ladino.
 ¡Descansa en paz ladronazo!!!



SÁTIRA. (*)

No te admires, Andres, si en nuestro siglo
 todos poetas son: siempre la moda
 imperará, aunque en forma de vestiglo.
 Y esta que más al gusto se acomoda
 del tiempo actual, en sabios muy profuso,
 seguirla es gran razon. Cual te incomoda
 Esa turba de cisnes tan al uso,
 me enoja hasta el extremo de aburrirme
 con su rimar sin orden y confuso.
 Alcanzo ya cuanto podrás decirme
 por esperiencia suma, pues lo siento:
 mas, ¿dejaré por eso de reirme?
 ¡Oh majia, oh maravilla, oh gran portento,
 que en nuestra docta edad en un minuto
 poetas mil se forman sin talento!
 Del de moda romántico instituto
 un mozalvete sale barbi-raso,
 que apenas sabe leer, y con *buen fruto*

(*) Esta sátira fué escrita y publicada en un periódico de la Habana en 1833. Los versos subrayados son de varios poetas contemporáneos.

Ya compone mejor que Garcilaso.
Tal hay que, lleno de entusiasmo ardiente,
de las reglas no haciendo el menor caso,
En renglones, no versos, diestramente,
de siete y once sílabas, mezclados,
aborta una canción anti-cadente.

Y cual que, los sentidos deslumbrados,
en pesca de vocablos retumbantes
revisa veinte libros abultados.

Y dispuestos por él en consonantes,
aunque carezcan de comun sentido,
ya son versos. ¡Oh versos rimbombantes!

¡Y qué si airado el flechador Cupido
el corazón le llaga rigoroso?

Del *estro divinal* el pecho henchido,

Toma la lira, y luego en amoroso
canto prorumpe, á cuyo triste acento
lloran las palmas. ¡Númen prodijioso,

Que como el Tracio, mueve á sentimiento
los árboles que lloran con tristura,

y acompañan al vate en su tormento!

Otro, tal vez con fama ya segura,
de lauro Minerval la sien orlada,
al ver la huella de la edad futura,

Tañe diestro la cítara dorada. . .

Por escuchar su acento peregrino,
el grave Moratín la tumba helada

Deja, admirando sucesor tan dino
de nombre ilustre y remembranza honrosa. . .—

¡Oh majía de un lenguaje asaz divino!

¡Oh gran fuerza del arte poderosa!

¡Quién ya podrá esquivarte? ¡Quién, dotado
de habilidad tan grande y prodijiosa,

Con *fuego divinal*, arrebatado
la cítara no pulsa encantadora,

y al Pindo se remonta entusiasmado?—

Mas ya el acento suelta, que enamora
al mismo Apolo, un *cisne* esclarecido;
un cisne que á su patria mucho honora.

¡Oh cisne entre los cisnes distinguido!
canta el estro fulminio que te escita,
y calle, calle el que cantará á Dido. . .

¡No le escuchas, Andrés? ¡No te palpita
de gozo el corazón? En este instante
¡á improvisar su númen no te incita? . . .

Dame presto la cítara sonante,
que un volcánico ardor el pecho mio,
de ignota llama, enciende devorante.

Yo cantaré con tan hercico brio,
que, eclipsando su fama y gloria suma,
ejerceré sobre ellos poderío.

Y antes que Levitina me consuma,
al céfiro daré bellas canciones,
que al Pindo se alcen como leve pluma.

Grande asombro será de las naciones
mi cítara, armoniosa á maravilla;
mudando á mi placer los divos sonos.—

De mi dulce, adorada pastorcilla
cantaré de los dientes la blancura,
y el carmin refuljiendo en su mejilla.

Diré que á Venus rinde en hermosa,
que es nítida sin par, sin par graciosa;
que es dechado de amor y de ternura.

Diré que es del Olimpo escelsa diosa:
que Júpiter por ella anda perdido,
cual por Europa anduvo desdénosa.

Mas ¡qué cuando celebre el pié pulido,
las blancas manos y el esbelto talle,
donde mil almas prenderá Cupido?

Diré que no es posible en ninfa se halle
de tanta perfección igual conjunto,
que se gozan los ojos de miralle.—

¡Oh de mi docta lira grave asunto,
tan solo reservado á mi talento!

¡Cuántos elogios ya, cuántos barrunto!

¡Oh amado Andrés! Parece que siento
de sabios juntos ronca vocería,
que dice:—“Déle Apolo digno asiento.”—

Mas si muerta á mi amada, en Eleja
tengo que lamentar, como otras veces
no alegre sonarás, cítara mia.

Diré apenado entonces:—Hasta las heces
dame que apure el cáliz corrosivo
¡oh Jenio del dolor! que al triste ofreces.

Mi duelo habrá de ser tan escesivo
que recuerde el del músico de Tracia,
con aquel de Lucrecia tan activo.

Y delirante en medio á mi desgracia,
diré, que á mi beldad, parca sedienta
le priva el ser y en su licor se sacia.

Al recordar el alma turbulenta
de la amiga cordial, ¿quién insensible
dejará de sentir mi pena cruenta?

Todos la llorarán, todos. . . Terrible
clamor levantarás al Firmamento,
sacro reino de paz inestinguible.

Mi amiga en la estension del pensamiento,
mirará desde allí nuestra agonía;
oírán nuestro tristísimo lamento.

Y cual se aumenta tempestad umbria
al sibilante y furibundo noto,
así se aumentará la pena mia.

Haré de corazon solemne voto
de no cantar jamas tiernos amores,
el dulce plectro para siempre roto.

Ni cortaré del campo bellas flores
para adornar su nítido cabello,
que oscurece del sol los resplandores.

No admiraré tampoco el albo cuello;
ni veré su presencia soberana,
ni el nacarado pié, sucinto y bello. . .
¿Rieste de gozo, Andres? Si te entra gana
de ser *cisne* tambien de nombradia,
delira, y lo serás, una semana.—

Yo versista seré de tal valia,
que cuanto baña el sol resplandeciente
corto asunto será á mi fantasia.

Mi fama volará de jente en jente:
los filósofos todos, uno á uno,
ante ella inclinarán la adusta frente.

Y cuando, con rigor inoportuno,
el Cielo ponga término á mis dias,
lamentarán mi muerte de consuno.

Escribirán tambien NECROLOJIAS,
do anunciarán mi edad, patria, y virtudes;
que impresas correrán por varias vias.

Y espero, caro Andres, que les ayudes
á eternizar mi fama y claro nombre,
encomios inventando, aunque trasudes.

Dirás, querido Andres, que fui buen hombre;
buen amigo, buen padre, buen esposo;
y, aunque tanto mentir al mundo asombre,

Dirás que del bien público celoso
fui siempre: que no quise interesarme
cuando presté servicio al poderoso.

Con todo aquello, en fin, que pueda darme,
á pesar de la envidia, escelsa gloria,
que empezará al momento de enterrarme.

Y para hacer más grata mi memoria,
yo desde el otro mundo, agradecido
te enviaré una cancion gratulatoria,
que eternice mi *nombre esclarecido.*



A***

¿Flores pedís? ¡y en invierno!
Marquesa, ¿de mí os burlais,
ó por fortuna anhelaís
que el ánima os dé por flor?
Bien sabeis que puro y tierno,
desde que os ví tan hermosa,
como en el jardin la rosa
se anida en ella el amor.

Bien sabeis. . . Pero si flores

Mas si muerta á mi amada, en Eleja
tengo que lamentar, como otras veces
no alegre sonarás, cítara mia.

Diré apenado entonces:—Hasta las heces
dame que apure el cáliz corrosivo
¡oh Jenio del dolor! que al triste ofreces.

Mi duelo habrá de ser tan escesivo
que recuerde el del músico de Tracia,
con aquel de Lucrecia tan activo.

Y delirante en medio á mi desgracia,
diré, que á mi beldad, parca sedienta
le priva el ser y en su licor se sacia.

Al recordar el alma turbulenta
de la amiga cordial, ¿quién insensible
dejará de sentir mi pena cruenta?

Todos la llorarán, todos. . . Terrible
clamor levantarás al Firmamento,
sacro reino de paz inestinguible.

Mi amiga en la estension del pensamiento,
mirará desde allí nuestra agonía;
oírán nuestro tristísimo lamento.

Y cual se aumenta tempestad umbria
al sibilante y furibundo noto,
así se aumentará la pena mia.

Haré de corazon solemne voto
de no cantar jamas tiernos amores,
el dulce plectro para siempre roto.

Ni cortaré del campo bellas flores
para adornar su nítido cabello,
que oscurece del sol los resplandores.

No admiraré tampoco el albo cuello;
ni veré su presencia soberana,
ni el nacarado pié, sucinto y bello. . .
¿Rieste de gozo, Andres? Si te entra gana
de ser *cisne* tambien de nombradía,
delira, y lo serás, una semana.—

Yo versista seré de tal valía,
que cuanto baña el sol resplandeciente
corto asunto será á mi fantasía.

Mi fama volará de jente en jente:
los filósofos todos, uno á uno,
ante ella inclinarán la adusta frente.

Y cuando, con rigor inoportuno,
el Cielo ponga término á mis dias,
lamentarán mi muerte de consuno.

Escribirán tambien NECROLOJIAS,
do anunciarán mi edad, patria, y virtudes;
que impresas correrán por varias vias.

Y espero, caro Andres, que les ayudes
á eternizar mi fama y claro nombre,
encomios inventando, aunque trasudes.

Dirás, querido Andres, que fui buen hombre;
buen amigo, buen padre, buen esposo;
y, aunque tanto mentir al mundo asombre,

Dirás que del bien público celoso
fui siempre: que no quise interesarme
cuando presté servicio al poderoso.

Con todo aquello, en fin, que pueda darme,
á pesar de la envidia, escelsa gloria,
que empezará al momento de enterrarme.

Y para hacer más grata mi memoria,
yo desde el otro mundo, agradecido
te enviaré una cancion gratulatoria,
que eternice mi *nombre esclarecido.*



A***

¿Flores pedís? ¡y en invierno!
Marquesa, ¿de mí os burlais,
ó por fortuna anhelaís
que el ánima os dé por flor?
Bien sabeis que puro y tierno,
desde que os ví tan hermosa,
como en el jardin la rosa
se anida en ella el amor.

Bien sabeis. . . Pero si flores

me pide vuestro capricho,
¿flores no son cuanto he dicho,
señora, en vuestro loor?

Calmando vuestros rigores,
¿no os he llamado sirena,
sílfide de gracias llena,
ángel bello, y seductor?

En este instante ¿no digo
que estrellas son vuestros ojos,
que eclipsan, dándola enojos,
de la aurora el resplandor?

¿Piropos mil no os prodigo?
¿No os juro que vuestros dientes
son perlas, y arcos lucentes
las cejas, do radia amor?

Y acaso siéndoos molesto,
¿al cabello trenchas de oro
no he llamado, y un tesoro
á vos, de sumo valor? . . .

Si esas no os placen, protesto
que os las daré tan hermosas,
tan lozanas, y odororas,
que os embriagueis con su olor.

Esperad que venga mayo
y os daré flores sin cuento;
mas mientras llega, el tormento
calmad de vuestro amador. . .

¿Os enojais? ¿De soslayo
por qué me mirais, marquesa?
¿Pensais que es fácil empresa
la que ansiais con tanto ardor? . . .

Pero si no me equivoco,
las quereis artificiales,
que tienen, sin ser iguales,
centuplicado valor.

¿No es eso? ¡Bien! Por tan poco
no reñiremos ahora. . .

¿Y qué es lo que á mí, señora,
me dareis por tanta flor?

CANCION.

Bendita zea, chavó,
la queázte mundo techó
dezabrio,

y bendito zea el Zeño
que de cuelpo te formó
tan complo.

Dióte unalma, nasareno,
que zi no ez é eztuco ó sieno,
no barrunto

de quezté jecha, moreno,
puez erez ma manzo y güeno
que un defunto.

Guárdazme tú laz ezpaldaz,
tú, cherne mio, en miz faldaz
pozaz florez,

blancaz, ansulez y gualdaz,
cuando yo por ezmeraldaz
vendo amorez.

Maz no niego que mofrezez,
cuando loz tienez, calezez. . .

Yo loz tomo;
y por mi cauza sien vezez
tá mondao loz pavezez

Juancho el romo.

Tóo lo zufrez con zorna,
como zi tu honol en Lliorna
prezionero

ze jallaze, ó tú en la jorna. . .

Y náa en tigre te torna
de cordero.

Pol ezo tanto tadoro,
pol tu calma, tu decoro,
pol tu zá:

pol querez tú mi tezoro,
y un chico, aunque probe en oro,
mu cabá.—

Esto allá... en la *Almirandiya*
una sirena cantaba:—

“¡Bravo! (su *cherné* exclamaba)
¡Bravo, gloria de Zeviya,
y la maraviya otava!”—

Una vieja que á los dos
contemplaba, arrepentida
quizá de la mala vida
que tuvo, muy compunjida
esclamó:—¡Sálveles Dios!—

Él nos salve, la dije, buena vieja,
que no siempre es mejor el que aconseja.

TAL PARA CUAL.

El. Señora, ¿por qué exijís
que os adore solo á vos,
cuando traeis, vive Dios,
engañados
á cincuenta baladís,
de vuestras gracias prendados?

Ella. Señor don Juan, mal haceis
en disimular astuto,
cuando vos, de amor tributo,
sin recato
por todo el pueblo correis,
pagando á todas barato.

El. Pues á mí me cuesta cara,
sin ser cierto lo que habláis,
la honra que me usurpáis
necia y loca;
vos, que de amantes avara,
os dáis por una bicoca.

Ella. Pues yo que ni doy ni tomo,
lengua infiel de Barrabas,

ya no os puedo sufrir más.

¡Noramala!

que yo sin vos, visto y cómo,
y en honra nadie me iguala.

El. ¿Conque se acabó?

Ella. Por mí...

El. Adios...

Ella. ¿Os vais? Escuchad.

No. Idos, idos.

El. ¡Lloras? ¡Ah! ¡qué necio fui!

¡Dulce iman de mis sentidos!

¿Me despides?

Ella. ¿Yo?

El. ¿No hablaste

ayer con el tesorero?

Ella. Sí, le hablé, mas...

El. Considero,...

franco soy,

que en ello muy mal obraste.

Ella. No, sino muy bien.

El. Ya estoy.

¡Y...

Ella. Herrar, ó quitar el banco.

¿Me quieres así? ¡sí ó no?

El. Te adoro.

Ella. Pues se acabó.

Fuera celos,

que si eres amante franco,
yo te evitaré esos duelos.

El. ¿Sí?

Ella. Pero cuidado.

El. Ya,

hermosa, no desconfío
de tu amor... De tí me fio...

Te confieso

que injusto fui.

Ella. Bien está.

Vaya un abrazo y un beso.

Y se lanzó á sus brazos necio y loco,
 su desvio temiendo el insensato,
 cuyo jenio pacato
 forzábale á mirar su honor en poco.
 Cedió. Triunfó la dama,
 astuta, seductora,
 como lo es á los ojos de quien ama
 toda mujer que finje, ruega y llora.
 Y don Juan rebosando de contento
 la preguntó solícito y atento:
 —¿Te hace falta, mi bien, alguna cosa?—
 Ella con voz melosa,
 respondióle.—En efecto. Dame cuatro
 onzas, que necesito de momento.
 —Como me ames á mí, dulce paloma,
 solo á mí, cuanto quieras. Toma, toma.—
 ¡Ay del que tiene amor en el teatro!

A DON PEDRO SOBRINO.

Por la undécima vez, entristecido,
 lancéme al océano turbulento,
 cual de estrella fatídica impelido.
 Llegué, que no debiera, á salvamento;
 y renegando aquí hasta de mi sombra,
 fijo en España está mi pensamiento.
 En esa tierra ilustre, que aun asombra
 de Francia al morador, y al de Inglaterra,
 cuando su labio impúdico la nombra.
 Maldita, sí; pero indomable tierra,
 que, infeliz, aunque célebre, blasona
 de ser dulce en la paz, fuerte en la guerra.
 Maldita; pero aun ciñe la corona
 que gobernó dos mundos. . . ¡Ay! Maldita
 solo de quien su pérdida ambiciona. . .
 No la maldijo Dios, ni en su infinita
 bondad permitirá que eternamente
 sufra, por el dolor su faz marchita.

No la maldijo, no; ni el Dios Clemente
 consentirá que truchimanes viles
 empañen su hermosura impunemente.
 Presa siempre de bárbaros serviles
 no será, ni en su seno infortunado
 se alzarán á mandar nuevos reptiles. . .
 El Hacedor Supremo ha decretado
 que España será grande y poderosa
 como lo fuera cuando plugo al hado.
 Alza, Iberia, la frente, y orgullosa
 reina del universo te proclama,
 que Dios para reinar te guarda hermosa.
 Alzala, sí, que en cuanto el sol derrama
 de su esplendente disco la lumbrera
 con pasmo se oye tu envidiable fama.
 Caíste en la mitad de tu carrera:
 también Roma cayó para no alzarse;
 pero tú te alzarás más altanera.
 Y entonces, . . . á tus plantas humillarse
 con júbilo verás á esas naciones
 que tus dueñas anhelan aclamarse.
 Entonces sus infames ambiciones,
 sus manejos inicuos, . . . como el rayo
 se hundirán al rujir de tus leones.
 Postraránse en narcótico desmayo
 cuando esclame tu fama en todo el mundo:
 “¡tierra feliz del inmortal Pelayo!”—
 Abandoné ese suelo tan fecundo
 en hazañas y en glorias, y aun del pecho
 ayes exhalo de dolor profundo.
 Arrancóme el deber á mi despecho
 por complacer al único en la vida
 á quien Dios sobre mí diera derecho.
 Por él dejé esa España tan querida;
 y el corazón con ella, mis amores. . .
 ¡Vestal hermosa por mi bien nacida!
 ¿Por mi bien? . . . Calma, oh suerte, tus rigores,
 y haz que á ella me una en venturosos lazos,
 de paz cercados y fragantes flores.

Huí también tus anhelados brazos,
amigo, ¡dulce amigo! . . . en un instante
frustrado habiendo prometidos plazos.

Hermana, gloria, bienestar, amante . . .
todo lo abandoné . . . ¡deber impio! . . .
y ahora de tanto amor jimo distante.

A ese deber esclavo mi albedrio,
aquí, como en la corte castellana,
de la razón contemplo el extravío.

Adulterios, perjurios, torpe y vana
educación, salacidad, crueles
castigos, juventud necia y liviana.

Los conventos sirviendo de cuarteles,
injusticias, estafas, coquetismo,
y la virtud hollada por infieles . . .

Doblez, orgullo, desamor, cinismo,
odios, venganzas, órjias, desafueros,
estupros, ambición, charlatanismo.

Entre pocos ilustres caballeros,
bordados ostentar y grandes cruces
á imbéciles ricachos . . . ¡majaderos!

La causa como yo bien la traslucen,
que hoy en la corte de la triste Iberia
las venden los ministros-avestruces.

Y las venden, amigo, como en feria,
y enriquecen así, y al pueblo insultan,
al que quieren hundir en la miseria . . .

¿Y los patriotas? ¡Ay! ¿dónde se ocultan
los héroes? ¿Dónde están que en el infierno
á esos viles de un golpe no sepultan? . . .

Proscritos, inmolados . . . ¡Dios Eterno!

¿Y sufres que los déspotas traidores
árbitros sean de España y su gobierno?

¿Hasta cuándo, Dios Justo, sus rigores
sufrirá la infeliz? Ya ¿qué la queda?
¡Ruinas que lamentar, sangre y horrores! . . .

Haciendo de sus joyas almoneda
están . . . ¡Viles! . . . ¡Oh rabia! . . . ¿Y no hay, Dios mío,
quien libertarla de sus garras pueda?

Pronto caerá, muy pronto, el bando impio,
para la amada Iberia tan funesto,
que hoy la oprime y destruye á su albedrio . . . —

¡Pluguiese al Cielo que en hogar modesto,
del mundanal bullicio retirado,
pasar lograra de mi vida el resto!

Allí, de mi consorte siempre amado,
tranquilo al Hacedor bendeciría,
de su gracia mi espíritu inflamado.

En la flor mas pequeña le vería
muestras dar de su grande Omnipotencia,
que niega audaz la muchedumbre impia.

En lugar del clamor de la indijencia,
el canto escucharía de las aves,
aromas aspirando y pura esencia.

¡Tú no sabes, amigo, tú no sabes
lo que mi enfermo corazón padece
entre esos *nobles infanzones graves!*

¡Entre las *damas* de hoy, en las que ofrece
el dolo mil opuestos *atractivos*,
y en las que ya el pudor no resplandece! . . .

¡Dichoso tú, á cuya alma sus nocivos
halagos no han llegado, ni el veneno
que brota de sus labios espresivos!

¡Dichoso tú, que moras en el seno
de la santa virtud, idolatrado
de tu esposa, y de paz y amores lleno! . . .

¡Ay! Ruega, amigo, á Dios porque á tu lado
me lleve á descansar con la que adoro,
para que ahí le ensalce prosternado;
como yo para tí su gracia imploro.

(Habana, 1842.)



LETRILLA.

Que un sastre no sise tela,
aunque sea el mas honrado;
que no reniegue el soldado
cuando está de centinela
hasta de la luz febea;
para el diablo que lo crea.

Que no mienta un usurero
cuando nos dice el traidor
que por especial favor
nos presta de su dinero,
y no por la granjeria;
que se lo cuente á su tia.

Que no engañe el mercader
á cuantos van á comprarle,
y que por poco que charle
á ninguno dé á entender
que pegársela desea;
para el diablo que lo crea.

Que nos diga un abogado
que no hace diabluras mil
para que pierda don Jil,
su cliente, cuatuplicado
de lo que el pleito valia;
que se lo cuente á su tia.

Que no plazca á doña Rosa
que la diga un gran tunante,
finjiéndose de ella amante,
que es más que Vénus hermosa,
aunque feísima sea;
para el diablo que lo crea.

Que nos jure doña Irene;
sin que haya sido casada,
que es honesta y recatada,
cuando un parvulito tiene
que la invoca: *mamá mía;*
que se lo cuente á su tia.

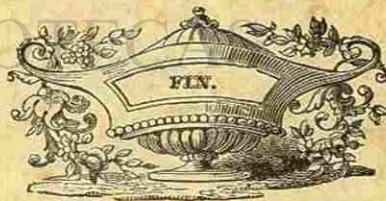
Que la taimada Teodora,
aunque su amistad me irrite,
sin que el interes la incite,
se me ofrezca á cada hora
más blanda que la jalea;
para el diablo que lo crea.

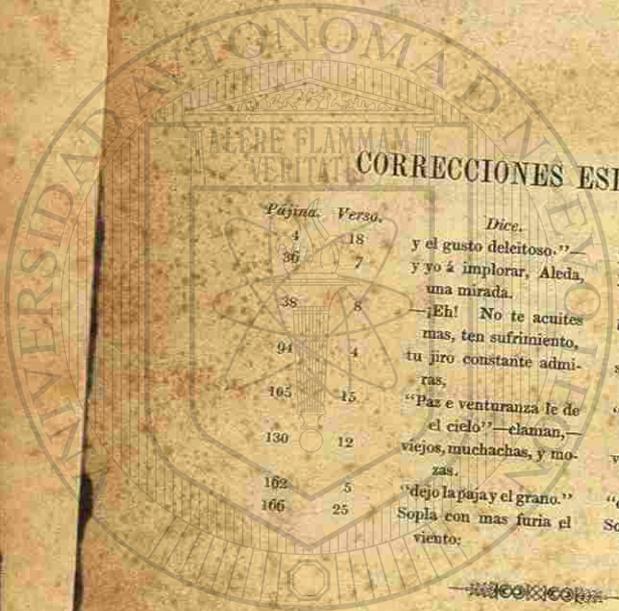
Que un fanfarron no haga alarde
entre damas de valiente,
y que menos imprudente,
de pependencias no se guarde
entre hombres de bizzarria;
que se lo cuente á su tia.

Que no maldiga al demonio
el miserable Agapito
porque perdió en un garito
el suyo, y el patrimonio
de su consorte Matea;
para el diablo que lo crea.

Que un pelgar no se titule,
por sus pesetas, marques,
y que su paje despues
nos proteste, aunque no adule,
que no le trata de *usia;*
que se lo cuente á su tia.

Que un zoilo enemigo, adusto,
no grite que son mis versos,
duros, prosaicos, perversos,
faltos de lima y buen gusto,
donde quiera que los lea;
para el diablo que lo crea.





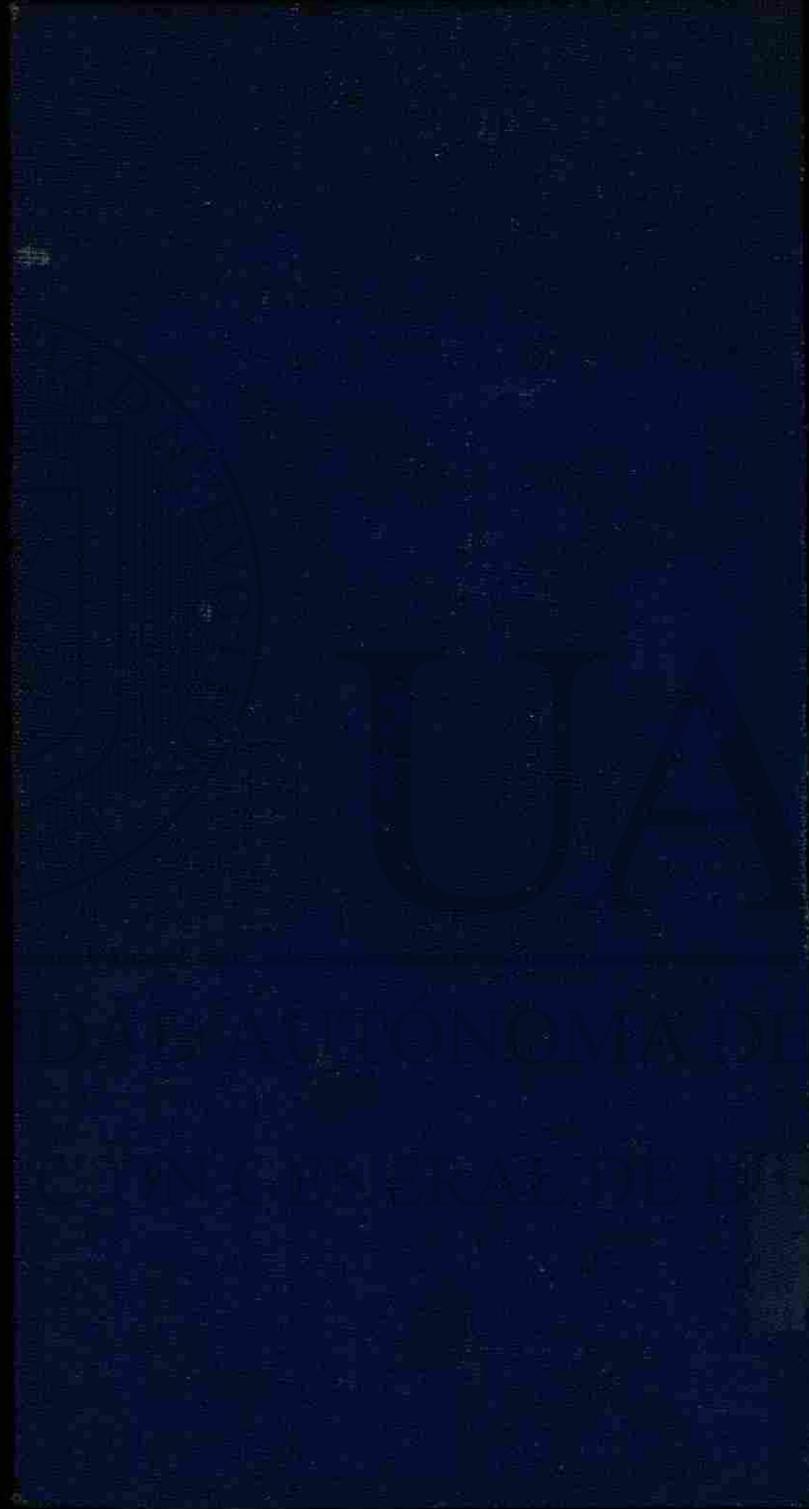
CORRECCIONES ESENCIALES.

<i>Página.</i>	<i>Verso.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
4	18	y el gusto delectoso."	y al gusto delectoso."
36	7	y yo á implorar, Aleda, una mirada.	y yo á implorar de Aleda una mirada.
38	8	¡Eh! No te acuites mas, ten sufrimiento,	¡Eh! No te acuites mas, ten sufrimiento,
94	4	tu jiro constante admi- ras,	su jiro, constante admi- ras,
105	15	"Paz e venturanza le de el cielo"—claman,—	"Paz e venturanza le de el Cielo"—craman,—
130	12	viejos, muchachas, y mo- zas.	viejos, muchachos, y mo- zas.
162	5	"dejo la paja y el grano."	"dejo la paja, y al grano."
166	25	Sopla con mas furia el viento:	Sopla con mas furia el viento,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EC
P
C
R